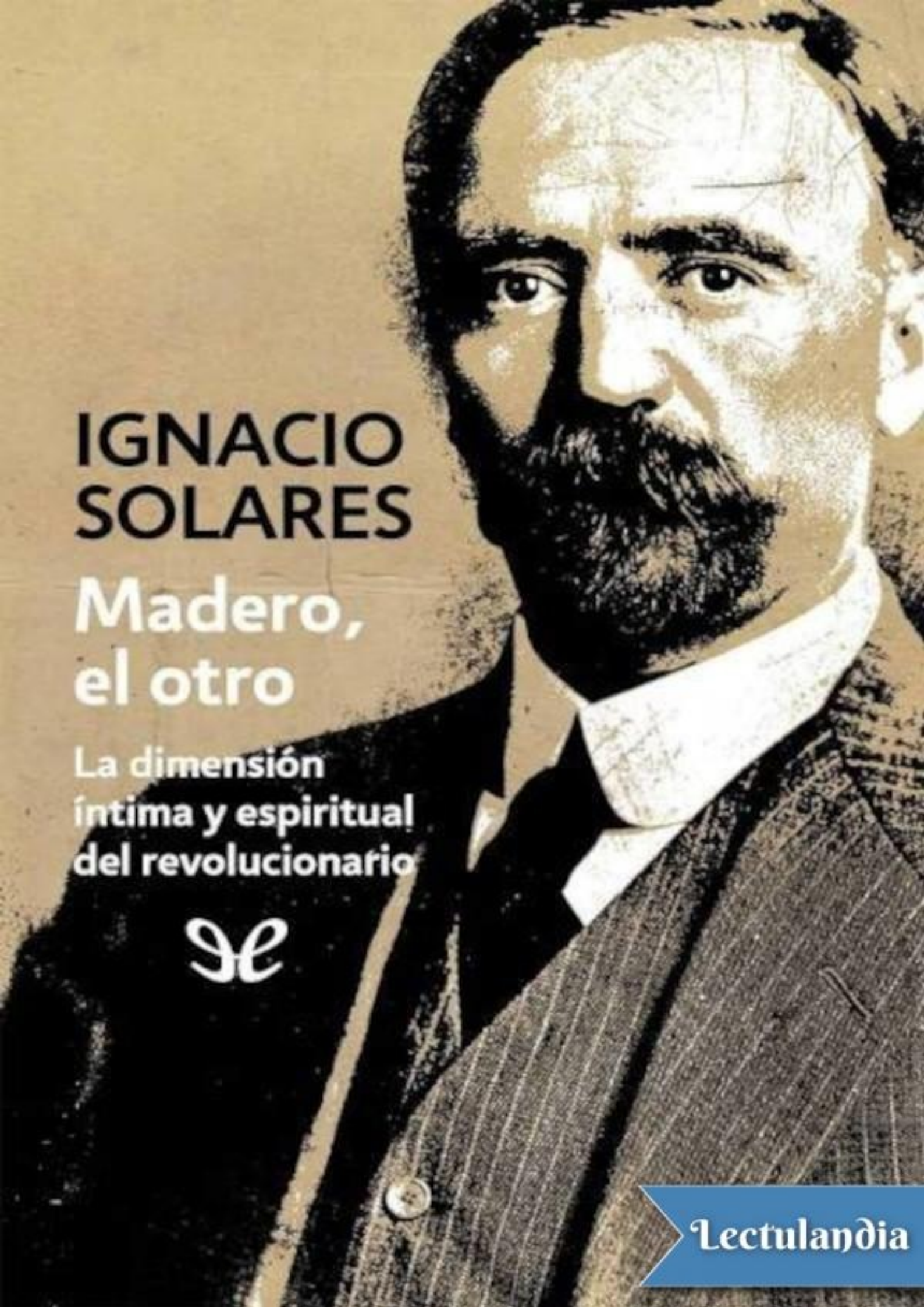


A high-contrast, black and white portrait of a man with a full beard and mustache, wearing a suit and tie. The image is the background for the text.

**IGNACIO
SOLARES**

**Madero,
el otro**

La dimensión
íntima y espiritual
del revolucionario



Lectulandia

En 1903, los espíritus dictaron al médium escribiente Francisco I. Madero que su labor en este mundo no debía reducirse al ascetismo y a hacer el bien en su pequeña comunidad, sino ampliarse hasta liberar al país entero del «ignominioso yugo» de la tiranía. También le advirtieron que el destino le reservaba una corona de espinas, y que debía empezar a perdonar a quien diez años más tarde cerraría el círculo sacrificándolo. Madero se lanzó a encabezar una revolución —nuestra revolución— obedeciendo a mandatos del más allá.

En estas pulidas páginas, el lector descubrirá esta dimensión, no por literaria menos verosímil, que hasta ahora ha sido apenas sugerida, y que pone por delante, entre los motivos de la actuación política del héroe patrio, la voluntad —¿hasta dónde inconsciente?— de convertirse en víctima propiciatoria mediante el derramamiento de su propia sangre. Madero, el otro, revela una dualidad trágica que marcó y determinó la vida del «Apóstol de la democracia»: el místico y el político, el pacifista y el revolucionario, el optimista que, sin embargo, «sabía» lo que iba a sucederle. Solares dice: «¿Iban a entenderte quienes calificaban de vergonzantes tus retiros místicos y tus prácticas como médium escribiente?» La pregunta podríamos extenderla al movimiento armado mismo, a la historiografía de la Revolución y, quizá, al país que nació de aquel trascendental capítulo de nuestra historia.

Profusamente documentada, entre otras fuentes definitivas en los aún poco conocidos escritos espíritas de Madero, esta apasionante novela abre un enorme espacio de reflexión en torno al papel del individuo en la Historia, a la previsibilidad de sus derroteros y alrededor de la naturaleza humana misma. El «auténtico» Madero sólo podía surgir de las páginas de una obra literaria.

Ignacio Solares

Madero, el otro

ePub r1.0

Titivillus 21.04.2021

Título original: *Madero, el otro*
Ignacio Solares, 1989

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Madero, el otro

Nota

Bibliografía

Sobre el autor

Para Yoli y Mario Ortega

Madero, el otro

*Cualquier forma en que el hombre
medite continuamente, esa forma es
recordada en la hora de la muerte y
hacia esa forma va él, oh Arjuna.*

BHAGAVAD GITA

Qué evidente el último latido, la última sensación de la tierra en las manos crispadas, las bocanadas inútiles que apenas atrapaban hilitos de aire, el dolor —asidero final— que se apagó contigo y dejó tan sólo algo que era como el eco del dolor. ¿Y luego? ¿Cómo nombrar esta angustia que surge de continuar, de permanecer, de mirar, a pesar de ya no estar en ti mismo? A través de las capas de neblina deshilachándose adivinaste la salida del túnel que, intuiste —¿o fueron los espíritus quienes te lo dictaron?— sería como el acerado canal de una aguja. Salida luminosa que te acosa como si miraras el sol: clara luz a la que prefieres volver el rostro (pero no el rostro) para permanecer en la infinita pena de verte tendido ahí, al lado del sedán Protos negro, como un títere al que hubieran cortado los hilos, desfigurado dentro del charco de sangre, las aletas de la nariz profundas y dilatadas, los ojos asimétricos, desorbitados, que parecen, desde ahí abajo, buscar, buscarte, buscarme aquí. Mira, llevas la misma ropa del día 18 en que te aprehendieron: la camisa dura, el *jacquet* y el pantalón claro a rayas. El sombrero de hongo —ridículo— ha rodado hasta cerca de una de las llantas del Protos. Y con la pena parece retornar el dolor físico. Pero no. Es como la sensación de una tierra que ya no tienes en las manos, que ya no puedes palpar, la sensación que deja un miembro que ha sido amputado.

Quédate ahí, hermano. No te vuelvas hacia la luz. Concéntrate en el momento en que abriste los ojos (pero no los ojos) y a través del velo rojo que hizo caer el estallido del disparo, como párpados de sangre, te descubriste mirándote a ti (a mí) mismo. Antes de ascender a más altas regiones —encuentros tan esperados con quienes, desde tanto tiempo atrás, mantuviste comunicación— observa tu pobre cuerpo un instante más. Recuerda la

«sabiduría del espejo», que leíste en *El Bardo Thodol*, uno de tus libros predilectos. Estás solo (tú y yo), el espejo no refleja sino un rostro —contraído por una mueca de dolor— con el que hablas (hablamos).

¿No eras tú el que siempre se refirió a su cuerpo como un mero instrumento para cumplir los designios de la providencia, y llegaste a casi despreciarlo? ¿No le dijiste a Roque Estrada: «Mi valor nace de que no estoy atado al cuerpo»? Qué caro se lo cobró en los últimos minutos, hermano, haciéndote por primera vez plenamente consciente de su complejo mecanismo por el cual la sangre circula, el hígado segrega bilis, el páncreas regula el azúcar, los riñones producen orina, los músculos responden a tus órdenes. Conciencia que ya era, de alguna manera, desde ese instante, una muerte anticipada: sólo el olvido de nosotros mismos nos hace vivir, nos entrega a más altas ocupaciones.

¿O fue el rompimiento tan brusco, tan repentino, tan a destiempo? ¿O la convicción de haber cometido un gran error sin lograr ubicarlo con exactitud? ¿Te hubiera sucedido igual si mueres en tu casa, con las manos de Sarita entre las tuyas? ¿O es el presentimiento de que tu muerte no hará sino desencadenar otras muertes, otros odios hasta ahora dormidos, el tigre que tanto temió don Porfirio que despertara, ola roja que cubrirá a tu país como a ti te cubrió los ojos con el estallido del último disparo? ¿No te jactabas más de tus triunfos conseguidos en el campo de la democracia que en el de batalla? ¿Y ahora? ¿Qué hacer con toda esta violencia de la que te sientes responsable? ¿No te duele más el sacrificio de tu hermano Gustavo que el tuyo propio?

Por eso, espera: entiende, entiéndete, entiéndeme. No intentes marchar con esta gran culpa a cuestas. Aférrate al último latido, al recuerdo del último latido: permanece en él, no lo olvides, eternízalo. Puedes ser ese último hálito de vida, la última bocanada de aire que oxigenó tu sangre, la trayectoria del tiro de gracia —de gracia, imagínate, como si garantizara la salvación—, eso, la trayectoria de la bala que disparó el mayor Francisco Cárdenas cuando ya estabas en el suelo, desangrándote, y que se incrustó en tu cráneo, fracturó el hueso occipital, destrozó el cerebelo y el bulbo, desgarró las meninges y fue a alojarse, en pequeños fragmentos, en la base del cráneo, a la derecha de la silla turca.

Vamos, hermano, ha pasado un instante del disparo del .38 Smith & Wesson. Hace también apenas un instante el mayor Cárdenas extrajo el revólver del carcax y te obligó a bajar del auto jalándote de la manga del saco, mientras su grito refundía el odio que adivinaste en sus ojos y en sus movimientos.

—¡Bájese usted de una buena vez, carajo!

Hace apenas un instante del frío metal del cañón de la pistola en tu cuello, el rasguño de la mirilla, el estallido del disparo y la ola roja.

Ese mayor Francisco Cárdenas, del 7º Cuerpo Rural, el mismo que, contra su voluntad, aprehendió al general Reyes en Linares —cayendo a sus pies, llorando, tomándole la mano, rogándole que no se entregara— y que dos noches antes, en casa de Ignacio de la Torre y Mier, ante un grupo de militares, manifestó su disgusto porque continuabas vivo:

—Deberían de torcerle el pescuezo a ese enano, que bastantes males ha hecho ya al país. ¡Yo, si quieren, le apago el resuello!

Qué amargo traerte como última imagen de allá sus ojos encendidos en el momento en que bajabas del auto y lo mirabas casi en escorzo.

Y qué largo el trayecto a su lado, en silencio, del Palacio Nacional a la Penitenciaría, por la calle de Moneda, por la del Relox, por la de Cocheras, por la de Lecumberri hasta los llanos de San Lázaro. Te removías en el asiento, nervioso, encogido, con el portafolios entre las piernas, en una postura como de ave con las alas plegadas.

Hubieras anhelado decir algo, cualquier cosa, aligerar la agonía que para ti había comenzado ya —y dudabas tanto de todo: de que ese sacrificio al que marchabas tuviera algún sentido, del pueblo por el cual apostaste, y hasta dudabas de ese «puente para ir entre los vivos y los muertos, sin más requisitos que la fe», según escribiste. ¿Qué había sido en esos momentos de tu fe, hermano?—; pero qué ibas a decir si sabían los dos, Cárdenas y tú, a dónde iban, y su perfil incommovible, como de hacha, que se recortaba en la luz plateada que llegaba del exterior, te lo respondía todo.

Cuando el mayor Cárdenas se suicide algunos años después —disparándose un tiro en la cabeza, como el que te disparó a ti, ¿buscando que la trayectoria de la bala sea la misma?— ¿se traerá también el recuerdo de tus ojos como última imagen?

Al llegar a la Penitenciaría se detuvieron los autos —en el de atrás, un Packard gris, iba Pino Suárez— y Cárdenas se bajó a hablar con Luis Ballesteros, a quien Huerta nombró el día anterior director del establecimiento penal «para que te recibiera». No lograbas dejar las piernas quietas —a pesar de tanta disciplina física y del yoga nunca lograste dominar del todo tus nervios— y estrujabas el portafolios con unas manos sudorosas, que hormigueaban. Cuando regresó Cárdenas le preguntaste a dónde iban (no pudiste evitarlo, cuánto hubieras deseado que no adivinara tu estado de ánimo, que no escuchara tu voz sincopada ni el largo suspiro del final).

—A entrar por la parte de atrás de la Penitenciaría —contestó casi sin mirarte, haciendo una seña al chofer, quien lo observaba por el retrovisor.

—Por la parte de atrás no hay puerta —replicaste, con un hilito de voz que quizás él ya ni escuchó.

Y en la parte de atrás de la Penitenciaría esperaba una silueta fantasmal con una linterna, como un ave agorera.

Ya no tenía remedio. Lo de la pistola fuera del carcax y el jalón del saco para que bajaras del auto y el grito: —¡Bájese usted de una buena vez, carajo! — y el estallido del disparo fue lo de menos. No podías sufrir más de lo que sufriste en el trayecto, en el silencio que encerró como una esfera de cristal a tu asesino y a ti y les creó —¿por qué no reconocerlo, hermano?— hasta una cierta comunión.

Esperabas, desde hacía días, que sucediera en cualquier momento, ¿verdad? Lo escribiste, incluso lo escribiste, ¿o también fueron los espíritus quienes te lo dictaron? «Mi sangre fertilizará la revolución.» Y a tu hermano Raúl, en diciembre del 10, en Nueva Orleans, le dijiste que después de triunfar «esperabas perder la vida, no importa cómo, porque la revolución, para que sea fructífera, debe ser bañada en sangre». Por eso, el día 9 de ese febrero trágico, antes de entrar en la Fotografía Daguerre, al caer un soldado a tu lado por una bala que iba dirigida a ti, ¿lo envidiaste? Vamos, hermano, reconoce que lo envidiaste. Y ese mismo día, al bajar de Chapultepec rumbo a Palacio Nacional, escoltado por los cadetes del Colegio Militar —en un recorrido tan parecido al del 7 de junio de 1911, en que entraste a la ciudad como jefe máximo de la revolución triunfante—, ¿no esperaste la bala salvadora que culminara el suceso derribándote del caballo en el momento de mayor exaltación? ¿Qué había sucedido para entonces? ¿Dónde quedó la certeza de que tu vida no corría peligro porque, sucediera lo que sucediera, la providencia te requería para sus sagrados designios? ¿Era esa misma providencia la que ahora te llamaba a «fertilizar la revolución», con un clamor punzante, subterráneo, que difícilmente podía ocultar tu forzado optimismo? Y por eso el 18, en tu despacho de palacio, te mostraste indiferente a las amenazas de Riveroll y de Izquierdo y te acercaste decidido, sin armas, a los soldados que había mandado Blanquet a apresarte. Les ordenaste que bajaran las armas y tu mirada los convenció, ¿o habría que decir: los confundió? Porque en tus ojos se adivinaba ya la inminencia de la muerte, que enciende un fulgor tan parecido al del amor. Y al caer Marcos Hernández a tus pies por cruzarse ante un disparo que iba dirigido a ti, cuánto lo envidiaste al cerrarle los ojos y escuchar ese final crepuscular, lumínico, de la vida, ronquera espasmódica que, tú lo sabías, no es sino la puerta a este otro mundo nuestro.

¿Y por eso el día anterior insististe en dejar a Huerta en su puesto cuando Gustavo te demostró que los traicionaba descaradamente? Y aún le subrayaste:

—General, tiene usted 24 horas para demostrar su fidelidad a la revolución.

Apresurándolo. Ordenándolo. Rogándolo. Mostrándole el camino inminente.

Tomó la pistola que le regresabas y en la mirada pertinaz que se adivinaba atrás de los pequeños lentes ahumados, obtuviste la respuesta más que en sus propias palabras:

—Señor presidente, está usted en manos de Victoriano Huerta.

Tenía que ser él, ¿verdad hermano? Por eso, porque sabías el rencor que te guardaba desde que estuviste a punto de echarlo del ejército a causa de la burla y el descaró con que obstaculizó tus negociaciones con Zapata, durante el interinato de De la Barra; por eso, porque hasta tu propia madre te había prevenido contra él: «No andes con contemplaciones con Huerta... A Blanquet haz por mandarlo lejos, está haciendo la contrarrevolución...» por eso, por sus desplantes y groserías en Ciudad Juárez, difamándote ante tu propia gente, y porque hasta Villa estuvo a punto de fusilarlo (y Villa también te lo mandó decir con Abraham González: «Haga el favor de hablarle al presidente de la república y dígame que va a haber un cuartelazo y que me ofrecieron unirme al movimiento. Dígame que los hombres de su gobierno no son de fiar y que yo le soy leal, y que el tiempo tapa las cosas lo mismo que las destapa»); por eso, porque desde el inicio de la Decena Trágica te enteraste de que Huerta se reunía con Félix Díaz en la pastelería El Globo.

¿Querías precipitarlo todo de una buena vez? Porque ya sólo tu sangre salvaría quizás esta revolución truncada en la que tú mismo habías perdido la fe, y no podías más con ella, y los errores cometidos a esas alturas no tenían remedio, y ansiabas beber el cáliz hasta las heces porque siempre tuviste vocación para ello y sabías que era tu destino: «Al final, una corona de laurel o una de espinas», y desde la muerte de Aquiles Serdán —que te provocó tanta culpa— dijiste: «Nos enseñó cómo morir», y era la corona de espinas la que elegiste —¿te eligieron? Y cada muerte acrecentaba la culpa (a ti, que eras vegetariano por compasión hacia los animales), pero ya no había regreso: el sueño que perseguías lo justificaba todo. ¿Cómo reconocerte derrotado — todo un país derrotado — por la culpa y las dudas? Pero la culpa y las dudas carcomen, hermano, socavan implacables las frágiles construcciones de la razón, y cuando menos lo pensamos ya son dueñas y señoras de nuestro ser. ¿Recuerdas cuando escribiste —¿o fueron también ellos quienes te lo dictaron?—: «El mundo no es sino el proyecto aún difuso de otro mundo por venir»? Te atuviste demasiado a ese otro mundo y olvidaste éste: su condición quebradiza, sus leyes, sus artificios, sus artimañas. Quizá de veras, tus sentimientos, tu religiosidad, tus sueños, te colocaban al lado de quienes

elaboran los antídotos, no de quienes preparan las ponzoñas. Pero también es cierto que al final no había regreso: sólo tu sacrificio sería antídoto ante el veneno que lo invadía ya todo, y si no te mataba Huerta te mataba Zapata o te mataba Carranza o, si aguantabas lo suficiente, te mataba Obregón y, entonces: ¿qué imagen dejabas de tu pobre revolución?

Carranza, que resumió tu lucha política en una frase: «Revolución que transa, se suicida»; al que considerabas «vengativo, rencoroso y autoritario»; del que decías: «Es un viejo pachorrudo que le pide permiso a un pie para adelantar el otro»; quien, quizá, se hubiera levantado contra ti si no lo hace Huerta; mira, él fue quien guardó siempre las balas encontradas en tu cuerpo. ¿Por qué?

Y esa premonición de una ola de violencia futura te refiere, sin remedio, a la que tuviste enfrente durante tu gobierno y difícilmente lograste soportar. Porque —qué limitación para un revolucionario— «llega a dolernos más el dolor ajeno que el propio», según le escribiste a Juan Andreu Almazán, perdonándolo por su traición, sacándolo de la cárcel, y hasta justificándolo: «Al triunfo de la revolución, la libertad deslumbró a muchos mexicanos y les causó vértigo, de allí que se cometieran tantas inconsecuencias y olvidaran que la libertad, para fructificar, debe mantenerse dentro de los cauces de la ley. A esto atribuyo el extravío de muchos que fueron mis amigos, que voltearon después sus armas contra mí, de los cuales llegó usted a ser, para mi pesar, uno de ellos». Qué doloroso. ¿Pero por qué volteaban sus armas contra ti, hermano? ¿No sería de veras que, como te decía Luis Cabrera, resulta mucho más peligroso para un organismo que padece un proceso infeccioso abrirle una herida y no desprender del todo el tejido enfermo? Por eso, la queja parecía ser que no fueras un *buen cirujano*, como le dijeron a Márquez Sterling, el embajador cubano, recién llegado a México: «Es un apóstol a quien la clase alta desprecia y de quien las clases bajas recelan. ¡Nos ha engañado a todos! No tiene un átomo de energía; no sabe poner al rojo el acero; y ha dado en la manía de proclamarse un gran demócrata. ¡No fusila, señor! ¿Cree usted que un presidente que no fusila, que no castiga, que no se hace temer, que invoca siempre las leyes y los principios, puede presidir? En el mundo todo es mentira. Si dentro del apóstol hubiera un don Porfirio oculto y callado, México sería feliz». Y por eso, porque no fusilabas, no fusilaste a Bernardo Reyes en diciembre del 11, cuando se rindió en Linares, después de su frustrada rebelión, y te limitaste a confinarlo en la prisión de Santiago Tlatelolco. Y por eso, porque no fusilabas, tampoco fusilaste al sobrino de don Porfirio, a Félix Díaz, en octubre del 12, al rendirse en Veracruz, al fallar su intento de «reivindicar el honor del ejército pisoteado por Madero», y lo dejaste en la prisión de San Juan de Ulúa, como una bomba de tiempo que tardaría, apenas, cuatro meses en estallarte. Por eso, porque no fusilabas. Y porque no fusilabas arriesgaste tu propia vida en mayo del 11 ante Orozco y Villa, quienes, después de tomar Ciudad Juárez, te reclamaban al general Juan

J. Navarro, comandante federal de la plaza. Porque Navarro sí fusilaba, y fusilaba maderistas. Orozco te amenazó pistola en mano: o la vida de Navarro o la tuya, y tú por supuesto contestaste que la tuya, faltaba más, hasta que tu imperturbabilidad, a falta de otra fuerza, les demostró quién era el jefe del movimiento revolucionario. (Fuerza que, diría Felipe Ángeles, tenías en lo más profundo de tu mirada dulce. Fuerza que, a un hombre tan ambicioso y elemental como Orozco, le creó un profundo resentimiento que culminó con su rebelión contra tu gobierno, en marzo del 12, y en cambio a Villa, tan intuitivo de lo anímico, lo deslumbró desde que te conoció, en la hacienda de Bustillos: «Este hombre es un rico que pelea por el bien de los pobres. Yo lo veo chico de cuerpo, pero creo que es muy grande su alma. Si fueran como él todos los ricos y poderosos de México, nadie tendría que pelear y los sufrimientos de los pobres no existirían.») Y no nada más impediste que lo fusilaran, sino que tú mismo, solo, llevaste al general Navarro a la orilla del río Bravo. Era de noche y al bajar del automóvil el hombre desconcertado — ¿cómo asimilar tu compasión?— preguntó qué debía hacer.

—Vamos, cruce el río. Si lo encuentra mi gente en territorio mexicano lo va a matar. Simplemente lo va a matar dondequiera que lo vea.

Mi gente. Tu gente. Tu gente lo hubiera matado dondequiera que lo viera. Tu gente no sabía de la compasión, nadie se la había demostrado. Sólo sabía que una revolución se hace para sacar a plena luz y con pleno derecho el odio y la amargura acumulados durante años, o siglos, y que no hay por qué tentarse el corazón para arrebatarse lo que le quitaron o nunca le dieron. No, tu gente no tenía por qué tentarse el corazón, hermano. Sólo tú andabas tentándote el corazón a cada momento, desconcertándolos a todos y desbarajustándolo todo.

Y dime algo, ¿no pensaste que ahí, a la orilla del río Bravo, protegido por la envoltura de la noche, era él quien podía haberte matado a ti? ¿Qué hubiera tenido de extraño si su oficio era ése: matar, matar con rigor y rutinariamente, sobre todo a revoltosos maderistas? Pero no, ¿verdad? Los hombres son buenos por naturaleza y tan sólo requieren oportunidad y confianza para demostrarlo (como comprobaste aquella noche de mayo con el general Navarro, quien, después de decirle que cruzara el río porque si lo encontraba tu gente lo iba a matar, te miró con una mirada que, lo supiste enseguida, estaba ya contaminada de la tuya, de la bondad de la tuya, lo mismo que, por lo demás, les sucedió a Ángeles y a Villa).

«Aprender a perdonar a nuestros enemigos, porque nuestro perdón los hará mejores a ellos y a nosotros», te dictó el espíritu de Raúl a fines de 1902.

Lo escribiste y lo pusiste en práctica de una manera ejemplar, al grado de que, por momentos, daba la impresión de que amabas más a tus enemigos que a tus amigos. Amabas volverlos a perdonar una y otra vez, 70 veces siete. (¿Recuerdas aquel cuento de Tolstoi —cuánto te influyeron algunos cuentos de Tolstoi— en el que, bajo una tormenta de nieve, un hombre salva a otro cubriéndolo con su cuerpo y muere a consecuencia de ello? Al comentarlo a Cayetano Trejo, reflexionabas: «Si fuera un enemigo nuestro, ¿aun así deberíamos darle nuestro calor y nuestra vida?») ¿De veras creías que terminarías por redimirlos? Salvo contadas excepciones, ¿iba a poder con ellos tu suave bondad? ¿Con Aureliano Blanquet, por ejemplo, oveja descarriada si las hubo en tu gobierno y en quien creíste hasta el final? El 10 de febrero del 13, con motivo del rumor propalado de que Blanquet, jefe del 29º Batallón, estaba a punto de defeccionar con sus fuerzas en la ciudad de Toluca, te puso el siguiente telegrama: «He sabido que en México se dice que he defeccionado. ¡Protesto enérgicamente contra esta falsa versión y ruego a usted que mi protesta se haga pública!» En tu respuesta, aparentemente, no había una gota de duda: «Siempre he creído en su lealtad, general. Hoy mismo mando hacer rectificaciones.» Y, mira, tan sólo una semana después, fue él quien, en Palacio, por órdenes de Huerta, puso una pistola en tu pecho siempre generoso y te declaró su prisionero. Por eso, ¿de veras creíste redimir a alguien como Blanquet, hermano? Y ahora tu dolor —un dolor mucho más agudo que el que nunca imaginaste— es porque ésa, tu pretensión de redentor ha dejado a tu país en manos de gente como él. Y es que, no tenía remedio, la culminación de tu bondad debía ser el martirio, el tuyo y el de tu pueblo; pueblo que no se perdonaría tampoco el haber permitido que te mataran, a ti, su presidente bueno que lo liberó de la tiranía y creyó en él, en su libertad y en su responsabilidad. Por eso la imagen que te lancina en este momento es anónima: los cuerpos inánimes colgados de una ristra de árboles, los ojos desorbitados, de carbón, fijos en ti como si aún miraran, las lenguas moradas, los brazos lacios a los flancos como hilos, y las piernas balanceándose como péndulos, con los huaraches enlodados. ¿Quiénes son, hermano? Y qué punzantes sus miradas extraviadas, llenas de una resignación dulce, aún más insoportable que el odio y el reclamo.

¿Cuándo empezaste a saber de *ellos*? ¿En las sombras de la noche extendidas en el llano, reptantes? ¿En el paisaje de rocas abruptas, incandescentes, de hierbas secas y matorrales espinosos, henchido de un aire bárbaro, con una densidad casi carnal? ¿Al mirarte en el espejo olvidado del tapanco que, parecía, se inclinaba hacia ti, reverencial, porque el clavo que lo sostenía estaba a punto de desprenderse, y en el que tu figura infantil se reflejaba siempre un tanto deformada? ¿En las historias de aparecidos que te contaba tu maestra Albina Maynes? ¿En las de Chonita Cervantes, amiga de la familia, cliente asidua de palmistas, cartomancianas y videntes? ¿En el rumorear nocturno de los nogales del patio? ¿En las explicaciones de los saurinos sobre los espíritus de Parras que, a diferencia de los espíritus de otros lugares del país, no caminan a ras del suelo, sino que vuelan, planean y, cuando bajan, nunca posan los pies en la tierra? ¿En el saurinismo mismo —casi la religión imperante entre la gente de tu pueblo—, que se deriva de zahorí, que en árabe quiere decir adivino? ¿O los intuías en el halo rojo que levantaba la tierra seca después de la lluvia, en la luz irisada que envolvía el paisaje? ¿En las procesiones religiosas nocturnas, en las que el fuego de los hachones batallaba con el viento? ¿En alguna noche sin sueño o en algún sueño? O, fíjate bien, ¿no sería que empezaste a saber de ellos aquella tarde en que tu padre y tus tíos jugaban con una ouija en la mesa del comedor y que, al preguntarle sobre el futuro del entonces adolescente Francisco Madero, contestó que sería presidente de la república, ante risas y miradas incrédulas?

Durante su prisión en la intendencia de Palacio, mira, Pino Suárez leyó una y otra vez una breve y última carta que le envió María, su esposa: «Mi querido Pepe: hoy he estado en Palacio pero no me han permitido verte. Me han ofrecido hacerte llegar estas líneas que escribo a la carrera. Estoy intentando convencer a los actuales gobernantes de que por ningún motivo has de volver a meterte en política y que sólo desees recobrar tu libertad para dedicarte por completo a tu familia, que tanto te necesita. Espero que comprendan la sinceridad de mi ofrecimiento, que tú cumplirás al pie de la letra, y que no tardaremos ya mucho en volver a abrazarte, ¿no es cierto? Todos estamos bien. Sé que Sarita les está enviando comida, pero voy a tratar de mandarte la tuya con arreglo a tus gustos. Mil besos de tus hijos y esposa».

Te la extendió, y mientras la leías él se acodó sobre la pequeña mesa de mármol —a un lado, un cuaderno en que estuvo escribiendo una carta a Serapio Rendón— y dejó vagar por la pieza una mirada que parecía no encontrar asidero.

Se la regresaste. La ternura que te provocaba quería enmascararse en una sonrisa forzada. Pino Suárez la dobló cuidadosamente y la guardó en el bolsillo interior del saco.

—Ha de temer su esposa que Sarita sólo nos envíe comida vegetariana, licenciado.

—Por suerte no es así, señor presidente.

—Sin embargo, no estaría por demás que le enviara algunos de sus platos yucatecos predilectos, de los que también podría gozar el general Ángeles.

Y te volviste a mirar a Ángeles, quien asintió sin quitar los ojos de la única ventana que había en la pieza:

—Ya sabe usted, señor presidente: como buen soldado me conformo con la comida que me pongan enfrente.

—Lo que me extraña de la carta —dijo Pino Suárez con un rostro que parecía derrumbársele sobre las palmas de las manos— es que María dude de mi retiro de toda actividad política. Subraya que debo dedicarme por completo a la familia, que debo cumplir al pie de la letra el ofrecimiento que

está haciendo al actual gobierno y hasta se pregunta y me pregunta: «¿no es cierto?».

—Quizás es inevitable, licenciado. Debe estar sufriendo mucho por usted y no quisiera que esta situación volviera a repetirse.

En la pequeña pieza había un sofá y sillones de piel oscura, la mesa de mármol y un gran espejo que presidía —y parecía eternizar— cuanto ahí sucedía. Una de las puertas daba a un depósito de trastos, sin ventilación, que servía de comedor a los cautivos, y la otra, con un centinela inmovible, como de piedra, y una bayoneta que atrapaba los rayos del sol, se abría al patio de Palacio, con grupos de soldados conversando, adormilados, sentados en el suelo, sacando brillo a los botones, aceitando los rifles, boleando las botas, remendando las mantas o inclinados apáticos sobre una olla de barro que se mecía sobre unos palos cruzados, mientras las mujeres, enrebozadas, aplaudían con la masa de maíz.

—La política sólo me ha proporcionado angustias, dolores, decepciones... — continuó Pino Suárez, y apretó los labios al final de la frase, como si contuviera un resto de amargura que ya no encontraba palabras.

—Pues su sentimiento tiene la ventaja de que tranquilizará a su esposa, licenciado —dijiste, adolorido por lo que de reclamo para ti pudiera llevar aquella queja. Y más aún te dolieron las palabras que agregó:

—Es extraño, este puesto, la vicepresidencia, el puesto por el que estoy aquí. El puesto para el cual me eligió usted entre tantos, y por el que tantos otros se pelearon; que le causó los más graves conflictos a partir de que fue usted electo presidente; el que consideraba de mayor importancia dentro de su gabinete; ese puesto es el más ingrato que puedo imaginar... Me persiguen y me perseguirán los mismos odios que a usted, señor presidente, sin la compensación de sus honores y su gloria. Mi suerte tiene que ser más triste que la suya.

—Yo pienso, licenciado, que en estos momentos la suerte de nosotros tres, y de quienes estén en nuestras condiciones, es una y la misma. Somos simples ciudadanos y no nos resta sino confiar en la protección de las leyes. No hay honores ni gloria para nadie.

—Dígame, señor presidente, si regresara el tiempo, ¿volvería a meterse en esta aventura política que nos tiene al borde de la muerte?

La pregunta más parecía surgir del gran espejo que tenías enfrente, que de los labios de Pino Suárez.

—Anoche le comentaba a nuestro querido embajador cubano que un presidente electo por cinco años, derrocado a los 15 meses, sólo debe quejarse

de sí mismo. La causa es simple: no supo sostenerse. Reconozco que me equivoqué, y que quizá ya no tenga tiempo de rectificar, pero usted sabe que, precisamente el día que me aprehendieron, estábamos por realizar cambios radicales en el gabinete.

—Entre ellos presentar mi renuncia, lo que vuelve aún más dolorosa, y desesperante, mi estancia aquí.

—Su renuncia porque usted insistía en ello, no por otra razón. Usted sabe perfectamente a quiénes desde mucho tiempo atrás deberíamos haber apartado del gabinete: a los medias tintas de los que nos hemos rodeado y que son mucho más peligrosos en su intento de conciliar intereses opuestos, que quienes se plantan en una firme y única convicción. Y esa crítica, como usted verá, ya me concierne a mí mismo. Por eso también le decía a Márquez Sterling que trataría de no dejarme engañar con las falsas caravanas, tan halagüeñas; pero, sobre todo, actuaría con mayor firmeza, sin las dudas que, lo reconozco, tantos caminos equivocados me hicieron tomar.

El espejo parecía retener incluso tus palabras. Como si fueran a quedar ahí para que las volvieras a escuchar una y otra vez, siempre.

Pino Suárez no decía nada —sólo su mirada parecía apagarse más— y te dirigiste a Ángeles, quien difícilmente salió de la escena que con tanta atención observaba por la ventana.

—Usted está muy callado, general. ¿Qué nos dice de esto?

—Yo creo que toda actuación, política o de cualquier índole, implica la posibilidad de error. El miedo al error nos llevaría a la inmovilidad.

—Sin embargo, hay errores demasiado costosos —dijiste.

—Pero no es quedándonos quietos como vamos a resolverlos. Por eso pienso que la única manera de entender la historia es participando en ella, señor presidente.

—¿Y usted, licenciado? —le preguntaste a Pino Suárez, en un tono que lo copaba.

—Yo en este momento, señor presidente, pagaría cualquier precio con tal de estar de nuevo al lado de mi esposa y mis seis hijos, el menor de los cuales acaba de nacer.

Y, mira, quien iba a renunciar a la vicepresidencia el día que lo aprehendieron, tenía razón en que, ya ahí, prisioneros de Huerta, su tabla de salvación era continuar en sus puestos, y tu tío Ernesto Madero —tenía que ser alguien de tu familia— y Pedro Lascuráin, ministro de Relaciones Exteriores, te convencieron de lo contrario. Iban a imponerle a Huerta quién sabe cuántas condiciones a cambio de tu renuncia y de la de Pino Suárez: salvarían la vida y podrían salir del país junto con sus familiares y colaboradores más cercanos. ¿Cómo pudiste creer, ya ante la muerte misma, en quienes te traicionaron una y otra vez? ¿Y tú hablabas de las medias tintas? ¿No eran algunos de sus mejores exponentes tu tío y Lascuráin? ¿No entregaron las renunciaciones enseguida, sin siquiera esperar a que Huerta aceptara las condiciones? ¿No dijo Pino Suárez que era el último acto suicida que cometían? ¿No te sugirió, en vista de que insistías en las renunciaciones, que por lo menos dejaran constancia de que los forzaron a firmarlas? Y aún agregó:

—Si de todas maneras nos van a matar, con o sin ellas.

Y tú también sabías que los iban a matar; sin embargo —¿por qué extraña alquimia del autoengaño?— mantenían la esperanza en el tren que les ofreció Huerta para las cinco de la mañana del día 22. Y en Veracruz tomarías el crucero *Cuba*, y ya en Cuba podrías dedicarte a tus prácticas espiritistas y místicas o a fraguar una nueva revolución, ésta sí radical, asepsia total de la herida que tú mismo abriste. Por dios, no eran los planes de Huerta ni los tuyos, ¿cómo lograbas contener la convicción, que cargabas desde 10 años antes, de que al final te esperaba la corona de espinas?

Pino Suárez, por el contrario, sólo deseaba vivir y olvidar el sueño que le endilgaste y que, demasiado tarde, comprendió que era en realidad una pesadilla. Unos días antes le dijo a Márquez Sterling:

—¿Qué les he hecho yo para que quieran matarme? La política, al uso, es odio, intriga, falsedad, lucro. Hoy lo veo. ¿Es, acaso, que el mejor medio de gobernar a los pueblos de nuestra raza lo da el ánimo perverso de quienes los explotan y oprimen?

Por eso, mira, se mostró profundamente afectado en el camino de Palacio a la Penitenciaría, sin ánimo de hacerse a la idea de lo inminente, al lado del

cabo de rurales Rafael Pimienta.

—¿Por qué llevan en un auto al señor presidente y en otro a mí? ¿Quiénes son ustedes para darnos este trato?

No le contestaban y Pino Suárez insistió:

—¿Qué pretenden hacer con nosotros?

—Tan sólo los vamos a trasladar a la Penitenciaría, licenciado, como le dijimos antes —dijo el cabo de rurales en voz baja, compadecido quizá por la ansiedad de su cautivo.

El mayor Agustín Figueras, que iba adelante, al lado del chofer, los escuchó y se volvió con gesto duro.

—¿De qué está usted hablando, cabo? ¿Quién lo autoriza para platicar con el reo? ¿No sabe usted que viene incomunicado?

Y continuaron en silencio, que sólo se rompió poco antes de llegar a la Penitenciaría, cuando el mayor Figueras le preguntó al cabo Pimienta qué pistola llevaba.

—La que uso siempre, mi mayor: una 32-20 Colt.

El Packard gris se detuvo ante las luces de la Penitenciaría y Figueras bajó a reunirse con el mayor Cárdenas y con Ballesteros. A través del parabrisas, Pino Suárez distinguió las tres siluetas difusas deliberando, de imposible realidad dentro del chorro de luz y con el fondo de la noche violeta. Echó el cuerpo hacia atrás y apoyó la nuca en el borde del asiento. No había aire y respiraba con dificultad.

—Ya estamos aquí. En un momento más vamos a bajar —le dijo el cabo de rurales en tono amistoso, como dándole una palmada para tranquilizarlo.

Pino Suárez fijó su atención en el hombre pequeño, de bigote lacio, que le sonreía con los labios apretados.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó.

—Rafael Pimienta.

—¿A qué fuerza pertenece usted?

—Al 24° Cuerpo Rural.

—Es usted maderista, ¿verdad?

—Sí, señor. El 24° Cuerpo Rural lo formamos únicamente elementos maderistas.

—Me tranquiliza. Quizás entonces usted pueda ayudarnos.

Pimienta le dio un ligero golpe con el codo, descarándose, señalándole al chofer, quien no dejaba de observarlos por el retrovisor. Pino Suárez asintió, cerró los ojos e intentó él también una sonrisa que no hizo sino remarcar su gesto de angustia.

—Dígame algo, cabo, por qué le preguntaron qué arma llevaba.

Como inquiriéndole de una buena vez si la situación no tenía remedio y con aquella arma lo iba a matar. Mejor saberlo, cabo.

—Es una pregunta de rutina, señor.

Abrió la misma sonrisa pero se delató. Pino Suárez dedujo que era un gesto meramente mecánico, indolente, sin verdadera sustancia en el fondo.

Después, en la parte de atrás de la Penitenciaría, ante la figura fantasmal que los alumbraba con una linterna, el mayor Figueras le dijo a Pino Suárez que debían bajar.

—¿Por qué aquí si no hay puerta? ¿Qué es lo que pretenden hacer con nosotros? ¿Quién le ha dado la orden absurda de traernos aquí? —protestó Pino Suárez, replegándose en el asiento.

—Tenemos que bajar —dijo Pimienta sin abandonar su tono suave, ya descaradamente blando, y mientras abría la portezuela.

En el momento en que Pino Suárez bajaba del auto vio —como iluminado por un relámpago— tu cuerpo cimbrarse y enseguida caer tras el disparo del mayor Cárdenas. Entonces empujó al cabo con fuerza, haciéndolo trastabillar, y corrió hacia el despoblado, hacia la noche cuajada, impasible, desprendiéndose del abanico de luz de la linterna. Alcanzó a gritar, ¡asesinos! Y pidió auxilio, pero no se alejó demasiado porque uno de los disparos del cabo Pimienta le dio en una pierna. Fue el mismo cabo quien acercándose con lentitud le dio el tiro de gracia, mientras decía:

—Todavía se mueve este hijo de la chingada.

Pino Suárez no había dejado de gritar: ¡asesinos!, pero, quizá, sin referirse únicamente a quienes habían disparado sobre él, sino englobando a cuantos lo habían cercado en aquel callejón sin salida. Igual pudo haber gritado ahí, desgajado sobre la tierra desolada del llano, con una mano en la herida borboteante de la pierna, y mientras veía a su verdugo acercarse, ocupar la noche entera: ¿Qué les he hecho yo para que quieran matarme? La política, al uso, es odio, intriga, falsedad, lucro. Me persiguen y me perseguirán los mismos odios que a usted, señor presidente, sin la compensación de sus honores y su gloria. Este puesto, por el que tantos se pelearon, es el más ingrato que puedo imaginar. Hoy pagaría cualquier precio con tal de estar de nuevo al lado de mi mujer y de mis hijos.

¿Cómo andará la revolución, imagínate, para que Rafael Pimienta termine al lado de Obregón —con el grado de general— combatiendo a Carranza?

Pero, finalmente, ninguna culpa es comparable a la que te provoca recordar la muerte de tu hermano Gustavo. Los cuerpos inánimes colgados en la ristra de árboles, los cientos de miles de muertes que desatará tu muerte misma, se desvanecen —anónimas— en la memoria, ante esa sola imagen calcinante. Todavía la mañana en que los aprehendieron —muy temprano, en la terraza del Castillo, ante el océano verde de ahuehuetes centenarios que, parecía, levantaba olas cada vez más altas con el crecer del día—, insistió:

—Hasta las piedras que estaban abajo de nosotros saben que Huerta confabula contra ti y sólo tú no lo quieres ver. ¿Cómo pudiste creer su argumento de que dejaba entrar los carros de víveres a la Ciudadela para que los rebeldes no se dispersaran por la ciudad y crearan mayor caos?

—Tenemos que dejarlo trabajar de acuerdo con sus planes. En estos momentos no nos queda más remedio que jugárnosla con el general Huerta.

—Pues me parece un juego suicida. Y con un hombre como él. Hubieras visto la parsimonia con que me entregó su pistola en casa de Enrique Cepeda, después de que yo entré en la habitación como tromba, nerviosísimo, ridículo, gritándole que ahora sí lo había pescado en sus sucios enjuagues y no tenía salida. Entornó los ojos, dio un último sorbo a su copa de coñac, la puso sobre la mesa y le dijo a Félix Díaz: «Discúlpeme, general, pero como usted verá, aquí don Gustavo me ha hecho su prisionero y debo entregarle mi pistola y acompañarlo a Palacio Nacional para comparecer ante el señor presidente de la república por encontrarme conversando con usted». A pesar de que es incapaz de sonreír, yo te diría que en sus ojos brillaba una burla manifiesta. Él estaba borrachísimo y sin embargo a mí me temblaba la mano con que le apuntaba. Se despidió de Félix Díaz y de Cepeda con una reverencia y con su clásico: quedan con dios —¿te has fijado cómo para todo anda mentando a dios?— y a mí me dijo: vamos, casi como dándome una palmada en la espalda, como si más que a comparecer ante ti por alta traición fuera a beberse la última copa de la noche. No te imaginas lo que fue el trayecto a Palacio: petrificado, sin expresión en la mirada y yo diría que sin mirar nada, entre Urueta y yo, que, por el contrario, nos removíamos en el asiento como culebras. Ni siquiera consideré necesario seguirle apuntando con la pistola y

la guardé... te confesaría, avergonzado. Estoy seguro de que frente al paredón permanecería igual de inalterable. ¿Sabes que cuando le operaron los ojos se negó a que le pusieran anestesia? Ese hombre no es normal, no tiene miedo ni de sí mismo, carece de sentimientos y casi te aseguro que hasta de cualquier forma de sensibilidad. Por eso no alcanzo a entender cómo pudiste decirle que lo perdonabas —que lo perdonabas, lo repetiste dos o tres veces— le regresaste su pistola y le ofreciste 24 horas para demostrar su fidelidad. Cuando te contestó que estabas en sus manos sentí deseos de salir corriendo a esa misión a Japón a la que querías mandarme hace unos días —respiró profundamente, como si el aire puro avalara su proyecto—. Te lo digo en serio, aquí no hago más que complicarte con lo que tú llamas mi escepticismo.

—Pues a pesar de tu escepticismo te veo más tranquilo —le dijiste pasándole un brazo por los hombros, sintiendo que ahí, en la mañana transparente, tu cariño por él se concretaba, tomaba una como forma autónoma, independiente de su voluntad y, quizás, hasta de sus vidas. ¿Por eso en una ocasión en que te preguntaron quién era tu mejor amigo contestaste que tu hermano Gustavo?

—Más que tranquilo, resignado.

En el cielo cabalgaban un par de nubes como de gasa que en nada alteraban la claridad del día. Estuviste mirándolas avanzar, distenderse, dejar una estela de humo.

—Si hoy en la tarde Huerta no rompe el cerco de la Ciudadela, lo destituyo y pongo en su lugar a Ángeles. Además de que aprovecho para hacer en el gabinete los cambios que hemos comentado. Por eso, de veras, tómalo con tranquilidad.

—¿Sabes que me invitó a comer?

—¿Quién?

—Huerta. Quiere demostrarme que no me guarda rencor por lo de ayer. Así me lo dijo, tal cual. ¿Qué te parece? Después de que a Bassó le dijo que iba a pagar con mi vida la osadía de haberlo apresado.

—Fue una tontería meterlo en la intendencia.

—¿Y qué íbamos a hacer con él en lo que llegabas a Palacio? ¿Tenerlo en tu antesala? ¿Ofrecerle una copa de coñac? ¡Estaba preso por traidor!

La mirada de Gustavo se encendió. Tenía una mirada de lo más expresiva y por eso en una ocasión le dijiste que su ojo bueno contagiaba al ojo de vidrio de las emociones que sentía. Continuó:

—Por supuesto, me lanzó la invitación como un reto, y voy a aceptar. Si me quiere hacer algo, o mandar hacer algo, igual puede ser durante la comida que en cualquier otro lugar que me encuentre, aunque sea tan lejano como Japón. Con un hombre como Huerta, pienso, lo peor que puede sucedernos es tenerle miedo.

Le diste una palmada en la espalda y le dijiste que debías prepararte para ir a Palacio. ¿Imaginaste que era la última vez que lo veías? Algo intuías y te llenaba de angustia. Por eso preferiste —como tantos otros presentimientos— dejarlo ahí, en el subconsciente, no creer plenamente en él —¿en qué creías a últimas fechas, hermano?—; suponer que, a pesar de que hacías cuanto estaba en tu mano por alcanzarla, la fatalidad aún se encontraba lejos, no tenía por qué llegar aquel día, precisamente aquel día transparente, luminoso, en que todo se iba a resolver: el país recuperaría la normalidad y tú gobernarías por otros tres años y meses más. Por eso la última frase que escuchó Gustavo de tus labios fue una frase de aliento.

—Verás que en la noche estamos festejando la caída de los «ciudadelos».

Pero no podía ser de otra manera. ¿Triunfaste sobre Gustavo y terminó por contagiarse de tu optimismo fatal? ¿No debiste impedirle que asistiera a esa comida que era, a todas luces, una trampa? ¿Y por qué después de aquellas palabras de aliento a Gustavo, ya en tu despacho de Palacio, pensaste en la posibilidad de refugiarte en el estado de Morelos, con Zapata, y acompañado por Felipe Ángeles? ¿Es que de las primeras horas de la mañana al mediodía el presentimiento ganó terreno y se anunciaba, ya inminente, en la conciencia? Si tanto habías confiado en lo intuitivo, en las voces que te llegaban de fuera, ¿por qué en los últimos días de tu gobierno te encerraste en tu propio juicio? ¿O los consultaste y también los espíritus se equivocaron? ¿O te orillaron al cumplimiento de tu destino y apenas si te diste cuenta? Lo cierto es que luchabas con una ambivalencia que era, de alguna manera, peor que cualquier desenlace. A Manuel Bonilla, ministro de Fomento, le dijiste: «Hoy es el día definitivo». Pero te equivocaste en la disyuntiva: «O Huerta resuelve el problema o ponemos en su lugar a Felipe Ángeles». También pensabas quitar a tu tío Ernesto de Hacienda, a tu primo Rafael Hernández de Gobernación y a Pedro Lascuráin de Relaciones Exteriores. Parecería que sólo te faltó un día, sólo un día, para escapar de la maraña de la tragedia.

La realidad es que Gustavo asistió al Gambrinus, en la calle de San Francisco, a encontrarse con su destino, y compartió un jugoso *chateaubriand* con salsa bearnesa y una botella de vino con Huerta, quien hasta un breve discurso improvisó en honor de él:

—Lo he querido agasajar —dijo con la copa en alto— por su honestidad y valor. Porque todos estos días se ha expuesto tanto como nosotros, los militares. Por su cuenta han comido buena parte de nuestras tropas y usted mismo ha repartido los alimentos. ¡Caray, don Gustavo, qué enorme gusto tenerlo ahora de invitado con nosotros!

Y todos levantaron su copa. Estaban, además de Gustavo y Huerta, el coronel Mass y los generales Delgado y Sanginés. Huerta logró conmoverlo y con toda seguridad Gustavo se había entregado ya a esa misteriosa fe tuya en la bondad de la naturaleza humana.

—Les agradezco mucho. Y quiero decirles que no he hecho sino cumplir con mi deber. Trátese de civiles o de militares, lo importante es anteponer nuestro interés por la patria al interés personal.

Y volvieron a brindar.

Huerta pareció afocar sus lentes ahumados —que le daban a su expresión un carácter aún más tenebroso—, sobre Gustavo, e intentó una cierta sonrisa amistosa.

—Yo creo que también podemos hacer un brindis —agregó— por el restablecimiento del orden, lo que sucederá esta misma tarde, tal como se lo ofrecí al señor presidente de la república.

Nuevo brindis.

Entonces Huerta le hizo una pregunta que, de no ser por ese contagio fatídico, a Gustavo le hubiera significado una señal evidente de la trampa que le tendían.

—Don Gustavo, ¿me permite su pistola?

Gustavo lo miró extrañado y dejó su copa de vino sobre la mesa.

—¿Mi pistola, general?

—Queremos regalarle una nueva pistola que será, seguramente, mucho mejor que la que usted usa.

—Le agradezco, pero le advierto que la mía no es nada mala. Mírela usted.

La sacó de la funda y se la tendió a Huerta, quien la observó detenidamente.

—Es una Colt estupenda, general —dijo Gustavo, empezando a ponerse nervioso, tamborileando sobre la mesa, sentándose más derecho, dándole otro sorbo a la copa de vino. Huerta no parecía terminar de contemplar la pistola y hasta la descerrojó, muy calmado, e hizo girar el tambor. En ese momento, uno de los meseros se acercó unos pasos y le hizo una seña.

—General, tiene usted una llamada.

—Permítanme ustedes un momento —dijo, llevándose la pistola, sin dejar de contemplarla con un extraño interés.

Gustavo se puso de pie para reclamar el arma, pero descubrió que el mismo mesero que le había hecho la seña a Huerta iba a la puerta principal y hacía entrar a un grupo de soldados. Gustavo comprendió la trampa —casi infantil— en que había caído. Trató de marcharse y de protestar, pero era demasiado tarde. El teniente Luis Fuentes —novio de una de las hijas de Huerta, ya con fecha para la boda— lo detuvo con un grito perentorio que a

Gustavo le provocó un estremecimiento mayor que las armas que le apuntaban.

—¡Se acabaron los juegos! ¡Está usted preso!

Cuando Gustavo llegó y entregó su sombrero y su abrigo a cambio de una tarjeta numerada, no pudo imaginar que haría la digestión en el cuartucho oscuro y polvoso que servía de guardarropa, las manos atadas con un cordón de las cortinas. Desde ahí —el restaurante estaba muy cerca del Zócalo— alcanzó a escuchar veladamente la bulla de la gente en la calle y las campanas de los templos —entre las que sobresalían las de Catedral— echadas a vuelo: la ciudad festejaba el triunfo del ejército faccioso, el retorno a la paz y la caída del único presidente elegido democráticamente a lo largo de toda la historia del país. En la calle de Nuevo México se levantaban las llamas —uniéndose al festejo— del periódico maderista *Nueva Era*. Conforme anochecía y se corría la voz, más gente se agregaba —en un gran coro— a los gritos de «¡Viva el ejército salvador!» y a las dianas que en el Zócalo tocaba la banda de guerra del 29º Batallón.

¿Qué meditaba Gustavo durante su encierro de más de seis horas en el cuartucho del guardarropa? Seguramente sabía que era el fin, pero parece imposible que imaginara, siquiera que imaginara, la pesadilla que apenas comenzaba a vivir. Como a las 10 fue conducido a la Ciudadela, en un automóvil, por el propio teniente Luis Fuentes. A empujones se le introdujo en una oficina que mal alumbraba una lámpara de petróleo. Había un pequeño escritorio y un pizarrón de pared a pared con cifras y dibujos de las estrategias seguidas durante el combate. Ahí estaban los generales Manuel Mondragón y Félix Díaz. Fuentes se cuadró ante ellos:

—Mi general Huerta les envía a este prisionero.

—Muy bien, teniente, díglele al general Huerta que nunca dudamos de que cumpliría su palabra —dijo Félix Díaz.

En la penumbra, Gustavo descubrió al intendente Adolfo Bassó, de pie en una esquina, cabizbajo y, como él, con las manos atadas. Intercambiaron una mirada que era más despedida que saludo, y Gustavo recordó que fue Bassó quien el día anterior le comentó la amenaza de Huerta por haberlo mantenido preso —no más de una hora— en la intendencia de Palacio en donde, precisamente, en esos momentos, ya estabas preso tú.

Afuera, soldados ebrios pedían a gritos a Ojo Parado, apodo que le puso a Gustavo, con gran éxito, Trinidad Sánchez Santos, director de *El País*.

—Nuestros soldados claman por usted —le dijo Mondragón a Gustavo, sonriendo. Era un hombre alto, flaco, con las mejillas consumidas y ojos

llameantes—. Creo que debería salir a saludarlos, ¿no le parece?

Gustavo no respondió y bajó la mirada. Mondragón le tomó la barbilla y con un movimiento rápido, ofensivo, como un chasquido de los dedos, lo obligó a levantar el rostro.

—Míreme a los ojos, no sea cobarde —y dirigiéndose a Félix Díaz—: ¿Usted qué piensa que deberíamos hacer con Ojo Parado, general?

Félix Díaz, grueso, indolente, como siempre hundido en sí mismo, se limitó a encogerse de hombros.

—Llévelo afuera, teniente —le dijo Mondragón a Fuentes—. Que salude a los soldados, que tanto lo llaman.

—No puede usted hacerme esto —gritó Gustavo, zafándose un momento de las manos de Fuentes—. No puede usted mandarme con esa chusma asesina. Tengo fuero como diputado.

Mondragón enarcó las cejas y sus mejillas se hundieron más.

—Entiéndanos, don Gustavo. Esto es una guerra y usted es nuestro prisionero. No es más que eso. Ha dejado de ser todo lo que era antes. ¿O usted pensó en el rango del general Reyes y del general Ruiz cuando su gente los asesinó?

—No discuta usted con él, general —dijo desde atrás, desde su aparente indiferencia, Félix Díaz, quien apenas si levantó los ojos del cigarrillo de hoja que liaba.

—Tiene usted razón, general. Llévenselo de una buena vez, teniente.

Casi a rastras, Gustavo fue conducido por un pasillo oscuro —que para él era ya el primer pasillo de la muerte— a la plaza frontera, bañada por la luz lechosa de una luna redonda y amarilla. En su rostro era bien claro el terror. A empujones y golpes, sin dejar de insultarlo —entre las fogatas encendidas y los grupos de soldados ebrios, algunos de ellos de 17 y 18 años cuanto más, alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes— lo llevaron hasta la estatua de Morelos, que se recortaba airosa en el fondo de la noche: altar en que debía oficiarse el sacrificio.

Un tal Cecilio Ocón —que todavía unos días antes mendigaba negocios turbios al propio Gustavo y a Sánchez Azcona— alumbró con una linterna el rostro aterrado de tu hermano, en el que, de nuevo, como tú le decías, el ojo bueno contagiaba al de vidrio de sus emociones más vivas. Incluso, en el ojo de vidrio, pasmado, parecía reflejarse más el terror. Sobre todo cuando le acercaron un puñal en alto, entre las carcajadas y gritos de los presentes.

—No, por favor —dijo Gustavo mientras intentaba subir las manos, que tenía atadas, para protegerse el rostro.

—¡Ojo Parado cobarde! ¡Ojo Parado cobarde! —gritaban a coro. Una botella vacía se hizo añicos a los pies de la estatua.

—¡Calma, calma! —gritó Ocón, quien llevaba la voz cantante en la ceremonia—. No tiene por qué morir tan pronto. Que sufra primero.

—¡Sí, que sufra primero Ojo Parado, que sufra! —secundaron los gritos.

—Que venga a defenderlo su grupo de la Porra —se burló Ocón.

—A ver, que venga.

—Llámalo, Ojo Parado, llama a tu grupito de la Porra, ándale —dijo otro de los soldados, muy joven, pinchándolo ligeramente en el vientre con la bayoneta. Gustavo se contrajo de dolor, pero no alcanzó a caer al suelo porque Ocón lo detuvo, estrujándole el saco.

—¡No se queje tanto, cabrón, todavía ni le están haciendo nada! A ver, alúmbrenlo de nuevo.

La linterna regresó al rostro desfigurado, y esta vez un tal Melgarejo, desertor reciente del 29º Batallón, de un tajo vació el ojo vivo de Gustavo, quien cayó al suelo doblado del dolor. Su último grito, fíjate, fue: «Mamá, mamá», mientras las burlas continuaban:

—¡Ojo Parado llorón! ¡Pinche ciego cobarde!

Ya en el suelo le propinaron puntapiés y lo hirieron con las bayonetas.

¿Podían todavía vejarlo más? Pues a tirones lo desnudaron y alguien le mutiló el miembro y se lo introdujo en la boca. Gustavo era un hombre corpulento, muy sano, que tardaba en morir. Su cadáver, según el ingeniero Alberto J. Pani, presentaba 37 heridas. Le extrajeron el ojo de vidrio y lo trajeron de mano en mano, como trofeo. Finalmente, su cadáver fue enterrado bajo un montón de estiércol.

¿No fue esta ceremonia una respuesta —¿de quién?— a la fe incondicional que tenías en la bondad humana? Sobre todo, tratándose del hombre que, decías, era a quien más amabas, tu hermano, tu compañero de la infancia y la juventud, el único que trató siempre de mostrarte un camino más realista que el que seguías, tu mejor amigo.

Luego fusilaron al intendente Adolfo Bassó. Marchó sereno, custodiado por un piquete de soldados, hasta la estatua de Morelos, convertida en altar y paredón. Bassó era un hombre alto, moreno, robusto, arrogante. Había sido marino y pidió que, antes de matarlo, le permitieran mirar la estrella polar, que tantas veces lo guió en sus viajes. Levantó los ojos y buscó en la noche azulada, con resplandores lejanos. La constelación de la Osa Mayor parecía fría y distante, y sin embargo Bassó encontró ahí su pequeña estrella y la resignación para morir con dignidad.

—Tengo 62 años. Conste que muero como un hombre —dijo, al mismo tiempo que desabotonaba el saco para descubrir el pecho y le ordenaba al oficial que dirigía el fusilamiento—: ¡Hagan fuego!

Los rostros de Mondragón y de Díaz —aparentemente inexpresivos— habían permanecido asomados a una ventana, como ante un escenario. Luego, Díaz se retiró a sus habitaciones privadas y se cambió de ropa para dirigirse a Palacio a ver a Huerta. Un diario, al día siguiente, relató que algunas damas de la aristocracia porfirista lloraron de emoción, «lágrimas patrióticas», al verlo pasar. Él iba «pálido y sonriente» y lucía una violeta en el ojal. Otro diario dijo que al amanecer apareció por la Ciudadela un grupo de diputados y civiles, solidarios con la causa triunfante, entre los que destacaban Querido Moheno, Francisco Olaguíbel y Jesús Rábago. Iban a prestar «cualquier clase de ayuda» para «legalizar la situación». Con gesto compungido escucharon, de labios de los propios asesinos, el relato de la macabra muerte de Gustavo. Incluso, se les mostró el sitio en donde estaba enterrado el cadáver, bajo el montón de estiércol. Al final, Querido Moheno, según decía el diario, remató la escena —la muerte misma de Gustavo— con una de sus frases lapidarias:

—Es lamentable, pero necesario. ¿Quién podía haberlo evitado?

Es verdad, hermano, dime, ¿quién podía haberlo evitado?

Pero no te detengas en una sola imagen: podrías después no salir de ella. Aquí, como en un sueño, como en cualquier sueño, surgen imágenes que intentan fijarse, permanecer en ti para siempre. Aprende a dejarlas pasar, desvanecerse en la luz diurna. Piensa que son como humo en la memoria. Busca otros asideros que te aclaren lo sucedido, todo lo sucedido. Aprecia la maravillosa experiencia de observarte, desde aquí, a ti (a mí) mismo. Como aquella, en noviembre del 11, durante la Segunda Semana Aérea, en que uno de los pilotos te invitó a volar en un poderoso Duperdussin. Te habían asombrado las vistosas piruetas de los aparatos en la mañana azul y nítida. Parecían, sí, más una hazaña del alma que del cuerpo. Preguntaste a qué velocidad iban y enarcaste las cejas al escuchar la respuesta: ¡más de 80 kilómetros por hora! Al final del acto, los pilotos pasaron a la tribuna a saludarte con una solemne reverencia. Había incluso dos aviadoras: Madame Moissant y Miss Quimbby. Entonces, uno de los pilotos te preguntó persuasivo si el señor presidente querría subir a su aparato y conocer la sensación de volar. Enseguida aceptaste. Sarita, que estaba a tu lado, frunció el ceño. Era una temeridad, por dios. ¿Cómo iba el presidente de la república a arriesgarse así, ante el asombro general, en uno de esos aparatos absurdos que, se decía, en cualquier momento podían desplomarse? Pero la verdad es que no sentiste miedo. No era así, no podía ser así, como fueras a morir. Y de pronto, al mirar hacia abajo, te miraste mirándote a ti mismo desde la tribuna, entre Sarita y Pino Suárez, expectante, como ahora, tal como ahora, aunque entonces el desdoblamiento no implicara este dolor y esta culpa calcinantes. Era, simplemente, la sensación de estar fuera de tu cuerpo, de haber dejado abajo miserias, nimiedades, la infinidad de trampas en que están atrapados los pobres humanos. Concretabas, al volar, lo que decías a tu hermano José en una carta de 1901: «Con las curas a distancia, parece que nos abandonamos a nosotros mismos, aunque no sea sino nuestro cuerpo fluídico el que nos abandona». Y agregabas: «Es pues posible que al pensar en la persona enferma, deseándole salud, es como si estuviéramos junto a ella, quizás aun con mejores resultados curativos que si de veras estuviéramos a su lado. Uno puede sentir que su cuerpo es sólo un medio». Y las curas magnéticas también

implicaban, de alguna manera, un desdoblamiento: «Es un don mucho más común de lo que imaginas y se desarrolla con la práctica. Lo único que tienes que hacer es, primero, adentrarte mucho en el alma de quien vayas a curar, saliendo de ti; y luego, poner las manos en la parte enferma e invocar con un gran deseo mental la ayuda de dios y de los buenos espíritus. Al poco tiempo notarás un ligero temblor en tus brazos y en tus manos, que durará mientras sea necesario. Cuando cese el temblor un rato, apártate (digo un rato porque la corriente magnética suele, y a mí me pasa siempre, suspenderse momentáneamente y luego continuar). Haz pues algunas experiencias en enfermedades como reumatismo ligero, en enfermedades nerviosas, y luego, ya que estés convencido de tu poder, intenta magnetizar agua para que te adentres en otro tipo de curas».

Por eso, ¿no es ésta, casi, la misma experiencia de volar en el Duperdussin, o de curar a distancia, o de sentir tu cuerpo únicamente como un medio para canalizar la fuerza magnética? Mira, tus ojos muertos, recién muertos, parecen buscarte, buscarme. No salgas de ellos. Mejor dicho, adéntrate en ellos como te adentrabas en los ojos de quienes curabas. Descubre ahí el mal, la enfermedad. El inicio del mal, el inicio de la enfermedad. Como en aquella ocasión en que, dijiste, te obligaron a conocer, a palpar la violencia, a través de otro velo rojo, de otros párpados de sangre. Fue durante una pelea con un compañero en el Saint Mary's College, en Baltimore. Eran buenos amigos, pero apenas surgía la más leve fricción —¿y entre qué amigos, en la adolescencia, no las hay?— él te retaba a golpes. Parecía que su concepto de la amistad, para ser tal, debía incluir el hacerse daño. Y terminaste por aceptar, a pesar de que te dolía más que a él cada golpe que le dabas. Al principio incluso los tirabas sin fuerzas, escurriéndote, sin verdadero coraje. Hasta que llegó de improviso uno de los profesores, sacerdote como todos. Suspendieron el asalto, intimidados, pero, para tu sorpresa, para sorpresa de todos, ordenó, con aspavientos y gritos, que continuaran, que debían continuar, desahogarse. Y hasta se introdujo al círculo que formaban los espectadores. Y entonces sí, por la forma en que los azuzaba el sacerdote, nació en ti un verdadero coraje: creciente, enajenante, que terminó por volverte extraño ante ti mismo. Al terminar, con los rostros tumefactos, cuando los obligaron a darse la mano en señal de reconciliación, dentro del barullo de risas y burlas, mirándolos a todos a través de un velo rojo como el que ahora te cubre, descubriste al verdadero enemigo al cual combatir: el que estaba dentro de ti en el momento de mayor furia, el que palpaste en la expresión y en los puños de tu compañero, en los gritos y los

aleteos del sacerdote, en las burlas y las carcajadas de tus otros compañeros; la violencia, una y la misma, que te mostraba, como ante un espejo, un rostro que te habías negado a reconocerte, a reconocer en todos y cada uno de los que te rodeaban. Una y la misma: la violencia sorda, socavante, de la tiranía; la violencia brutal, abierta y descarada que desatará tu muerte, y con la que enfrentarás a tu pueblo: el rostro que tampoco había querido reconocerse, su verdadero rostro, tu verdadero rostro, nuestro verdadero rostro: el que ahora, mira, empieza a delinearse en el espejo que la muerte nos ha puesto enfrente.

En abril de 1903 le escribiste a tu tío Catarino Benavides que, durante uno de tus retiros y ayunos —en los que casi te reducías a orar, leer y tomar dictado del espíritu que te visitaba— habías descubierto que el perfeccionamiento interior podía llevarte toda la vida y aun así quizá no bastara. ¿Y si te hubieras reducido a esa misión? ¿Era la pregunta vital, axial, que te hacía el cuento de Tolstoi *El oro y los hermanos*, que anotaste entre tus predilectos? Resulta importante que lo recuerdes en estos momentos: dos hermanos viven en una montaña, cerca de Jerusalén, dedicados a loar a dios y a trabajar por los pobres, sin aceptar el menor salario, alimentándose de lo que tienen a bien obsequiarles. Un día uno de ellos descubre, atrás de la pequeña casa, algo que lo aterra y lo obliga a bajar la montaña despavorido. El otro, asombrado, se acerca a ver qué alarmó así a su hermano, y descubre un montón de oro que brilla como el mismo sol sobre la hierba. Reflexiona:

—¿Por qué se habrá asustado así mi hermano? En el oro no está el pecado; donde está es en el hombre. Si el oro puede producir el mal, también puede producir el bien. ¡A cuántos pobres alimentará este oro! ¡Cuántos enfermos curará! ¡Cuántos desnudos vestirá! Mi hermano y yo socorremos a quienes lo necesitan, pero de poco vale nuestro esfuerzo porque carecemos de recursos...

Al término de la reflexión toma el oro y lo lleva a la ciudad. Construye un asilo para huérfanos, un hospital para enfermos y un refugio para peregrinos y mendigos. Pronto se llenan las tres casas de gente que lo alaba. Se muestra tan satisfecho de su obra que difícilmente se hace a la idea de abandonar la ciudad. Pero extraña en forma creciente a su hermano y, sin guardarse una sola moneda para él, y vestido como a su llegada, regresa a su casita de la montaña. Sin embargo, a la entrada encuentra a un ángel del Señor que lo recrimina:

—¡Vete de aquí! No eres digno de vivir con tu hermano. Una sola oración de él, óyelo bien, una sola oración de él vale más que cuanto has hecho con el oro. El demonio lo puso como tentación ante ti, y has caído...

Entonces él comprendió que las palabras del ángel eran verdad y se arrepintió. A partir de entonces no se volvió a dejar seducir por el demonio. Y

supo que no es con oro, sino con oración y trabajo humilde, como se puede servir a dios y a los hombres.

¿Por qué te gustaba tanto ese cuento, hermano? ¿Hubieras sido fiel a él si permaneces en San Pedro de las Colonias, dedicado a loar a dios —¿no era ése el fin de tus ayunos y retiros, de tu austeridad franciscana?— y a trabajar humildemente por los pobres —¿no les abriste un albergue en tu propia casa donde les ofrecías cama y comida, y eras infatigable visitando enfermos con tu botiquín de homeópata? Era de verse, decían, cómo te asediaban los enfermos menesterosos, a quienes, siempre, sin excepción, proporcionabas alivio a su dolor en la medida de tus posibilidades, consuelo a sus penas y, si era necesario, recursos pecuniarios. Nadie que te pidiera algo, salía con las manos vacías. Hasta ahí, digamos, eras fiel al hermano que permanece en la montaña, atendido a sus propios y limitados recursos —aunque en tu caso no lo fueran tanto, pero finalmente resultan limitados al compararlos con tu pretensión posterior. ¿A partir de qué momento —determinante en tu vida y en la de tu país— te creíste destinado a una más alta misión? Eso es, búscalo: ¿en qué momento te conquistó el resplandor del oro, lo tomaste y bajaste con él a la ciudad?

¿Recuerdas las horas pardas de aquel atardecer? Estabas en la terraza cubierta por un alero de tejas y los nervios te traicionaban: no podías estarte quieto y fumabas —todavía fumabas— sin cesar. ¿Qué sucedía? Ibas y venías entre los sillones de mimbre, con las manos a la espalda, dejando una estela de humo a tu paso. Vestías un chaleco blanco, de dril, sin abotonar, y pantalones y botas de montar. Por momentos te acodabas en la balaustrada de madera y te perdías en la lejanía, en los penachos encendidos del cielo, en el campo sembrado de algodón y moteado por los cotones de manta de los peones que, antes de retirarse, te decían adiós con la mano; respondías con una seña igual y una sonrisa. Pero en realidad no los veías. No veías nada porque tu atención estaba centrada en escucharlas, en escuchar las voces interiores con mayor claridad. A tu padre estuviste a punto de confesárselo al mediodía: ahí estaban de nuevo, más acuciantes que nunca, pero temiste que, como en otras ocasiones, no te entendiera y te previniera contra la sugestión.

—El problema de Panchito es que es muy sugestionable —le dijo a tu tío Catarino Benavides.

¿Y no sería de veras ése el problema, hermano?

Porque lo que empezó como un mero juego —tu mismo padre te prestaba la *Revue Spirite*, a la que estaba suscrito— se había transformado en una imperiosa realidad que, hasta ese momento, apenas si te atrevías a confesar.

¿Por qué época fue? Sí, por el 98: tendrías unos cuatro años de haberte instalado en la finca —Menfis la llamabas— que te cedieron tu abuelo y tu padre, en patrimonio y a efecto de que la desarrollaras en forma independiente. Y, en eso, les demostraste que no eras autosugestionable ni soñador sino práctico y realista. Habías aplicado buena parte de los conocimientos adquiridos en la Escuela de Agricultura de California y ya era un modelo de propiedad agrícola. Tenías unas 200 hectáreas sembradas de algodón y frutales, habías construido una presa y en poco tiempo lograrías irrigar la mayor parte de la tierra. Además de otros proyectos inminentes: una compañía jabonera, una fábrica de hielo, acciones, terrenos en Cuatro Ciénegas, cría de ganado... Esto independientemente de que no había en la

región —quizás en el país— peones mejor pagados y mejor tratados que los tuyos.

Sin embargo, aquella tarde tenías la mente en otra parte. Desde hacía días, parecía, un espíritu intentaba comunicarse contigo. En París habías asistido a varias sesiones espiritistas y sabías lo que eso significaba. Además de que la mayor parte de tus lecturas, las más constantes, las más apasionadas, eran precisamente sobre espiritismo. Pero eras sólo eso, un estudioso, hasta que aquella noche traspusiste la frontera y de mero espectador te transformaron en actor.

Estuviste en la terraza hasta que descendió, de golpe, esa zona intermedia, ambigua, entre la luz y la sombra. Nació un ligero aire fresco que, sin embargo, no alcanzaba los bordes ardientes de la tierra. Los sonidos se fueron refinando y del ajetreo de los peones, que daban de beber a los caballos en los aljibes, pasaste a escuchar, apenas unos minutos más tarde, la leve agitación de las ramas, el orquestado canto de los grillos, los movimientos escabullidos de los pequeños animales nocturnos. Algo, aún nebuloso, se acercaba a ti, ¿pero qué era? Mejor dicho, ¿quién era? El cielo tenía tal transparencia que si guiñabas los ojos podías atrapar la luz más lejana, violácea, de las estrellas.

Avisaste a la servidumbre que no ibas a cenar y fuiste directamente a tu despacho. Te instalaste en tu escritorio de cortina y lo abriste. La lámpara de acetileno derramó una mancha de luz amarillenta sobre el montón de papeles: facturas, recibos, una carta reciente de tu novia, Sara Pérez, breves expedientes de tus enfermos a los que recetabas medicamentos homeopáticos: nuez vómica, veratrum, acónito, belladona, calcárea carbónica, ipecacuana... Tomaste una hoja blanca y la miraste largamente. Recordaste a León Denis. Una noche, también una noche, tomó la pluma y Juana de Arco guió su mano. Una transformación extraordinaria se operó en él. Los temores, dijo, se fueron para siempre. «Ánimo, amigo mío —le dictó en una ocasión Juana de Arco—. Ahora que el porvenir se dibuja con más claridad, ahora que se acercan los momentos de lucha, que las pruebas más terribles van a acosarte, estaré aún más cerca de ti, secundando todos tus pasos. No lo olvides, amigo, el objetivo está ahí, el objetivo que hay que alcanzar, el objetivo que te abrirá las puertas de este otro mundo».

Las puertas de este otro mundo, repetiste mentalmente. ¿Podía cualquier atractivo de esta tierra compararse con la posibilidad, con la mera posibilidad, de abrirlas? También recordaste aquella frase que le dictaron los espíritus a Swedenborg: «El cielo está en donde el hombre ha colocado su corazón». Y tu corazón estaba ahí, hermano, en la punta de aquella pluma temblorosa que,

por primera vez, iba a trazar unas cuantas líneas fuera del control de tu voluntad. El problema era no dudar, según leíste en Allan Kardec, y resignarse en caso de fallar: «Se han visto personas enteramente incrédulas quedarse del todo admiradas al escribir a su pesar lo que no era su voluntad escribir, mientras que creyentes sinceros no lo pueden conseguir por más esfuerzos que hacen, lo que prueba que esta facultad depende de una predisposición superior a nosotros». Había que empezar por pedir a dios que, en caso de que así fuera su voluntad, permitiera el encuentro milagroso por medio de la escritura. Apoyaste la pluma en la hoja blanca. «El primer indicio —agregaba Allan Kardec— es una especie de estremecimiento en el brazo y en la mano. Es el momento en que hay que apartar todas las dudas. Luego, poco a poco, la mano es arrastrada por un impulso que la sobrepasa, imposible de dominar... Los caracteres van aclarándose, el espíritu que nos visita está ahí».

Respiraste profundamente. Decías, después, que si aquella primera emoción de descubrir cómo se arrastraba tu mano independiente de tu voluntad se hubiera prolongado demasiado, hubieras muerto. La conclusión no era para menos: no estabas solo. Nunca más estarías solo. La soledad te había abandonado para siempre. Escribiste:

«Ama a dios por sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo.»

A partir de mayo de 1901 empezó a visitarte el espíritu de tu hermano Raúl, que murió a los cuatro años al meter la punta de un carrizo en la lámpara del comedor de la hacienda y rociarse las ropas con el queroseno ardiente. ¿Por qué él? ¿Por la pena infinita que te causó su muerte? Cada vez que lo recordabas, decías, se te estrujaba el corazón. ¿Por qué hasta esa injusticia, la injusticia de su muerte prematura, querías remediar, y que su vida, su vida no vivida, se realizara en ti?

Bastaba que tomaras la pluma y lo llamaras. Tu mano empezaba a desplazarse por sí sola, hermano. Qué maravillosa sensación. No ser tú; mejor dicho, no ser sólo tú, porque en la escritura estaba también él. En cada palabra se manifestaba y así, al ser tú y él quienes escribían, resultaba que tú eras más tú que nunca. Él y tú, así como ahora hablamos tú y yo. Yo: tú: él.

Tu pluma operaba el milagro: restablecía un orden olvidado en el que la muerte no existe.

En una ocasión hasta te confundiste y al terminar la carta que te dictó firmaste con tu nombre en lugar de con el suyo. ¿Pero había diferencia real entre los dos? Estaban tan cerca que planteó la posibilidad de reencarnar como hijo tuyo, lo que no pudo realizarse, ¿por qué? ¿Porque Sarita era estéril, porque lo eras tú, o porque *no debías* tener hijos? ¿Qué puede alterar los planes de los muertos en relación con los vivos? ¿O será —como Raúl te confesó en una ocasión, por lo demás— que ellos, los espíritus, se equivocan tanto como los vivos? Quizá de veras los espíritus no saben más de lo que sabían al morir, y así vagan por entre los mundos y los soles, en busca de conocimiento.

Raúl te instruyó sobre las cuestiones del más allá: al descubrir tu miedo porque tu madre, que estaba enferma, pudiera morir, te dice: «No entiendo ese miedo tan horrible a lo que ustedes llaman muerte, que en realidad no es sino la vida, pues al abandonar el espíritu su envoltura material viene a disfrutar de una verdadera vida, más alguien como mamá, que ha tenido una existencia plena de buenas acciones». Y también te instruyó en las cuestiones del más acá: dominar la materia, privarte aun de lo que más gozabas. Aquella capacidad de tu paladar para apreciar los buenos licores, de tu olfato para

distinguir un buen tabaco o un buen perfume, y hasta de tu tacto para palpar las buenas telas, la apagó en ti. Logró que a la ropa la llamaras, peyorativamente, la envoltura de la envoltura; que abandonaras el tabaco, y que destruyeras tu cava de vinos importados. También te recomendó —¿o deberíamos decir ordenó?, porque en ocasiones el tono era francamente recriminatorio— que te levantasas más temprano —«¿cómo puedes pedirles a tus trabajadores lo que tú mismo eres incapaz de hacer?»—, que renunciaras a la siesta y que te volvieras vegetariano. «Nadie como el señor Madero para aguantar el hambre —contó Roque Estrada—. Después de días de casi no comer, nos presentaban un buen trozo de carne como único platillo y con una impasibilidad absoluta decía: —No puedo comerlo, soy vegetariano». Por otra parte, te obligaba a una creciente atención a los trabajadores de tu hacienda y a los pobres que mantenías: «Las únicas riquezas que posees son tus buenas acciones... Si vas a Monterrey procura dejar a tus pobres con lo necesario, pues es una crueldad que porque tú andes paseándote y divirtiéndote vayan a sufrir algunos infelices todos los horrores del hambre».

Te señala con severidad las caídas: «Con cuánta tristeza hemos tenido que alejarnos de tu lado por olvidar tu naturaleza superior, despreciando la elevada y noble misión que has escogido y que dios te ha concedido. Al dejarte dominar por los instintos animales has roto los lazos de afinidad que nos unen». Y es que, «si vieras con cuánta solicitud seguimos tus pasos, si vieras con cuánta ansiedad esperamos los momentos favorables para influir sobre ti, si vieras con cuánta tristeza vemos tus caídas». Ya desde 1901, la relación era de lo más estrecha: «Yo por eso estoy siempre a tu lado, pues aunque esté en cualquier otra parte, estoy pendiente de tus actos, de tus palabras y de tus pensamientos, pues quiero guiarte, quiero animarte para que seas un héroe de la Verdad y quiero consolarte cuando sufras».

Te enseña, paso a paso, la oración y el recogimiento; te recomienda el estudio constante de libros espiritistas y te invita a «dedicar todos los días media hora por lo menos para examinar tus actos, tus pensamientos y tus deseos, cuidadosamente, uno por uno». En un tapanco de tu hacienda alcanzaste la plenitud más viva: la que no es de este mundo. Ahí aprendiste a estar en total soledad y armonía contigo mismo (y con él, siempre con él), a concentrarte en la lectura y en la escritura, y, sobre todo, a orar con verdadera devoción. «Casi se me fue el día en pura meditación», le escribiste a Antonio Gurza por aquellas fechas. Pero te dabas tiempo, ¿a qué horas?, para regresar a la tierra y atender tus cada vez más diversificados negocios, y para ayudar y

curar al que lo necesitara. Tenías presente que el verdadero santo desciende del séptimo cielo para llevar un simple vaso de agua a su hermano sediento.

¿Pero qué sucedió en 1903?

En abril, en Monterrey, presenciaste cómo un grupo que se congregaba en la plaza Zaragoza para promover a un candidato de oposición al gobierno neoleonés era reprimido brutalmente: de pronto, de la azotea del Palacio Municipal, surgió la ringlera de fusiles asesinos, arrasantes. Un estudiante cayó cerca de ti y le vendaste la herida de la pierna, por la que se desangraba profusamente. Sus gritos de dolor —¿entreverados con los de protesta?— te resonaban en los oídos aún días después.

El suceso te perturbó y a Camilo Arriaga le escribiste que «un morbo penetraba en los poros de la patria» e impedía a los ciudadanos «luchar contra las huracanadas tempestades». Pero lo veías como eso, como símbolo de los impedimentos para luchar. Porque, le escribiste a Arturo Gutiérrez: «Debemos estar por encima de los sufrimientos de este mundo», y «la violencia, en lo personal y en lo social, no nos conduciría a ninguna parte».

En tus memorias dices: «Hablaré de mi carrera política. La principié en octubre de 1904». Entonces, ¿qué sucedió en ese lapso, qué te hundió en la ola de violencia que rechazabas y que, como aconsejaban los libros místicos que leías, contemplabas con resignación y con distancia?

Todavía en septiembre de ese 1903, te dice el espíritu de Raúl: «Desengáñate: este mundo es como una prisión a la que has venido a purgar tus faltas por medio del dolor y del trabajo humilde». Proyecto que, parece, coincidía con tu intención de limitarte a tu ámbito regional. Y de pronto, el 18 de octubre, el propio Raúl te muestra un camino nuevo, apaisado, vertiginoso: «Los espíritus superiores gozan sobre todo con sacar a algún pueblo de la esclavitud, con ayudarlo a sacudirse un ignominioso yugo». Resulta extraño que, en este contexto, Raúl te dictara la palabra «gozar», contra la que tanto te había prevenido: sexo, tabaco, licor. Pero este gozo que señala ahora es el de los espíritus superiores. «Esos grandes hombres son tan dichosos con el triunfo de sus ideas como no puedes imaginarte; y luego vienen a este otro mundo y reciben una gran recompensa».

Ya estaba ahí: el resplandor del oro en la hierba, brillando como el sol. Por eso «aspira a hacer el bien a tus conciudadanos realizando tal o cual obra útil, trabajando por algún ideal que venga a elevar el nivel moral de la sociedad, a sacarla de la opresión, de la esclavitud, del fanatismo». (Unos años después, otro espíritu, José, te lo dictará aún con más contundencia: «Sobre ti pesa una responsabilidad enorme. Has visto el precipicio hacia

donde se dirige tu patria. Cobarde de ti si no la previenes... Has sido elegido por tu padre celestial para cumplir una gran misión en la Tierra».)

¿Podían entenderte quienes te rodeaban sin conocer estos señalamientos perentorios del más allá? Difícilmente. Y aun te dictaron una verdadera premonición: el desenlace de la Decena Trágica, la ola roja que ni siquiera ha terminado de caer sobre tus ojos. La proyección futura de tu imagen: «De esos espíritus superiores siempre guarda recuerdo la historia y son, entonces, sus grandes hombres, sus héroes. Héroes que *sin remedio* han derramado su sangre por la salvación de su patria».

¿El proyecto tenía que incluir el sacrificio? Tal parece que sí. De otra manera, sin la sangre derramada, no serías el mismo gran hombre, el mismo héroe y tal vez ni siquiera guardara recuerdo de ti la historia. ¿Lo supiste desde entonces?

Pero tu mano temblaba al trazar las líneas. Y dudaste, dudaste largamente en adentrarte por un camino que, te lo señalaban con claridad, implicaba entregar la vida y coronarla con una muerte violenta.

El rumbo hasta unos días antes era el opuesto: renuncia, recogimiento, oración, intenso trabajo pero apacible por sus humildes pretensiones, sin más gloria que la de hacer el bien en tu reducida comunidad. Pero el círculo se abrió de pronto en forma desorbitada y te abrumó. Por esas dudas, Raúl te recriminará en sus siguientes comunicados y te alentará con «la estela luminosa que dejan en su planeta los grandes hombres» y que, es obvio, dejarás tú. Y, a pesar de que «han sido las más de las veces mártires», han aprendido «a ver con desdén la muerte». ¿Estabas preparado para ello? Quizá no del todo y te lastimabas, te herías con la pluma, como si fuera una espada, que trazaba, que te obligaba a trazar, aquellas líneas visionarias. Y, muy especialmente, cuando el 21 de octubre del mismo 1903 te advierte de la condición ineludible para terminar de hacer luminoso tu martirio: aprender a perdonar a quien, 10 años después, cierre el círculo derramando tu sangre.

¿Desde entonces intuiste a ese otro yo —tu sombra— que se delineaba al final del camino? Aunque no te dieras cuenta de que lo elegías, aunque no quisieras darte cuenta de que lo elegías. El párrafo dice: «Los hombres que (como tú) han tenido una misión así en el mundo han finalmente compadecido a los esclavos, a los fanáticos que los han martirizado y les han dado la muerte».

En los dictados subsecuentes —febrero de 1904— insiste en el tema: «¿Qué hacía Cristo en la cruz mientras lo hería la lanza de un soldado y lo befaba la feroz multitud? Pedía a su padre celestial que perdonara a sus

verdugos». Y remata con una frase que intentarás adoptar como norma de conducta: «Fuera de la caridad, no hay salvación».

¿Fue en la sesión del 20 de marzo de 1903 cuando lo viste, cuando Raúl se materializó por un instante? El grupo espírita que formaste —tu tío Catarino Benavides, Francisco Rivas, Reinaldo Guajardo, Modesto Hernández y tú— sesionaba los miércoles a las 9 de la noche en tu despacho de la hacienda. El quinqué, en el centro de la mesa redonda a la que estaban sentados, difundía una luz tenue, amarillenta, que apenas si rozaba las cosas: ella misma como una aparición.

Con la cabeza echada hacia atrás, apoyada en el respaldo de la silla, y los ojos entornados, dejaste que tu mano empezara a desplazarse sobre la hoja de la libreta de tapas azules.

«Vuelvan a intentarlo —te dictó Raúl—. Quiero que vuelvan a intentarlo. Procuren vernos. Si la sesión pasada no lograron distinguirnos fue por su desánimo, por sus dudas. Vamos, inténtenlo. Hoy están en mucho mejores condiciones.»

Hubo una pausa. La pluma se desplazó en un signo incoherente por un estremecimiento del brazo. Luego continuó con lentitud.

«Queremos que al vernos disipen las dudas, para que así al reafirmar su fe, establezcan con nosotros un contacto más estrecho. Ustedes han estado anhelándolo durante largo tiempo y sin embargo apenas si nos lo han solicitado tímidamente. ¿No discutían todavía la semana pasada sobre los riesgos de la autosugestión? Pues nosotros, al recuperar por un instante la forma material que tuvimos en el mundo, sólo queremos ayudarlos a dejar de dudar.»

Tu respiración se había acelerado y por momentos parecía un apagado jadeo. Aún escribiste dos líneas más:

«José Vierna Zorrilla y yo permaneceremos a su lado hasta que termine la sesión. Si lo desean de veras, nos percibirán.»

(Ese José Vierna Zorrilla había sido amigo de la familia y en un momento de aguda depresión se dio un balazo. En una sesión anterior, les contó: «Figúrense ustedes que a cada momento me vuelvo a ver con el arma brutal en la mano y, a pesar de mi dolorosa resistencia a ya no... a ya no apretar el

gatillo, vuelvo a hacerlo una y otra vez, y vuelvo a sufrir el mismo dolor de mi falta de resignación y de mi falta de fe en dios».)

Catarino Benavides leyó en voz alta lo que habías escrito y propuso que apagaran el quinqué y permanecieran en silencio, con las manos abiertas sobre la mesa. Intermitentemente, un rayo de luna se colaba por algún intersticio de las cortinas cerradas e iba a rematar a los lomos dorados de los libros. Afuera traqueteaba un viento desasosegado.

Estuvieron algunos minutos así y ya preveías el mismo fracaso de la sesión anterior, cuando alguien dijo:

—Ahí están.

Entonces distinguiste, como en un parpadeo, como producto de los fosfenos que nacen al tallarse los ojos, a las dos figuras nimbadas en una esquina de la pieza, a un lado del vasto escritorio de madera. El hombre alto, desgarrado, las mejillas consumidas y sombras violetas en los ojos, vestido con un traje holgado, lustroso, y el niño de cuatro años: unos ojos que eran pura luz y que sonreían aún más que los labios finos, peinado con una perfecta raya en medio y un breve fleco sobre la frente. Parecía tal su felicidad —una felicidad como consustancial al aura que lo rodeaba— de que lo descubrieras, de que sus miradas se cruzaran, que, pensaste, correría a tu lado a abrazarte.

—Hermano —dijiste.

Pero en ese momento se desvaneció la imagen. El corazón se te desbocaba y te soltaste llorando (¿por qué no lograbas controlar las lágrimas?, te reclamabas cada vez que volvía a sucederte, lo mismo daba que fuera con tu mujer, con un grupo de amigos o, ya siendo presidente, en el entierro de Justo Sierra o al escuchar la *Obertura 1812* de Tchaikovski, con varios ministros de tu gabinete al lado). Nadie hablaba y sólo se escuchaban tus sollozos. Hasta que te tranquilizaste y encendiste el quinqué. Su luz, por pálida que fuera, terminó de disipar las sombras.

Estuviste trabajando en tu despacho hasta muy noche: el proyecto te entusiasmaba: una gran presa para irrigar centenares de millares de hectáreas de tierra. Por donde corriera el Nazas, escribiste, «nadie podrá decir: tengo hambre». Tocarón la puerta y antes de ir a abrir viste la hora: casi las dos de la mañana. Era uno de los sirvientes acompañado de una mujer pequeña, gibosa, como un puro montecito de huesos dentro del rebozo.

—Perdóneme, señor —dijo el hombre—, pero vi luz en su despacho, y como usted ha insistido en avisarle de cualquier urgencia, sea la hora que sea...

—¿Qué sucede?

—Es mi marido, señor —dijo la mujer—. Se está muriendo y no quiere a nadie a su lado, sólo lo quiere a usted. Perdóneme su mercé...

En alguna ocasión habías visto su rostro entre los grupos de mendigos astrosos que llegaban todos los días a pedir un plato de comida que los sirvientes de la hacienda repartían infatigables, la mayor parte de las veces ante tu propia supervisión.

Fueron en una carreta cargada de algodón que estaba a la entrada de la hacienda. La mujer se sentó a tu lado, aún más encogida.

—¿Cómo pudiste venir a pie desde tan lejos, mujer? Y a esta hora.

—Mi marido no entiende razones, señor. Nomás pide y pide por usted.

Había un viento que zumbaba a ras de la tierra seca y estremecía los matojos de gobernadora, desordenándolos. En el cielo no cabía una estrella más y la luna iluminaba la lejanía con más tierra seca y la línea de montañas. El trote del caballo te adormeció y en un par de ocasiones cabeceaste, clavando la barbilla en el pecho, y le pediste perdón a la mujer, sin que viniera a cuento: ella ni siquiera respondió, y se limitó a encogerse más y a dejar los ojos fijos en el fondo de la noche.

Pasaron el chapaleo del río (pensaste en tu presa, en la costra de tierra seca, de matorrales espinosos, surcada de repente, como por milagro, por serpentinas de agua nutricia, incontenible: nadie que viva a la orilla del Nazas podrá decir: tengo hambre, vaya proyecto, hermano), y vieron brillar los escasos tejados bajo la luz de la luna, como hongos, entre árboles pelones y

cabizbajos. Unos tablones mal ajustados hacían las veces de puerta. Un velón de sebo difundía una luz turbia que volvía irreal cuanto tocaba y en un rincón una mujer joven, muy delgada, demacrada, batallaba con el brasero de barro blanqueado, removiendo las cenizas para reavivar el rescoldo. En un petate con las orillas deshilachadas dormían dos niños enroscados como culebritas y una virgen de yeso flotaba dentro del resplandor exiguo de una veladora. En la cama de metal, desvencijada, estaba el hombre, aún más borroso, irreal, que el resto de las cosas que había en el cuarto, cubierto hasta el cuello por un sarape. Su perfil se recortaba afilado, brillante por el sudor que lo cubría. Sus labios entreabiertos emitían un apagado ronquido que, pensaste, por momentos, parecía ya un estertor.

—Aquí está don Panchito, Román. Mira, te traje a don Panchito, tanto que pedías verlo. Vino desde su casa, tan bueno, a verte, nomás a verte y a curarte.

La mujer se había hincado a un lado de la cama y le tomaba la mano. El hombre abrió lentamente los ojos, como sacándolos de un pozo, y redondeó los labios. Apenas con un ligero movimiento de la cabeza te descubrió y pareció renacer. Su mirada se desorbitó, brillante, e intentó una sonrisa que terminó de desencajarle el rostro y le dejó un rictus de dolor. A señas hizo que se alejara la mujer y que tú te sentaras en la orilla de la cama, con tu maletín sobre las piernas. Ibas a abrirlo cuando agitó una mano, como un aleteo desesperado, y te detuviste.

—No, medicinas no. ¿Para qué? —te dijo con una voz opaca que, también, parecía regresar de muy lejos.

Puso una mano sobre el botiquín y la dejó ahí, como tocándote a ti, como comprobando que de veras estuvieras ahí. La observaste un momento: temblorosa, huesuda, con las uñas sucias y unas venas saltadas y de un azul muy oscuro: verdaderos ríos con sus ramales, afluentes, deltas.

—Te voy a dar unos globulitos y estarás mejor, verás —intentando rescatar el maletín de la mano que lo apresaba como una garra, cada vez con mayor fuerza.

Él hizo un gesto de dolor, pasó la lengua por los labios y tragó una saliva que pareció amargarle más la boca. Movié ligeramente la cabeza a los lados:

—No. Ya no... —y agregó, más con los ojos que con las palabras torpes —: Nomás... ayúdeme.

Pusiste el maletín en el suelo y tomaste su mano entre las tuyas.

Saliste cuando clareaba y unas hebras de neblina se enmarañaban en las ramas secas de los árboles. Subiste a la carreta y el caballo volvió a avanzar

con el mismo trote que te adormecía. Intentaste pensar en la presa para no quedarte dormido.

Raúl te dictó unos días después, todavía a principios de 1903: «Aprende también a darles consuelo en el trance de la muerte. Nadie los ayuda a morir y es la mayor ayuda que necesitan. Cuéntales de esta otra vida para su consuelo. ¿De qué sirve que tengan comida y techo si no tienen fe?».

Años después dirás que el pueblo necesita antes que pan, libertad, lo que te será duramente criticado, y quizá no sin razón. Pero es que, ¿cómo explicar en un discurso político que al pueblo, antes que cualquier otra cosa, hay que infundirle la fe en la otra vida, para que aprenda a morir, para que aprenda a vivir?

Mira, el día de tu entierro en el Panteón Francés, Antonio Caso, al cargar el ataúd, te llamará San Francisco Madero.

Y aprovechaste las elecciones para presidente municipal de San Pedro de las Colonias para meterte a la aventura política por la que, años después, Pino Suárez te preguntaría: ¿si regresara el tiempo volvería usted a iniciarla? ¿Y de veras, si regresara el tiempo, volverías a iniciarla aquel 11 de diciembre de 1904?

Los días anteriores anduviste infatigable por los pueblos y los ranchos de los alrededores arengando a la gente para que votara. Cruzaste una y otra vez la llanura de confines siempre inalcanzables: como a punto de desmenuzarse en puro polvo para que se la llevaran los ventarrones, sin más asidero que los abanicos de mezquital.

Los ojos no tenían otro consuelo que el encuentro intermitente con el río, desordenado y ruidoso, que galopaba tenaz hacia su destino inescrutable. En su cauce ancho y de chorro de agua angosto arrastraba, como víctimas propiciatorias, ramas, flores degolladas, hojas, tallos de jarillas, de guayacanas, de cambrayes violáceos, y en algún recodo abandonaba, como a un cuerpo agonizante, un tronco carcomido.

Las casas de adobe, enjarradas, con las tejas rotas, flotaban dentro de las reverberaciones del sol como en una sustancia gelatinosa; sus fachadas irregulares parecían caras sucias, irrisorias.

—El próximo domingo es nuestro día, muchachos. ¡A votar todo el mundo! —decías, bajándote del caballo, propinándole un garnucho al sombrero de fieltro para sacudirle el polvo, entrecerrando los ojos enrojecidos por la fatiga y el calor.

—¿Cuál voto? ¿Para qué, don Pancho? —te preguntaban.

—El Club Democrático Benito Juárez, que acabamos de fundar, lanzará como candidato para presidente municipal a don Francisco Rivas, hombre honrado a carta cabal, que ha ofrecido ayudar a la gente más pobre de la región y no como el actual, que sólo atiende a los ricos. Entre otras medidas, abrirá escuelas en las haciendas, un hospital para gente de pocos recursos, y adquirirá bombas y pipas de agua para llevarla a quienes más la necesiten. Pero, lo más importante, ofrece respetar la voluntad popular, empezando por la votación del próximo domingo.

—No, pos sí vamos, don Pancho. Usté nomás nos dice cómo y qué hay que hacer para eso del voto. Precisamente el próximo domingo tenemos mercado.

—En la Plaza de Armas habrá una casilla para que voten con toda facilidad y rapidez y no pierdan su venta en el mercado. Despreocúpense por eso. Pero no falten porque redundará en beneficio de ustedes.

—Está bueno, don Pancho, si usted lo dice así ha de ser. Allá nos vemos el domingo.

Y la emprendías a otro pueblo o a otro rancho, dentro de la ventolera que te cubría de polvo y te picaba los ojos, seguro de cumplir con el mandato que te había dictado el espíritu de Raúl: «Aspira a hacer el bien en tus conciudadanos realizando tal o cual obra útil, trabajando por algún ideal que venga a elevar el nivel moral de la sociedad, a sacarla de la opresión, de la esclavitud, del fanatismo».

Pero si regresara el tiempo, ¿no te detendrías ahí, en pleno llano, e irías a reducirte a atender los negocios de tu hacienda, a ayudar a tu grupito de pobres —muy pocos, ¿pero no decías que con salvar a uno solo justificabas tu vida?— y a continuar con tus retiros místicos? Ahí, en el inicio, era quizás el momento; después, difícilmente habría regreso.

¿Lo llegaste a pensar entonces, hermano, mientras el relente del sol envolvía en un aura rojiza el paisaje, y te lo convertía en puro espejismo? Arriba volaba un gavilán suspendido dentro de la capa de calor, con las alas inmóviles, él también como irreal, adormecido por el bochorno.

Apenas si pudiste dormir. Con sigilo, para no despertar a Sarita, corriste el cerrojo que hacía más firme la unión de las mamparas. La emoción —cómo llamarla: ¿la emoción de iniciar la aventura política?— había traído un nuevo latido a tus sienes y saliste a la terraza helada. Te sobrecogió el tamaño de la noche y tiritaste a pesar de la gruesa cobija que llevabas en los hombros. Pero la sensación de frío te la producía, más que el aire, el rumor ululante de las frondas, el crujido de las ramas que cedían ante los pequeños animales nocturnos que huían del día inminente. Te acodaste en la balaustrada de madera: el despertar gárrulo de los pájaros ahuyentaba las tinieblas. Ya no había regreso, hermano, caíste (te hicimos caer) en tentación y la verdad es que esto de asumir un destino con un sabor tan agri dulce, al final del cual —te lo repetías, te lo repetíamos a cada momento— no había sino un velo rojo, producía en ti una euforia que nunca, ni remotamente, produjeron las escapadas furtivas a los burdeles en París, o el vino, o el tabaco, o el baile. Nada. Si tuvieras que elegir un vicio, uno solo —bien te lo dictó Raúl: «los espíritus superiores gozan sobre todo con el triunfo de sus ideas»—, sería éste: transformar la realidad... aunque por lo pronto su espectro se redujera a la presidencia municipal de San Pedro de las Colonias. ¿Hasta dónde podría ampliarse si te dejabas conducir?, te preguntaste aquel amanecer. El sol nacía con enormes esfuerzos dentro de la sombra inmensa.

«El entonces presidente municipal, don Alberto Viesca —contaste en tus memorias—, que iba a reelegirse, fue a Saltillo a pedir órdenes al gobernador, quien le dijo que por ningún motivo admitiese a los independientes en el Colegio Electoral, y por tal motivo no se registraron nuestras credenciales. El sábado por la tarde, víspera del día de las elecciones, le escribí una carta muy vehemente a don Alberto —era una buena persona, a pesar de que la lucha contra él había excitado sus pasiones—, carta en la cual procuraba tocar sus fibras más sensibles para convencerlo de que debía obrar con rectitud. Se impresionó y me mandó decir que deseaba celebrar una conferencia conmigo para ver si llegábamos a un arreglo, pero esto fue absolutamente imposible porque las bases que me proponía eran inadmisibles, en vista de lo cual los independientes acordamos que nuestro colegio se reuniera en la Plaza de

Armas, en uno de los pórticos forrados por unas enramadas. Pero llevábamos el propósito de que a la primera orden de la autoridad pasaríamos a mi casa para terminar allí los trabajos.»

Afuera del edificio de cantera rosa de la Presidencia Municipal —con su reloj oxidado, descompuesto, detenido en alguna hora de la eternidad— un gendarme fijaba un gran cartelón que decía: CASILLA ELECTORAL, en tanto que otro, con la misma lentitud, sacaba la mesa y las sillas. Mientras tanto, tú andabas por el mercado, de grupo en grupo, alentando y entusiasmando a todo el mundo con el alto significado de su voto. Había una nueva vibración en la voz y tus ojos relampagueaban.

—Óiganme. Vayan a votar. Es su única esperanza. Ustedes, con su voto, tienen más fuerza que ellos con sus armas y sus cárceles. Si se unieran en un clamor común, el poder de ellos se derrumbaría como un montón de piedras.

—Es don Pancho, miren, es don Pancho.

En los locales del mercado —cubos con agujeros por los que ingresaban lenguas de sol— empezaron, poco a poco, a aparecer rostros expectantes, que parpadeaban al escucharte, como si afectaras más a sus ojos que a sus oídos. Las mujeres que molían el maíz arrodilladas en el suelo se quedaron quietas, con los brazos rígidos, como integrados a la piedra del metate. Cuando guardabas silencio, sólo se oía un rumor zumbante entreverado con el ladrido de los perros o el llanto de un niño que gateaba entre los puestos. Alguno de los oyentes fruncía el ceño, incrédulo, a un lado de su carro, copeteado de verdura. Otro, cohibido, sentado en la banqueta —ante alguno de los tenderetes de calderas de latón, molinillos, peroles de cobre, gargantillas de coral, collares de chaquira, listones, telas estampadas, varas de percal, yerbas curativas, polvos de enamorar —, no dejaba de dar vueltas obsesivas a su sombrero de paja, con una expresión como de estarse tragando a la fuerza tus palabras. Alguno más, atrás de su puesto de fruta, te respondía con una absurda reverencia. Las mujeres parecían entusiasmadas —¿por qué?, la verdad es que fue algo que nunca olvidaste— y blandían las manos en alto y gritaban que tenías razón, que había que seguirte, cómo no, tan bueno que habías sido con ellos siempre. Te emocionaste hasta el sofoco —ahí, en el mercado de San Pedro de las Colonias— y la voz se te iba, monocorde, delgada, y tuviste que conducirla con la rienda corta que recomiendan para el caballo nervioso.

—Nadie puede imponerles a quien no quieran. Basta que así lo decidan. En ustedes hay una intuición innata para saber quién debe gobernarlos. Es un acto libre que nadie tiene derecho a reprimirles.

—¿Qué puede cambiar un voto nuestro, don Pancho, la verdad? —te preguntó alguien.

—Todo —respondiste dando unos pasos hacia él, buscándole los ojos—. Porque la ley nos iguala a todos al votar, nos vuelve responsables, a cada uno, del destino de la patria. Vamos, no se dejen vencer desde el principio por las dudas o por la apatía.

Y como la gente, enfervorizada, empezó a acercarse a la plaza a votar o a hacer lo que tú dijeras, el comandante de la policía habló por teléfono con el jefe de Armas y éste, muy nervioso, habló con el presidente municipal.

—Don Pancho ya nos armó un relajo aquí, señor. Se trajo un montón de gente de las rancherías y de los pueblos, nomás para que hagan alboroto en la calle por un tal Francisco Rivas.

—Póngalos en orden —farfulló el presidente municipal, con una voz que no acababa de despertar—. El señor gobernador dijo que no permitiéramos que el Club Benito Juárez instalara su casilla.

—Pues la casilla ya la instalaron en uno de los pórticos y está votando ahí un montón de gente.

—¡Pues levánteles la casilla y asunto arreglado! ¡Carajo, qué falta de iniciativa la de usted! Apúrese porque luego es peor y arman más alboroto. No vaya a tener que enterarse el señor gobernador, imagínese. Las órdenes que tenemos son muy claras.

«La autoridad —escribiste en tus memorias— dio orden de que se disolviese la reunión, pero la orden no venía en regla y el presidente de nuestra mesa —don Indalecio de la Peña, hombre de gran energía y, sobre todo, de una tenacidad a toda prueba—, principió a leer a los representantes de la autoridad los artículos de la Constitución relativos al suceso.»

—Pues levantan la casilla por la buena o por la mala —dijo el comandante de la policía, con su bigote lacio, cenizo, que le caía en exceso sobre unos labios impertérritos.

—Señor —le preguntaste—, ¿el pan que comen usted y sus hijos se lo gana respetando la ley o violándola?

—Yo sólo cumplo órdenes. Y no me venga con esos cuentos. Ámonos a otra parte. Ya bastante bulla causaron.

Empezaron a impedir la votación a culatazos y temiendo un enfrentamiento más grave —«¿será posible defender la justicia y a la vez evitar que haya sangre?», le escribiste después a Rafael Hernández—, te trepaste a una silla e invitaste a los presentes a instalar la mesa en el zaguán de tu casa.

—¡Viva don Pancho Madero! —oíste gritar por primera vez a la multitud; grito que te resonó, a partir de entonces, sin remedio, como una especie de canto de las sirenas.

Estaban en el conteo de los votos, nomás para confirmar el triunfo aunque no tuviera validez legal aparente, cuando llegaron a avisarte que habían aprehendido a algunos compañeros que se encontraban en el Club Benito Juárez, y que otros estaban ahí, afuera de la casa, y no sabían dónde esconderse.

—Que se vayan a esconder a la hacienda, allá no los van a buscar —ordenaste.

Pero dos horas después te habló Sarita por teléfono: la hacienda estaba rodeada de policías y llevaban orden de catear la casa.

—Si no te enseñan la orden por escrito, no los dejes entrar. Distráelos un rato, voy a hablar con don Alberto. Y manda a los muchachos que se escondan en el tapanco.

El mismo tapanco, nimbado por tus retiros místicos y por tus comunicados espíritas, se convertía, de pronto, simbólicamente, en el refugio de dos prófugos de la ley. ¿Ves cómo para ese entonces ya no había regreso, hermano?

—Ya ni amuela, don Pancho —te dijo el presidente municipal—, mire nomás la que nos armó. No hay derecho. Yo creí que éramos amigos y por eso le pedí que nos pusiéramos de acuerdo, para no perturbar la paz. Puros problemas nos ha traído su dichoso Club Benito Juárez.

—Permítame, señor Viesca —contestaste, en un tono de severidad que seguramente el otro no esperaba—. Primero, los problemas que ha causado nuestro club son porque intenta hacer respetar la ley. Segundo, no podía haber acuerdo entre usted y yo porque sus condiciones eran inaceptables: jugar a las elecciones para que al final, de todas maneras, sucediera lo que sucediera, usted fuera reelegido. Yo pienso que un proceso electoral es algo muy serio, quizá lo más serio que le pueda suceder a un país que busca la libertad y la justicia. Lo mismo da que se trate de la votación para elegir a un presidente municipal de San Pedro de las Colonias que al presidente de la república. La ley es la misma. Y tercero: esto nada tiene que ver con la amistad; mejor dicho, mi obligación como amigo es decirle la verdad.

Hubo un largo silencio y supiste que ya no te escuchaba, hasta que un como resoplido que quiso disfrazarse de risa nerviosa, te demostró lo contrario.

—Ah, qué don Pancho, siempre con sus cosas. Pero así lo queremos aquí, don Pancho, se lo juro. El problema es que nos pone unas pruebas muy canijas para demostrárselo. Mire, si le parece, vamos a pararla ya. ¿Qué podía hacer yo si tenía órdenes del señor gobernador de no aceptarlos en el Colegio Electoral? También entiéndame y no me cause problemas. Ahora soy yo el que, como amigo, se lo pido por favor.

—Lo entiendo, y yo tampoco quiero perturbar la paz, pero desde ahora le digo que apenas perdimos la primera batalla y que nuestra lucha continuará con las elecciones para gobernador.

Nuevo silencio y nuevo resoplido.

—Allá usted. ¿Por qué no se dedica a sus asuntos y se deja de tonterías? Bastantes problemas tenemos para además creárnoslos entre nosotros mismos. Mire, voy a dar órdenes de que suelten a la gente de su dichoso club. Sólo al tal Luciano Rivera, que está escondido en su hacienda, tengo que detenerlo porque abofeteó a nuestro comandante de policía y eso no podemos permitirlo. Y le reitero que soy su amigo y estoy a sus órdenes.

—Se lo agradezco, don Alberto.

Colgaste con un sabor amargo en la boca. Algo dijiste entre dientes. ¿Tu odio no se atrevía a formularlo abiertamente? ¿O era la sensación de pena que te empezaba a invadir? ¿Cómo emprender una lucha tan ardua con la ambivalencia de sentimientos que llevabas auestas? Por lo pronto, aquella mañana, caminando nervioso por el patio de azulejos, te dolía más no haber convencido a Alberto Viesca de que respetara la ley, que la represión de que fue víctima tu club democrático. ¿Por qué no te convenciste nunca de que apelar a la buena voluntad de la gente era sólo una ilusión?

Por la noche, escondiste a Luciano en uno de los carros cargados de algodón, entre las pacas, metido en un saco de pita. En la madrugada, centinelas desconfiados picaron las pacas con sus bayonetas. Pero no encontraron nada y permitieron que el carro se marchara. Viste la escena desde la terraza y la angustia no te dejaba respirar. Luciano Rivera estuvo a punto de convertirse en la primera víctima de tu lucha política. No te lo hubieras perdonado, pensaste entonces, si una de las bayonetas le atravesara el corazón. ¿Imaginabas la cantidad de muertes que tendrías que perdonarte después?

En el *Manual espírita*, escrito con el seudónimo de Bhima, afirmabas: «Me dirijo al obrero, al desheredado de la fortuna, al que no encuentra consuelo en un culto que rechaza su razón, que tampoco lo encuentra en el materialismo, que sólo enseña el triunfo del más fuerte... Ese obrero que no cree justo perecer después de una vida miserable y laboriosa. Que no cree justo haber venido a este mundo tan sólo a enriquecer a otros, a proporcionarles abundancia con sus privaciones, a permitirles una vida holgazana mientras él se aniquila en el trabajo. Pues bien, a ese obrero destino mi obra, en la que encontrará una filosofía que abrirá su conciencia a nuevos horizontes y le hará comprender que nuestra vida no se desarrolla sólo en el miserable cuadro de una existencia terrestre, sino que tiene, por tiempo, la Eternidad, y por espacio, el Universo».

Pero no olvides que tu cuerpo está ahí, al lado del sedán Protos negro, y la pistola del mayor Cárdenas aún humea. Por eso, continúa mirando (mirándonos) y recuerda el momento anterior y luego el otro anterior, siempre hacia atrás, hacia el inicio, lo que es para ti, en estos momentos, la única forma de avanzar.

¿Qué sucedió antes de que el Protos saliera por la puerta principal de Palacio para conducirte a la Penitenciaría? Como a las diez y media llegaron a la intendencia el general Chicarro, el mayor Cárdenas, el cabo Pimienta y un piquete de soldados armados con carabinas. Los condujo el teniente que estaba de servicio: ese «joven Mendizábal», felicista de corazón, y quien la noche anterior, al ver que no lograbas conciliar el sueño e ibas de un lado a otro de la pieza, preguntó qué sucedía, y contestaste:

—Es que temo que me asesinen dormido. Si han de matarme, les ruego que lo hagan cuando esté despierto.

El «joven Mendizábal» sonrió —era muy joven y tenía una sonrisa de lo más ingenua y amable— y aclaró con una voz que difícilmente logró endurecerse:

—Señor, duerma tranquilo, que mientras yo esté aquí, usted no tendrá nada que temer.

¿Y sabes que entre sus compañeros presumió que gracias a sus palabras conciliaste un sueño prolongado y profundo? Es verdad: la ventaja de confiar en quienes nos rodean es que podemos suponerlos ángeles guardianes. Y esto a pesar de que sabías que te iban a matar y que para aquel «joven Mendizábal» eras un enemigo.

Entró el grupo a la pieza en donde dormían Pino Suárez, Ángeles y tú. Chicarro llevaba una linterna en la mano y la dirigió —como el resplandor de un disparo, como si los matara ya— a cada uno de ustedes, mientras los nombraba:

—Éste es el señor Madero; éste es el licenciado Pino Suárez y este otro el general Felipe Ángeles.

El chorro de luz no logró despertarte del todo y parecía llevarte de un sueño a otro, con las siluetas del grupo delineándose dentro de una atmósfera

que era más bien una materia untuosa en donde las cosas flotaban, temblorosas. Pusiste una mano enfrente en señal de alto y entrecerraste los ojos para detener la luz, lo inminente, el otro sueño.

—¿Qué sucede? —preguntó Ángeles.

—Tengo órdenes de entregar a ustedes a sus custodios —informó Chicarro, con sequedad.

Alguien encendió el foco pelón que pendía del techo, y que abría de cuajo lo que iluminaba.

—¿A dónde nos van a llevar? —preguntaste mientras tomabas la ropa que tenías a un lado, colgada cuidadosamente en una silla: la camisa dura, el *jacquet*, el pantalón claro a rayas.

—A la Penitenciaría, allá estarán más seguros —dijo el mayor Cárdenas, quien vestía un traje negro, de charro, y tenía toda la facha de ser quien te ejecutaría. ¿Aun en él adivinaste aquellos «signos de humanidad» que, en una carta del año anterior a tu padre, decías, descubrías en todos los hombres, en cualquier hombre, fuera cual fuera su postura y su actitud ante ti? Porque Cárdenas en ningún momento intentó ocultar su sentimiento de odio claro, vivo, directo, y que parecía traducirse en gozo de acabar de una buena vez contigo y se reflejaba en los labios ríspidos y en el golpe duro de la voz.

Se vistieron con premura y en silencio. Al terminar, empezabas a recoger tus ropas de cama pero un gesto de Cárdenas, más que su voz, te detuvo:

—No hace falta que se molesten en llevar nada. Después les trasladarán cuanto necesiten a sus nuevos alojamientos.

—Yo voy a llevar mi portafolios —dijiste, tomándolo del asiento de la silla.

—No hay necesidad, le repito...

—No lo voy a dejar.

Sin una gota de duda, Cárdenas suavizó el tono y se te acercó unos pasos.

—¿Qué lleva en él?

—Papeles... Papeles en los que estoy trabajando...

Y te obligó a abrirlo. Recorrió los papeles como si fuera a barajarlos y luego volvió a cerrar el portafolios. No movías un músculo del rostro, con una expresión congelada y las manos anudadas a la espalda. Los labios de él se curvaron apenas en un mohín conciliatorio.

—Está bien...

Tomaste el portafolios y le diste la espalda, con una actitud que, lo sabías, acendrabas su odio y hacía caer su mirada como un gran peso sobre ti.

—Usted no va, general —le dijo a Ángeles en la puerta.

Ángeles te miró desconcertado. ¿Hubiera preferido ir? Por su expresión, podrías haberlo asegurado. Tantas cosas los unían ya para ese momento. ¿Recordaste aquella última plática en que lo confirmaste: con Ángeles había una extraña afinidad? No era espiritista, tenía una formación muy diferente a la tuya, académica y militar, y sin embargo quizá se te parecía más que ninguno de los que te rodeaban. ¿Qué veían que los unía así? Mejor dicho, ¿qué entreveían? Porque ni siquiera lo habían hablado abiertamente y sólo en aquella ocasión, en uno de los balcones de tu despacho de Palacio, tocaron el tema en forma tangencial. Era un mediodía y mucha gente circulaba por la calle de Cadena: desde el anónimo transeúnte gris, burocrático, cabizbajo, con los ojos clavados en las puntas polvosas de sus zapatos, perdido en la multitud como en el colmo de la soledad, hasta las parejas de atildados petimetres, lechuguinos, con facha de ser (o de querer ser) socios del Jockey Club, pasando por un tlachiquero, encorvado bajo el peso de la hinchada odre, hasta distinguidas mujeres con sombrillas junto a otras con enaguas de vivos colores y huaraches. Circulaban sosegadamente, como siempre los mismos, como en un carrusel, entre los gritos de indios vendedores de pájaros o chichicuילות, bocinazos plañideros de autos y el chirriar del tranvía, con su trole chispeante, que giraba en la esquina de Letrán. El sol caía a plomo, inexorable, fijando la escena en una eternidad luminosa, fulgurante.

—No tiene remedio, general —le dijiste a Ángeles—. Pienso que la democracia es el compromiso con todos, pero a la vez con cada uno. Usted sabe, es un problema hasta de tono. Uno de los espejismos más graves en la política es la multitud.

—Individuos, pues —dijo Ángeles, como rematando tu propia frase.

—Sí, individuos, general, que significa indivisibles.

Lo miraste de reojo. Tenía una mirada triste, muy dulce, perdida en la barahúnda de abajo. Qué extraña impresión de dureza y suavidad a la vez te producía la personalidad de Ángeles. Aunque concluiste que la primera era sólo aparente, supeditada a los flujos y reflujos de una ternura, de una vulnerabilidad que se manifestaba descarnada, dolorosa, a quienes lograban franquear los sólidos resguardos de su carácter.

—Únicos e irrepetibles, ¿no cree usted? —agregaste.

—Así es, señor presidente. Ése parece ser el problema.

Con grandes esfuerzos —y como consecuencia de las continuas frustraciones — mantenías una absoluta discreción respecto a *lo otro*, que era, por cierto, lo que tenías siempre en mente y de lo que más te hubiera gustado hablar con tus colaboradores más cercanos. Pero era imposible. El menor de

los riesgos era perder autoridad. El mayor, que corroboraran lo que ya dejaban traslucir, aunque aún en tono de broma, ciertos artículos y caricaturas de la prensa: el señor presidente de la república está loco.

Por eso, por ejemplo, nunca habías hablado de eso *otro* con Vasconcelos quien, a pesar de su cultura y de su sensibilidad, no te hubiera entendido, no hubiera podido entenderte. Y en una ocasión, hacía varios años, Juan Sánchez Azcona se refirió en forma impersonal, a la «chifladura» del espiritismo, y resultó dato suficiente para que no volvieras a tocar el tema con él. Así era mejor, y quienes te rodeaban parecían comprenderlo.

Pero aquel mediodía, en el balcón de tu despacho de Palacio, te atreviste a hacer un comentario a Ángeles que era, por el tono y el contexto de la plática, una revelación abierta de tu secreto.

—Únicos e irrepetibles... por toda la eternidad.

La expresión de Ángeles no cambió. Si acaso, el gesto de pasar la mano por la barbilla lampiña manifestaba un cierto cuestionamiento.

—Siempre y cuando, claro, uno crea en dios —dijo Ángeles, como dejando una interrogación viva, flotante.

—¿Usted cree, general?

Sus ojos, perdidos en el bullicio hipnotizante de la calle, se entristecieron más.

—Supongo que sí.

Era suficiente. Habías pasado el resguardo. ¿Por qué? ¿Con una respuesta tan escueta? ¿O era algo que adivinaste desde mucho antes y de ahí el siguiente comentario?

—Esa creencia, me parece, determina nuestra actitud ante el mundo. Sea en el terreno que sea.

—¿Aunque sea en el terreno de batalla? —preguntó Ángeles, con la mano de nuevo en la barbilla y el intento de una sonrisa que te decía más que las palabras —: lo sigo, señor presidente, voy con usted, a su lado, continúe, no tema, participamos —no imagina cuánto— de la misma locura.

—Muy especialmente ahí, general.

—Yo pienso, en fin, que es difícil hablar de esto, señor presidente. Pero sí, quizás es en el campo de batalla en donde más he sentido eso que usted... eso que llamamos dios. Y que, cómo decírselo, no tiene remedio: mordí el anzuelo y al intentar huir de él sólo consigo encajármelo más.

—Imáginese, general: huir de él. Como si fuera posible. El pescador sólo espera que se canse usted lo suficiente para dar el tirón a la caña.

Ángeles sonrió abiertamente y le diste una palmada en la espalda, chasqueando la lengua y alejándote del balcón. Pareció sorprenderse y no se movió, sólo te siguió con los ojos.

—Por este camino vamos a llegar a las causas últimas, general, y yo tengo gente esperando afuera.

Y entonces hablaron durante unos cuantos minutos del Colegio Militar, del que Ángeles aún era director.

«La fe volverá transparente tu destino», te dictó José —junto con Raúl, el espíritu más asiduo. Y por eso, porque para ti era transparente tu destino, ¿tratabas de enmascararlo con un optimismo forzado que de pronto, aquella noche del 22 de febrero se quebró como una materia frágil? En la mirada de despedida que le dirigiste a Ángeles, le revelaste a dónde ibas (allá y aquí) y, quizá, también le dijiste que finalmente su destino no sería muy diferente al tuyo cuando, algunos años después, Carranza lo mandara fusilar.

—Adiós, general.

—Adiós, señor presidente.

Se dieron la mano ante las miradas de cuchillo del mayor Cárdenas, quien se mostraba crecientemente nervioso: te tomó del brazo con una fuerza innecesaria y te pasó una mano frente a la cara, como apartando una sombra.

—Vamos, vamos, tenemos prisa, señores.

Pino Suárez, que ya estaba en la puerta, hizo una seña de despedida.

—General, hasta luego.

—Hasta luego, licenciado —respondió Ángeles, encongiéndose bajo el chorro de luz del foco pelón, dentro de su capote militar, pesándole ya la soledad.

Y por eso, porque también Ángeles lo supo todo desde ese momento y le dejaste un como contagio de tus visiones, perdió el rumbo y se dedicó a vagar alrededor de un mismo punto obsesivo, a buscar pretextos para alcanzarte, para regresar a la mirada de la despedida. Fíjate, en una carta a Maytorena desde su exilio en Nueva York —en donde vivirá en sitios paupérrimos y realizará los trabajos más infames—, confesará: «No sé por qué me ha nacido esta tristeza que me hace hasta llorar yo solo», aunque «hay que filosofar para que se resbalen las penas». Y en su diario anotará: «Recordé, muy vivos, los ojos luminosos del presidente Madero». En un artículo que publicará en Tucson, Arizona, profetizará: «Y entonces, al final, entre las siluetas duras de los gloriosos soldados de nuestra segunda independencia y del antimaderista Carranza, surgirá, risueña y luminosa, la figura del humilde y bueno de Madero». Porque «la muerte de Madero hizo más bien al país que todas las gestiones que hizo en su vida». Se unirá a Villa para pelear contra Carranza,

pero —a pesar de su valiosa contribución como estratega en varias batallas— para entonces la marca que le endilgaste lo habrá vuelto demasiado parecido a ti, y Villa se quejará de que no quiera matar a nadie, ni siquiera a los traidores. «Ya ve mi general, usted por no querer fusilar nos crea más problemas». ¿No es el mismo reclamo que tantos te lanzaron? Y es que para Ángeles: «No hay que hacer uso de las armas para liberar a un pueblo, hay que hacer uso de la pasión contraria, el amor». Y perseguirá el mismo afán tuyo del perdón: «En Monterrey, cuando entraron los constitucionalistas, el pueblo me hizo hablar y refiriéndome a los enemigos decía yo que eran nuestros hermanos equivocados y había que amarlos siempre como a hermanos». Los sentimientos de piedad de Ángeles lo harán adelantarse a las tropas para prevenir a la gente de las rancherías: «Ya vienen los villistas; escondan su maicito para que no se los quiten y luego les falte qué comer». Andará tras de tus huellas hasta casi contagiarse de tu vegetarianismo: «Ése ha sido mi defecto: amar a todos, incluso a los animales, porque a veces somos peores que ellos. He llegado a creer que es salvaje matarlos para alimentarnos con ellos». En varios ataques, salvará a cientos de prisioneros. Pero será por demás, porque a Villa no logrará redimirlo y, con el pretexto de llevar su prédica a otros caudillos rebeldes, se separará de él y se internará en la sierra agreste. Durante meses andará de un lugar a otro, sin asidero, y terminará refugiándose en una cueva inhóspita, fracasado y enfermo de una úlcera duodenal. Apenas si comerá ahí y se pasará las horas leyendo —míralo — la *Vida de Jesús*, de Renan. Estará muy cansado y se sentirá viejo —tendrá apenas 50 años— y es como si a sus aprehensores los hubiera llamado él mismo. Y durante el juicio sólo tendrá palabras de amor y de perdón para sus verdugos, de esperanza para el futuro del país y, al final, repetirá casi las mismas palabras que te había dedicado en el artículo publicado en Tucson dos años antes: «Sé que me van a matar, pero también que mi muerte hará más por la causa democrática que todas las gestiones de mi vida, porque la sangre de los mártires fecundiza las grandes causas», como dándote de nuevo la mano para ayudarte a justificar tu muerte, su muerte, la de todos nosotros. E irá al paredón con una tranquilidad que a todos asombrará, seguro de que al cerrar los ojos no hará sino reencontrar los tuyos aquí, hermano.

En junio de 1908, el espíritu de José te prescribía: «Haz tus oraciones, tus emanaciones, tus inspiraciones y luego, bajo la influencia de las emanaciones, concentra la vista en la bola de cristal por espacio de 15 minutos, proponiéndote automagnetizarte y entrar en sueño lúcido durante 20 minutos». Dime, aquella experiencia, ¿era una premonición de ésta de ahora, ante el espejo? ¿Se te confunden por momentos? ¿Cuánto de lo que veías allá se repite aquí? ¿Supiste desde entonces que la muerte no sería sino la prolongación de ese sueño lúcido?

En el portafolios que con tanto celo retuviste hasta el final, y que no soltaste ni siquiera cuando el mayor Cárdenas te obligó a bajar del auto, llevabas tus *Comentarios al Bhagavad Gita*, que iniciaste durante tu estancia en Texas, en febrero de 1911, y continuaste aún en tu prisión de la intendencia de Palacio. Revísalos: al inicio del *Bhagavad Gita*, Arjuna, incitado por el Señor, ha de pelear contra Dhristarashtra, rey de los Kurús, y su congoja es mayúscula al reconocer en sus huestes a amigos y familiares más cercanos. Clama Arjuna:

«Oh Señor, al ver a mis amigos y familiares presentes ante mí con tantos ánimos de pelear, la razón se me ofusca y la mente me da vueltas. Sólo descubro infortunio... ¿De qué sirve un reino, la felicidad, o incluso la propia vida, cuando todos aquellos a quienes amo se encuentran alineados contra mí en este campo?». Interpretaste el pasaje como un símbolo de la batalla que debemos emprender contra nosotros mismos, contra nuestras pasiones más bajas: «El desaliento que se apodera de Arjuna, el intenso pesar que agobia al desdichado príncipe cuando comprende que debe trabar encarnizado combate con amigos y parientes, es el profundo desconsuelo que embarga al hombre en el momento de empezar a luchar con su naturaleza inferior».

¿Cómo pudiste engañarte así, hermano? Cuánto dolor te hubieras ahorrado, les hubieras ahorrado a todos, si interpretas el pasaje, no como un símbolo, sino como una realidad: en el camino de la liberación, nuestra primera batalla ha de ser, sin remedio, contra familiares y amigos. ¿No lo dice también el Nuevo Testamento, otro de los libros que tanto releías: «Si alguno viene a mí y no aborrece a su propio padre, a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, incluso a su propia vida, no podrá ser mi discípulo»? Raúl te lo dictó: «Has franqueado para siempre el umbral de la vida espiritual y te van a desconocer hasta los de tu casa». Porque, acéptalo, nada ni nadie te hizo tanto daño, ni le hizo tanto daño a la revolución, como tu propia familia. Desde el principio, ¿no se refería tu abuelo Evaristo a ti como a un microbio, un microbio que intentaba pelear contra un elefante (don Porfirio)? ¿No te consideraba incapaz de escribir un libro y por eso dudaba de que fueras el autor de *La sucesión presidencial*? «Te diré la verdad: no te considero capaz de escribir tal libro y deseo saber quién te ayudó». Y cuando

por fin reconoció que eras el autor, te envió una carta que culminaba así: «El resultado de todo esto es que, después de ponerte en ridículo, expones el bienestar de tu padre». Al saber que habías sido electo candidato a la presidencia y que habías aceptado, te dice: «Eres un atrevido e inconsciente». Porque, lo sabías, fueron ellos quienes empezaron a tildarte de loco. Así te lo escribió don Evaristo: «Cada vez que reflexiono sobre tu conducta, temo que has perdido la razón, ya que no consultas a personas sensatas». Y así se lo dijo tu padre a Federico Gamboa en el restaurante La Maison Dorée ante Carlos Sánchez Navarro: «Mi hijo Panchito está loco», cuando tú estabas preso en San Luis Potosí. ¿Por qué? ¿Y por qué a ese padre que en tan poca estima te tenía encomendaste después decisiones trascendentales para tu futuro y el del país? ¿Por lo mismo que a tu tío Ernesto lo nombraste ministro de Hacienda en tu gobierno después de que en febrero de 1910 firmó un desplegado de prensa en contra tuya al ver afectados sus intereses económicos (era fabricante de licores), declarándose partidario del general Díaz? Y al tomar posesión de su cargo dijo que el ministerio de Hacienda sólo requería que se «le diera cuerda», pues el señor Limantour, su antecesor, lo había dejado «como la máquina de un exacto reloj». Incluso Luis Cabrera denunció en un artículo periodístico que tu tío «coadyuvó a tapar todos los sucios manejos de los científicos, comandados por Limantour». ¿Y por eso permitiste que a Gustavo le pagara, de un fondo de emergencia, 319 mil dólares por gastos durante el movimiento armado? Aun cuando el gasto, según su declaración, era legítimo, el hecho de que tu tío Ernesto lo pagara antes que ningún otro, aunado a que el público en general ignorara que había orden de arresto contra Gustavo por desfalco, provocó que fueras blanco fácil de acusaciones de corrupción e interés personal. Era la primera vez, parecía, que un movimiento armado se convertía en una inversión fecunda, y sólo tenía el antecedente de Iturbide, que se hizo pagar retroactivamente un sueldo de 120 mil pesos a partir de la fecha del Plan de Iguala. ¿Cómo podías hacer una revolución —interior y exterior— en esas condiciones? Mejor dicho, cómo podías culminarla: porque la empezaste solo, y la continuaste solo a pesar de burlas y regaños. Como escribirá José R. del Castillo: «En el primer periodo de la vida política de don Francisco I. Madero, ninguno, absolutamente ninguno de los numerosos miembros de su familia lo acompañaron. Los que años después deberían rodearlo, hasta maniatar su voluntad y desprestigiarlo, por entonces se apartaban de él y lo miraban como a un apestado, apresurándose a condenar su obra, a censurarla públicamente, a calificarla como un desatino y a estrechar más y más sus relaciones de

amistad con Limantour, con quien tenían ligas desde hacía bastantes años. Parece que el único que estaba a su lado y aplaudía sus entusiasmos era Gustavo Madero, que tanto había de significarse al triunfo de la revolución. Pero don Ernesto, don Alfonso, el mismo don Francisco Madero padre y sus parientes don Antonio Hernández, que era senador, y el licenciado Rafael Hernández, que era diputado, maldecían y execraban los entusiasmos democráticos y los anhelos antirreeleccionistas de don Francisco I. Madero, a quien consideraban y calificaban de loco». Y aún les advertiste el desenlace fatal al que te arriesgabas, como en una carta a tu padre, en la que invocaste fuerzas celestiales para pedirle permiso: «Papacito, hazme el favor de dirigirte con todo fervor a dios a fin de que seas iluminado, a fin de que comprendas el mal tan grande que harías al entorpecer mis acciones, al desviarme del recto camino que llevo en el cumplimiento de mi deber. No permitas que fracase en mi empresa, pues si emprendo la lucha debilitado por ti, pagaré hasta con mi vida mi fracaso: a los que trabajamos en estas luchas por la libertad nos espera inevitablemente una corona, pero el éxito hará que sea de laurel; la derrota, que sea de espinas». ¿E intuiste que el fracaso a que te obligaba la relación tan dependiente con tu padre colocaba sobre tus sienes, ya desde entonces, una corona de espinas? ¿Y por qué entonces permitiste que él, durante los tratados de Ciudad Juárez, y en combinación con Limantour — máximo representante del porfirismo—, eligiera a De la Barra como presidente interino, asestándole el primer golpe de muerte a tu incipiente revolución? ¿Lo recuerdas?

Antes de comprobar que el ejército federal estaba tan viejo y lento como don Porfirio (de 30 mil hombres que lo componían, fue incapaz de movilizar a más de 14 mil); antes de confirmar que el régimen «se desmoronaba por sí solo», al fallarle a don Porfirio su última artimaña de arrebatarle las banderas de la no reelección (él, que iba en la octava), y del reparto agrario, además de remendar su caduco gabinete; antes de que casi todo el país ardiera en llamas revolucionarias (para abril de 1911, la mecha había prendido en 18 estados); antes, en fin, de que aún dudaras en pedir su renuncia a don Porfirio y sugirieras que se hiciera «en tal forma que no se le lastime»; antes de ello, el 14 de marzo, tu padre, Gustavo y Limantour sostuvieron una reunión en el hotel Plaza de Nueva York en la que decidieron, desde entonces, que De la Barra fuera presidente interino al triunfo de la revolución, medida que aun tus incondicionales consideraron funesta.

¿Por qué la celebraron? Porque tu padre insistió en una reunión con Limantour «únicamente los Madero», sin Vázquez Gómez, que asistió a las de los días anteriores y, supuestamente, entorpeció las negociaciones con su postura radical (exigir la renuncia de Díaz, por ejemplo). Vázquez Gómez te previno, además, del carácter «peligrosamente familiar» que dabas a esas reuniones, ya que tu padre ni siquiera era miembro de la Junta Revolucionaria.

Se efectuó en el salón privado del hotel Plaza. En el gran espejo de una de las paredes se refleja aún, mira, cuanto ahí sucedió.

En la corbata de seda de Limantour resaltaba la iridiscente lágrima de una perla y su sonrisa discreta era consustancial a su atuendo y sus ademanes cultivados. Tu padre elogió la elección del lugar y Limantour dijo que estarían mejor en el Café de la Concordia comiendo unas trufas con champaña, pero había que resignarse. Un mesero, como ave negra fugaz, llevó café y brandy y desapareció en un parpadeo. ¿Recordaba Limantour que la última vez que se vieron en México, hacía ya más de un año, fue en casa de Ernesto Madero y al final de la velada, cuando ya sólo quedaban los íntimos, los deleitó con algunas romanzas de Mendelssohn al piano? Comentó que estaba componiendo un poco de música que, dadas sus habilidades, don José, sería

una gran música. Los ojos de Limantour se entornaron, melifluos. Como estaba la situación del país, ¿habría algún afortunado con tiempo y ánimo para componer música? Tu padre dijo, con una sonrisa forzada: por eso estamos aquí, para arreglar la situación del país y que usted pueda continuar componiendo música, don José. Gustavo, impaciente por entrar en materia, tamborileaba sobre la gran mesa de caoba y daba pequeños sorbos de café. Aún se habló de las mutuas familias y de mutuos reconocimientos. Limantour recordó que allá en sus comienzos, cuando él era un pobre abogado postulante, don Evaristo Madero fue su primer cliente importante.

—En un solo negocio me dio a ganar, óiganlo bien, tres mil pesos, pero lo más significativo y digno de recordarse: fortaleció la confianza en mí mismo.

—Los servicios prestados por usted a mi padre deben de haber sido tan admirables como todo lo que realiza, de suerte que somos nosotros, los Madero, quienes debemos sentirnos agradecidos —dijo tu padre.

Un último rayo de sol de la tarde se colaba por un balcón entreabierto, recortándose sobre la espesa alfombra verde y rematando en el alto respaldo de una silla. En los prismas de la araña giraba, como en un caleidoscopio, un arcoiris.

Comentaron las posibles intenciones del presidente Taft al movilizar a más de 20 mil hombres a lo largo del río Bravo, sin aviso previo ni al gobierno mexicano ni a la prensa. El fantasma de un conflicto con los Estados Unidos renacía y Limantour dijo: es la mayor preocupación del general Díaz. Ahora, en confianza, podía confesar que el general Díaz debió prever la bola de nieve que le caía encima: empezó despreciándola, luego creyó acabar con ella con una orden perentoria, pero comprendió que debía luchar para derrotarla y transformó su casa en cuartel de su Estado Mayor, pasándose los días sobre los mapas, planeando acciones y estrategias, para finalmente concluir que pagaría cualquier precio antes de permitir una intervención norteamericana.

—¿Una intervención norteamericana?

Limantour mostró las manos abiertas.

—¿Podemos calcular cuál será la reacción de los Estados Unidos ante un conflicto como el que vive nuestro país? Mire usted las respuestas que di por escrito a un grupo de corresponsales extranjeros aquí en Nueva York.

«Aparentemente, al aliarse los norteamericanos directa o indirectamente con el movimiento revolucionario, lo han hecho por vengar algún resentimiento antiguo con el actual gobierno, pero sin darse cuenta de que el daño que causan se les revierte. En los dos estados a que se ha circunscrito la

revuelta —Chihuahua y Sonora— habitan miles de norteamericanos y hay millones de dólares invertidos. La industria minera, por ejemplo, es en su mayoría norteamericana. Hoy esa industria está paralizada, al igual que muchas otras. Y esto más a causa de los norteamericanos que ayudan a los revoltosos, que de los mexicanos mismos. ¿Cuándo terminará la revolución? Quién sabe. Pero estoy seguro de que esto depende tanto de la actitud de los norteamericanos como de los mexicanos.»

En el entrecejo de tu padre nació una arruguita al concluir la lectura. Iba a decir algo, pero Limantour se le adelantó:

—Tome en cuenta que es una respuesta a corresponsales extranjeros. Lo que puedo asegurarles es que los mexicanos estamos jugando con fuego al matarnos entre nosotros ante esa línea de 20 mil soldados yanquis en la franja fronteriza.

Tu padre insistió entonces en el argumento que le había permitido, por medio de un tortuoso autoengaño, unirse a tus ideales, creer en ellos aparentemente y hasta aparecer como tu vocero. Antes te lo había manifestado en carta:

—Sigo creyendo, don José, que en el fondo de esta revuelta, como usted la llama, está no sólo el apoyo de los norteamericanos, sino de la gente más rica de nuestro país.

—¿Usted de veras lo cree, don Francisco? —preguntó Limantour casi con ironía.

—Estoy absolutamente seguro. Por una parte, el gobierno ha comprendido que el pueblo ya no lo apoya: ¿cuál fue el resultado de la convocatoria para formar batallones de voluntarios con el atractivo de un salario como nunca se había pagado a los soldados? Un fracaso. Esto lo saben perfectamente los militares de más alta jerarquía y la gente de dinero: sin un programa democrático de regeneración moral y política, habrá aún más graves conflictos que repercutirán en lo económico.

—Perdóneme, don Francisco, pero yo creo que la gente de dinero no se hace esas reflexiones ni se preocupa por una regeneración moral y política; lo único que quiere es que las cosas sigan como están para que su dinero permanezca seguro. Pero sus palabras me perturban, no por lo que significan, sino porque surgen de los labios de uno de los hombres más ricos y prósperos de México. ¿Francisco Madero apoyando planes demagógicos que implican la desintegración de las grandes propiedades?

La pregunta encendió una flama en el ojo vivo de Gustavo y, después de secundar el argumento de tu padre, cuestionó con acritud la postura del

gobierno ante familias que, como la de ustedes, habían sido sus mejores aliados. ¿No intervinieron la Compañía Guayulera que representaba a tu padre, sólo a tu padre, más de 200 mil pesos mensuales? Esto a pesar de que Limantour sabía, tenía que saberlo, que tanto don Evaristo como tu padre y tu tío Ernesto habían declarado públicamente que no apoyaban tu movimiento revolucionario y no le habían aportado un solo centavo, lo cual significaba que habían sido duramente castigados a sabiendas de su inocencia.

—Y usted, don Gustavo, ¿cuánto ha aportado al movimiento armado?

El aire de gravedad diluía la suave sonrisa de Limantour y le afilaba las facciones. Tu padre miraba a Gustavo con unos ojos que ordenaban bajar el tono; una de esas miradas que dicen más a un hijo —sea cual sea su edad— que cualquier otro señalamiento directo. Sin embargo, después de un suspiro que dilató las aletas de su nariz, Gustavo contestó aún con mayor vehemencia.

—Mi caso es muy diferente, don José. He participado de los ideales de mi hermano Francisco desde que éramos niños. Daría la vida por esos ideales. ¿Cómo entonces no iba a vender la pobre imprenta que poseía en Monterrey para ayudarlo? Y si quiere saber cuánto me queda le puedo decir que mil 500 dólares depositados aquí en Nueva York. Pero le repito que de esto no tienen ninguna culpa ni mi abuelo, ni mi tío y mucho menos mi padre.

Limantour parecía ligeramente más pálido, pero ni la voz ni sus movimientos sosegados reflejaban alguna alteración en sus emociones.

—Permítame decirle, don Gustavo, que me apena la situación de su familia — la suya, finalmente, es por su gusto—, pero en este momento el gobierno está gastando cerca de 175 mil pesos diarios —fíjese usted bien: diarios— para contener lo que usted llama los ideales de su hermano Francisco y que en otra ocasión calificué como el fácil alboroto del México cafre. El sabotaje de las líneas telegráficas y férreas ha afectado seriamente una comunicación interna que nos llevó años construir. Pronto le sucederá lo mismo al país entero y los muertos se contarán por cientos de miles. Esto es lo que quiere evitar don Porfirio y por eso estoy aquí. Si en esta situación el gobierno ha recurrido a alguna forma de presión —lo que no me consta, pero vamos a suponer que así sea— para contener los efervescentes ideales de su hermano, me parece de lo más comprensible.

En tono menos brusco —algo había logrado ya la mirada severa de tu padre —, Gustavo dijo que nada de eso sucedería y quizás el país estaría en paz si el propio Limantour no hubiera propuesto y apoyado a Corral para la vicepresidencia de la república, culpa que Limantour reconoció ante Vázquez

Gómez dos días antes, llevándose las manos a la cabeza y confesando que era un pecado de difícil perdón.

«El partido científico aisló a don Porfirio del pueblo —contaba Vázquez Gómez en una carta de por esos días— y lo engañó por completo. Hoy, en las negociaciones de paz también lo aislará y lo engañará para ver si lo elimina de una buena vez y se quedan los científicos en el poder. Todo esto lo he confirmado en las conferencias de Nueva York, porque allí me confesó Limantour lo que don Porfirio ya me había dicho antes: que él propuso y apoyó a Corral para la vicepresidencia, amenazando al general Díaz con separarse del gabinete si no se le hacía caso.»

Muy poco político resultaba el comentario de Gustavo y como respuesta Limantour hizo renacer su sonrisa alada, dejándola escapar de entre unos labios entreabiertos, y pidió que entraran en materia: estaban ahí para resolver un conflicto, no para acrecentarlo. Le entregaron una primera propuesta de la Junta Revolucionaria, en la que se había eliminado, por insistencia de tu padre, de Gustavo y de ti, la petición de la renuncia del general Díaz. Por eso la primera cláusula señalaba:

Que se proclame la no reelección.

Pero sólo la segunda puntualizaba:

Que renuncie Corral y se efectúe nueva elección de vicepresidente.

Algunas de las restantes eran:

Que se retire a cuatro de los ocho ministros que forman el gabinete de don Porfirio y, en su lugar, se nombren antirreeleccionistas que no fuesen combatientes.

Que se conceda amnistía a los revolucionarios, pero en términos tales que se les vindique de todos los cargos de bandidaje lanzados por la prensa gobiernista.

Que el erario sufrague los gastos de la guerra.

Que se respete la libertad de imprenta.

Que se aproveche parte de las fuerzas revolucionarias para restablecer el orden y se licencie el resto.

¿Era eso una revolución, hermano? Aparte de adoptar el principio — abstracto sin remedio en ese contexto— de la no reelección, con el cual

difícilmente lograbas acallar el clamor popular antiporfirista, dabas por sentado que el sistema de gobierno había de continuar siendo el mismo, aunque algunos nombres cambiasen. ¿Para eso andaban tantos arriesgando y entregando su vida? Limantour terminó de leer el pliego petitorio y enarcó las cejas. Ya antes, el día 12, habían acordado que no se incluyera la petición de la renuncia del general Díaz, pero ahora fue él quien la sacó a colación.

—Anoche pensé largamente en nuestra responsabilidad ante la remota posibilidad de que el general Díaz decidiera renunciar. Y ahora que estamos en confianza quisiera hacerles una pregunta. ¿Han pensado en alguien para presidente provisional en tanto se celebran elecciones?

Fíjate, esa reunión fue el 14 de marzo y don Porfirio renunció el 24 de mayo. ¿Quién te utilizó realmente, hermano? ¿Te lo has preguntado?

Vasconcelos contará después que tu padre «respondió con mucha astucia»:

—No creo que haya uno mejor para tal cargo, cuando la ocasión llegue, que el actual ministro de Hacienda.

Limantour volvió a su aire de gravedad, como a un aura protectora, e hizo un ligero movimiento con la mano en señal de alto:

—De eso ni hablar. Y les ruego que no vuelvan ni siquiera a mencionarlo. ¿Pero qué les parecería, para presidente provisional de México, el actual embajador en Washington?

—¡De la Barra! —exclamó Gustavo ante los ojos muy abiertos de tu padre.

Vasconcelos contará, por extraño que pueda parecer, que tu padre y Gustavo pidieron una disculpa y se pusieron de pie para intercambiar a solas dos palabras, a lo que Limantour accedió con una reverencial inclinación de cabeza. Estuvieron un momento en el balcón, ante el clamor y las luces de la noche que llegaba, y regresaron a sus sillas. Tu padre dijo:

—Si es necesario un presidente provisional, aceptaremos a De la Barra, siempre de acuerdo con algunas condiciones oportunas.

«La entrevista resultó altamente favorable para los intereses de los Madero y de la revolución», comentará Vasconcelos.

Tú, ahora, desde aquí, ¿lo crees, hermano?

¿Pero de dónde nacía esa necesidad oscura de ir contra corriente con tu familia, a pesar de tu aparente sumisión y de tu necesidad de ella? ¿O era precisamente por eso que la necesitabas tanto: para demostrarle que podías mirar —y hasta dónde — por encima de sus pugnas poquiteras y de sus intereses mezquinos? ¿Y cuándo y cómo aprendiste a percibir entre aquellos que te rodeaban la envidia sorda, el odio enmascarado, la lucha cotidiana por el poder? Todos revoloteaban alrededor de la figura lumínica de tu abuelo Evaristo. Y como tú mirabas por encima de todos te limitaste a competir con él. ¿Has percibido el desprecio que escondía tu insistencia servil al pedirle permiso para publicar *La sucesión presidencial*? Le ruegas una y otra vez, te vuelves cada vez más suave conforme él es más tajante y grosero; su crueldad manifiesta nunca encuentra la más leve alteración, coraje o intenciones de impugnarlo. Y es que ante su autoridad implacable, sus vastas propiedades, su dinero, sus influencias políticas, su poder familiar, el tuyo era un poder que sólo requería papel y lápiz, retiros místicos, un cuerpo fluídico que se desprendiera, entrevisiones del más allá.

Tus dueños eran otros. ¿Lo presentía tu abuelo?

¿Qué insulto suyo —que te dijera loco, aunque te dijera loco— podía afectarte si —¿desde cuándo?— sabías que a la larga su nombre sería recordado sólo en referencia al tuyo?

Pero, reconócelo, su apostura te resultó benéfica, fue eje, envión inicial.

Aquellos gritos de «¡Viva don Evaristo Madero!» cuando la celebración en Parras de sus 80 años, ¿no te sonaron a manera de premonición del «¡Viva Francisco Madero!» que pocos años más tarde habría de acompañarte, como un soplo alentador, por todo el país? ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas los ojos húmedos, emocionados, infantiles de tu abuelo ante la multitud agradecida?

Participaste muy activamente en la organización del festejo. Una semana antes se inició el decorado de casas, de postes del alumbrado público, de plazas y de jardines. Los numerosos trabajadores de las haciendas de los Madero construyeron arcos con guirnaldas, enjalbegaron y decoraron las fachadas de las casas y cubrieron los muros desnudos del templo de San Lorenzo con figuras religiosas realzadas con flores. El pequeño hotel local fue

comprometido de antemano, como reserva de invitaciones y servicio de alimentos. Los músicos del lugar no bastaban y se contrató una orquesta de Monterrey para el baile en el casino y un par de bandas de Durango para las fiestas y reuniones al aire libre. Y, fíjate, quizá más te impresionó el *te deum* y la misa solemne que el homenaje público. Muy especialmente cuando el sacerdote, ahí, en el púlpito, a un lado de la Virgen de los Misioneros a la que le rezabas de niño, elevó un agradecimiento al altísimo por la larga vida otorgada a su hijo Evaristo, caballero de la fe católica —así lo llamó, ¿lo recuerdas?, caballero de la fe católica—, plena y sin mácula, dedicada al bien de su comunidad, de su familia y de su Iglesia.

Luego, en el estrado improvisado afuera del Palacio de Gobierno para el homenaje, y después de los discursos de rigor —hasta la directora del hospicio habló— y del pergamino de agradecimiento, tu abuelo, con los ojos enrojecidos y la voz sincopada, dijo que ninguna emoción anterior podía compararse con la que lo embargaba en esos momentos. E insistió, fíjate, en las palabras del sacerdote: pedía al cielo más y más vida para entregarla a sus tres amores: su familia, su pueblo y su Iglesia. ¿Qué podía pensar un caballero de la fe católica de tus prácticas espíritas? ¿Y por eso tu familia esconderá tus libretas con los comunicados de los espíritus como un testimonio vergonzante de tu historia, de la historia de tu país? ¿Y por eso una de las críticas más acerbadas que hacías a la Iglesia católica —su hipocresía, su interés desmedido por lo terrenal, su mezquindad en la entrega a *lo otro*— era la misma que podías haber dirigido — ¿pero cómo, cuándo?— a tu familia?

Esclarece, hermano, el sentimiento que produjo en ti el instante en que empezaron a sonar las campanas de la iglesia de San Lorenzo, en que se encendieron los foquitos de colores y se lanzaron los fuegos artificiales, mientras la multitud congregada en el zocalito de Parras entonaba a coro el primer canto de alabanza a un Madero.

Pero regresa, vuelve a regresar una y otra vez a tu *otra* realidad: el .38 Smith & Wesson que recién disparó sobre ti. Casi podrías revivir la sensación —y con la sensación revivir tú mismo— del frío metal del cañón al apoyarse en tu cuello, del ligero rasguño que provocó la mirilla. El sombrero de hongo recién ha rodado —ridículo— hasta cerca de una de las llantas del Protos. Por eso no pierdas de vista que tu recuento debe encontrar un punto de referencia que te ayude a ir y venir. Mira, apenas has avanzado —hacia atrás— hasta el momento en que te despediste de Felipe Ángeles con la convicción —como un lampo que, de nuevo, todo lo iluminó— de que no tardarían en volver a verse en otro sitio, en alguna estrella lejana como las que, con tanto detalle, te describía el espíritu de Raúl.

El último día en que ejerciste el poder, por ejemplo. Eso, qué mejor punto de referencia que el día en que tuviste ya claro cuanto iba a suceder al final. El 18 de febrero de 1913. ¿Fue de repente que la premonición logró filtrarse dentro del duro bloque de tu optimismo? Porque por la mañana, con Gustavo en la terraza del Castillo, aún insistías: sin duda, por la tarde todo habría terminado y Huerta cumpliría su palabra. ¿Reconociste por fin que esa palabra implicaba acatar el papel que tenía designado y llevar a su desenlace inevitable la representación?

Aún buscaste una salida. Después de acordar con Pino Suárez, entró en tu despacho Juan Sánchez Azcona, tu secretario particular, y le dijiste:

—Ya te saliste con la tuya, Juan. Hoy mismo vamos a hacer algunos cambios en el gabinete. Vamos a quitar a los medias tintas y vamos a poner en su lugar a hombres más identificados con la revolución. El problema es que el propio Pino Suárez insiste en renunciar y vamos a perder a uno de nuestros amigos más valiosos.

Días antes le habías hecho un comentario por el mismo rumbo a Vasconcelos:

—Luego que esto pase cambiaré el gabinete. Sobre ustedes, los jóvenes, recaerá la responsabilidad. Verá usted, esto se resolverá en unos días, y enseguida reharemos el gobierno. Tenemos que triunfar porque representamos el bien.

Te rebelabas, más que contra cualquier tiranía exterior, contra tu propio destino. Porque, además, pocos se enteraron de que aquella mañana cavilaste la posibilidad de buscar refugio con Zapata. ¿Qué faltó para convertirlo en un incondicional, como hiciste con Villa y con Ángeles? Porque casi lo fue, y seguramente lo hubiera sido si de veras alcanzas a refugiarte a su lado. Los habían separado tus dudas, tus intentos frustrados de conciliar intereses opuestos —y que, incomprensiblemente, hay que decirlo tal cual, te llevaron a traicionarlo —, las intrigas de De la Barra y de Huerta, los malos entendidos. Pero finalmente coincidían en la misma búsqueda más allá de las circunstancias y en la misma integridad personal.

Estabas con Manuel Bonilla, ministro de Fomento, cuando llegó Federico González Garza, gobernador del distrito, a anunciarte que en el salón contiguo, el llamado salón verde, se encontraba Timoteo Andrade, agente de Zapata.

—El general Zapata me mandó a verlo, señor presidente, en respuesta al mensaje que usted le envió —explicó mientras daba vuelta a su sombrero; llevaba un traje excesivamente ajustado, lustroso, y unos zapatos anchos y toscos, recién boleados—. Dice que está de acuerdo en su petición, que para como están las cosas en el país usted va a necesitar un refugio en algún lado y gente leal: él ofrece que el refugio sea por sus rumbos, al lado de él, de mi general, y pone en este mismo momento, a su disposición, un ejército de mil hombres. También me dijo que le dijera: lo pasado, pasado está.

Como te sucedía con tanta frecuencia cuando los nervios te traicionaban, agitaste inútilmente las manos en alto y la voz se te adelgazó aún más.

—Dígale que también para mí lo pasado, pasado está y que hoy más que nunca la patria requiere de sus servicios.

—Mi general Zapata dijo que si el señor presidente lo desea, a la brevedad pueden planear una cita para verse en algún lugar a propósito. Y mi general pone, como única condición, él elegir el tal lugar.

Además, Andrade solicitó una nota tuya para mostrarla a Zapata y que éste confirmara que, en efecto, había hablado contigo y llegado a un acuerdo. Tu ministro de Fomento, que presencié la escena, contará que escribiste la nota en papel membretado con gran celeridad, tachando y rectificando algunos párrafos. Se convino en que irías a la entrevista, dondequiera que fuese, enteramente solo, es decir, sin escolta militar y acompañado tan sólo de dos o tres personas de tu entera confianza. Andrade aún añadió:

—Estoy seguro, señor presidente, que mi general Zapata tendrá una gran satisfacción al saber de este acuerdo.

Entregabas la nota cuando entró el general García Peña, ministro de Guerra, a anunciarte que en la comandancia militar se encontraba un grupo de senadores que esperaba ser recibido (y que iba a informarte, por cierto, que la mayoría del Senado seguía pronunciándose por tu renuncia). Para cuando recibiera Zapata tu nota, ya estarías preso en la intendencia de Palacio.

Ahí, al cruzar el pueblito de Ozumba, rumbo a Cuautla, el 18 de agosto de 1911, escuchaste por primera vez el grito: ¡Muera Madero!, que, dijiste, te caló aún más que el otro, el de ¡Viva Madero! ¿Pero no toda idolatría es ambivalente y ya, desde su formulación, uno llevaba implícito al otro?

¿Y qué había sucedido para que la idolatría mostrara abiertamente su otro rostro, su sombra?

¿O será ésta tu mayor culpa? Porque a ti te traicionó tu familia, te traicionaron los hermanos Vázquez Gómez, te traicionó Orozco, te traicionó De la Barra, te traicionó Bernardo Reyes, te traicionó Lascuráin, te traicionaron Huerta y Blanquet y te traicionaron tantos otros. Pero tú traicionaste a Zapata. Aunque lo reconocieras como «mi mayor error», según le confesaste a Ángeles en la prisión de la intendencia, ¿por qué no nombrarlo con la palabra adecuada? Traición: delito que se comete al quebrantar la fidelidad que se debe a otro. Y aún más cuando tú eras un hombre de fe, y sabías que Zapata también lo era.

A mediados de agosto de 1911 le escribías:

Para lograr mis vehementes deseos de arreglar esto, la condición esencial es que ustedes sigan teniendo fe en mí, como yo la tengo en ustedes. En prueba de lo cual voy a Cuautla a pesar de que han corrido noticias de que mi vida peligra con tal viaje.

Y sin embargo, unos días antes apoyaste el nombramiento que hicieron De la Barra y García Granados del general Ambrosio Figueroa como gobernador y comandante militar del estado de Morelos, y con quien Zapata tenía viejas y enconadas diferencias. (Al tomar posesión de su cargo, Figueroa diría: «No se pida la resolución del difícil problema agrario, porque ni mi competencia ni el tiempo de que dispongo me bastarían para resolverlo. Cuando yo me levante en armas sólo ofrecí libertades: éstas están conquistadas y por ellas velaré sin descanso. La propiedad, lo mismo la pequeña que la grande, serán garantizadas».)

Y mientras a Zapata le pides que tenga fe en ti, el 9 de agosto le escribes a Figueroa:

Espero que su patriotismo acepte esta invitación y nos ponga en su lugar a Zapata, que ya no lo aguantamos.

¿No es clara y llana traición, hermano?

¿Y no te resuenan aún más trágicas y dolorosas ahora, aquí, las palabras que confesaste a Federico González Garza, también en tu prisión en la

intendencia, dos días antes de ser asesinado?

—Como político he cometido dos graves errores que han causado mi caída: haber querido contentar a todos y no haber sabido confiar en mis verdaderos amigos. ¡Ah!, si yo hubiera escuchado a mis verdaderos amigos, nuestro destino hubiera sido otro muy distinto; pero atendí más a quienes no tenían simpatía alguna por la revolución y hoy estamos palpando el resultado.

Comentario parecido a los que, por esos días, hiciste a Ángeles, a Márquez Sterling, a Vasconcelos, a Sánchez Azcona, a Pino Suárez... ¿Y no será que al confiar en quienes «no tenían simpatía alguna por la revolución», te referías no sólo a familiares y amigos, sino también a las otras voces, a las voces que te llegaban de otra parte y que también se equivocaron en el rumbo de tu revolución, a pesar de sus premoniciones sobre tu muerte y sus incitaciones sobre el bien y la justicia? ¿No hay un reniego implícito de ellas en tu reconocimiento final del «error» que cometiste con Zapata? Ah, hermano, como tú mismo clamabas, si no sólo hubieras escuchado las voces que llegaban del más allá sino también al «sabio silencio», según lo llamaste: «Para los grandes místicos, dios parece manifestarse sobre todo en el sabio silencio». Si regresara el tiempo, ¿no preferirías —ahí, en tu desolado desierto de largas sombras— escuchar el consejo de ese silencio, de ese vacío luminoso, más que el de todas las otras voces que te habitaron?

¿Qué te dijeron los espíritus sobre Zapata, hermano? Porque aunque de veras, como escribió Molina Enríquez —que sabía de eso—: «Si Madero hubiera cumplido su cuatrienio, la cuestión agraria probablemente hubiera sido resuelta en definitiva», el problema era y seguirá siendo tu relación personal con Zapata y con cuanto simbolizaba. Eso, a lo que el propio Zapata se refería al llamarte «el hombre más veleidoso que he conocido», y «más preocupado por conciliar los intereses de la gente de su clase que por mirar las verdaderas necesidades de la gente del pueblo», y que culminó en la acusación que aún te pesa: «Yo perdono al que mata o roba porque quizá lo hace por necesidad. Pero al traidor no lo perdono». Sólo así podía interpretar Zapata tu reticencia a repartir la tierra y tu debilidad ante De la Barra, pero sobre todo tu cambio de actitud, después de tantas promesas, a partir de que tomaste el poder. ¿Por qué? ¿Pero cómo entenderlo sin revivir el inicio de tu relación con él, sin avivar las escenas: altas lenguas de fuego, con el espejo que tienes enfrente?

Zapata estuvo el 7 de junio de 1911 en la estación Colonia, día en que entraste a la capital como jefe máximo de la revolución triunfante, después de un fuerte temblor de tierra y dentro de un recibimiento multitudinario, sólo comparable al que se le hizo al ejército insurgente 90 años antes. O, más aún, como dijo Bulnes: «Hoy la popularidad de Madero sólo la alcanza la Virgen de Guadalupe». El tañido de las campanas de Catedral y de otras iglesias te acompañó en tu recorrido por el Paseo de la Reforma, en un carruaje con cuatro alazanes montados por palafreneros y guiados por caballerizos que vestían casacas rojas, entre aplausos, lluvia de flores, sonar de cuernos y gritos de: ¡Viva Madero!, y ¡Viva la democracia! (por cierto, cuentan que un campesino preguntó a otro el significado de la democracia y le respondieron: tal vez sea la señora que acompaña al señor Madero, escena que parece un símbolo del problema al que te ibas a enfrentar con tu pueblo). Zapata fue de los primeros que saludaste en la estación, al bajar del tren. Antes de subir al carruaje lo invitaste a comer al día siguiente a tu casa en la calle de Berlín y apretaste «con calor» una de sus manos entre las tuyas.

Asistieron a la cita, además de Zapata, Venustiano Carranza, Benito Juárez Maza y Emilio Vázquez Gómez. Después de la comida, en la que se habló en términos generales de la situación del país, y durante la cual Zapata se mostró parco en sus respuestas y ensimismado, pasaron todos a la sala a conversar. Pidieron café y té. Zapata miraba con ojos inquisitivos los muebles de madera pulida, los altos sillones de brocado, la consola con un reloj de porcelana de Sajonia, sin soltar su carabina, como si fuera su único punto de apoyo, de la que no se separó ni durante la comida.

Empezaste por proponer que se hablara con entera confianza y sinceridad y enseguida felicitaste a Zapata por su actuación sobresaliente en el movimiento armado, conminándolo, sin embargo, a dirimir sus diferencias con el general Ambrosio Figueroa, otro «patriótico revolucionario». Una flama se encendió en la mirada de Zapata al escuchar el comentario.

—No, señor —replicó con una voz tan encendida como su mirada—. Figueroa no es un revolucionario leal. A principios de mayo mandó a su hermano Francisco a entrar en componendas con el gobierno porfirista y

luego los dos, él y su hermano, declararon públicamente que la paz en el sur era un hecho porque estaban de acuerdo con lo que había ofrecido el dictador. Si no dieron término a sus arreglos, fue porque el triunfo de la revolución se les adelantó. Pero si cree que el general Figueroa es hombre de fiar, allá usted; nomás que no lo mezcle en los asuntos de Morelos. Desconfío de quien entró en convenios sospechosos con los porfiristas y quiso ponerme una trampa cuando acordamos atacar Jojutla. Aquí traigo, por si las quiere ver, las cartas con las proposiciones que me hicieron para defeccionar de la revolución y unirme a la dictadura y que, me aseguraron, son muy parecidas a las que le mandaron a Figueroa. Sólo que mi respuesta fue tomar Cuautla.

Se detuvo un momento y nadie habló. Dentro del silencio zumbante, todos tenían sus ojos en Zapata. Vázquez Gómez y Juárez impregnaban el aire con el aroma de sus cigarros, mientras Carranza permanecía con los brazos cruzados, como de piedra, inescrutable, escondido detrás de unos pequeños lentes oscuros.

—Usted, usted, señor Madero, ¿autorizó al general Figueroa para que mandara a su hermano a celebrar arreglos de paz con la dictadura?

—No, general —respondiste con una sonrisa suave que, sabías, tranquilizaría a Zapata más que tus propias palabras—. De ninguna manera. Pero creo que usted prejuzga a Figueroa porque está mal informado. Yo sabía de esos rumores, pero le puedo asegurar que son falsos. Figueroa es un hombre honesto y le pido que contribuya a acabar con los malos entendidos.

—Como usted lo ordene, señor Madero. Pero el tiempo nos desengañará de quién es el general Figueroa.

—Mire, general, créamelo, lo urgente en estos momentos es crear las condiciones para que renazca la armonía entre los mexicanos, entre todos los mexicanos, y proceder ya al licenciamiento de las fuerzas revolucionarias: el triunfo hace inútil que sigamos sobre las armas.

Zapata movió ligeramente la cabeza a los lados y apretó los labios, que sus gruesos bigotes cubrieron más.

—Me parece una medida de lo más peligrosa.

—Se seleccionarán, entre los elementos revolucionarios de las distintas regiones del país que estén mejor organizados, algunos contingentes para integrar corporaciones irregulares del ejército.

—No me parece suficiente. El ejército federal es nuestro natural enemigo. ¿O cree usted que por el hecho de que el pueblo derrocó al tirano, los militares van a cambiar de forma de pensar? Vea lo que está sucediendo con el gobernador interino de Morelos, el señor Carreón, que está a favor de los

hacendados. Si esto nos pasa ahora que estamos de triunfo y con las armas en la mano, ¿qué será de nosotros desarmados y entregados a ellos, a la buena de dios?

—Sus pensamientos me parecen más peligrosos que la lucha misma, general. No se puede vivir a la defensiva, agazapado, temiendo siempre ser atacado. La época en que necesitábamos las armas ya pasó; ahora la pelea hay que darla en otro terreno. Si el gobernador interino de Morelos no cumple con su deber, será destituido. Pero debemos ser prudentes. La revolución necesita garantizar el orden.

Zapata se puso de pie con un movimiento tan violento que tensó los músculos de los presentes. Sólo tú permaneciste en la misma actitud sosegada, apacible, con las manos abiertas sobre las piernas y una sonrisa que apenas se insinuaba pero enmarcaba tu expresión. Se paró frente a ti, con su carabina en la mano como un bastón, y señaló la cadena de oro que llevabas en el chaleco:

—Mire, señor Madero: si yo, aprovechándome de que estoy armado, le quito su reloj y me lo guardo, y andando el tiempo nos llegamos a encontrar, los dos armados con igual fuerza, ¿tendría derecho a exigirme su devolución?

—Sin duda. Incluso le pediría una indemnización.

—Pues eso es justamente lo que nos ha pasado en el estado de Morelos, en donde unos cuantos hacendados se han apoderado por la fuerza de las tierras. Mis soldados, los campesinos armados y los pueblos todos, me exigen diga a usted, con todo respeto, que desean se proceda a la brevedad a la restitución de sus tierras.

—Todo eso se hará —contestaste, seguro de que la intemperancia de Zapata la contenía la fidelidad que proyectaba tu mirada—, pero a su debido tiempo y dentro de la ley: son asuntos que no pueden resolverse de una plumada y a la ligera porque provocaríamos aún mayor injusticia. Sólo el orden trae justicia. Tendrá que estudiarse cada caso, tramitarse y resolverse por las autoridades del estado.

Únicamente ustedes dos hablaban. Los demás, ¿intuían la trascendencia del diálogo? Zapata regresó a su asiento y el tono de su voz se suavizó. Dijo que estaba bien, se encontraba en la mejor disposición para obedecer tus órdenes y licenciar sus fuerzas. Lo habías conseguido. ¿Con qué extraño poder? De pronto te clavó una mirada que tenía un fulgor como el del acero fundido, y concluyó:

—Yo tengo absoluta confianza en que usted, señor Madero, hará cumplir las promesas de la revolución.

¿Cómo olvidar ahora esos ojos, esas palabras, esa deuda que contrajiste para siempre?

Y tan era cierto lo que te ofrecía que a los pocos días lo reiteró al diario católico *El País*: «Comprenderán que, de ser ciertas las acusaciones que me dirigían los hacendados morelenses, no hubiera venido, como lo he hecho, a presentarme al señor Madero. Ahora voy a trabajar en el licenciamiento de los hombres que me ayudaron, para después retirarme a la vida privada y volver a dedicarme al cultivo de mis campos, pues lo único que anhelaba cuando me lancé a la revolución era derrocar al régimen dictatorial y esto se ha conseguido».

Aceptaste el ofrecimiento que te hizo Zapata de visitar Morelos, y a la una de la tarde del 12 de junio llegaste a Cuernavaca, acompañado por tu esposa, por un numeroso grupo de jefes maderistas y por el ingeniero Tomás Ruiz Velasco, latifundista y abierto defensor de los terratenientes morelenses, a las órdenes del cual había trabajado el futuro gobernador Ambrosio Figueroa, pieza clave en tu discordia con Zapata.

Entre vítores y lluvia de flores, en medio de una valla de revolucionarios surianos, en un auto descubierto y escoltado por el propio Zapata, hiciste el recorrido de la estación al Palacio de Cortés. Después de los discursos de rigor —a Zapata lo llamaste «mi integérrimo general» y dijiste que los enemigos de la revolución te habían querido orillar a fusilarlo, «pero para eso, para fusilar a uno de los soldados más valientes del ejército libertador, se necesitaría ser un criminal»—, el gobernador ofreció un banquete en los Jardines Borda. Los invitados eran tan decididamente conservadores que Zapata —el más destacado maderista de la región— se negó a asistir. Por supuesto, abundaron las quejas contra el zapatismo. Antonio Barrios, presidente de la Asociación de Productores de Azúcar y Alcohol, y un grupo de comerciantes, te hicieron una protesta formal, por escrito, en la que, entre otros puntos, aseguraban que los rebeldes de Morelos no estaban dispuestos a deponer voluntariamente las armas.

Tú conquistabas a Zapata y los enemigos de la revolución te conquistaban a ti. Y más aún cuando, en Iguala y en Chilpancingo, Ambrosio Figueroa te demostró que la desmovilización de los ex combatientes y la instalación de las nuevas autoridades civiles habían sido llevadas a cabo pacíficamente, en

contraste con la agitación de los zapatistas. Luego, en Cuautla, hasta el hotel donde se instalaron, el Morelos, mostraba huellas de incendio y destrucción, al igual que varias haciendas y edificios gubernamentales. Te relataron robos, violaciones, fusilamientos, venganzas personales de los zapatistas. Y los creíste más, reconócelo, que los argumentos que Zapata te dio después en su defensa: los desmanes eran obra no de los revolucionarios, sino de los federales furiosos por la derrota, lo que, por lo demás, sonaba bastante lógico. Pero, como reconociste al final, te dejaste atrapar por el tono, más que por las razones, de los enemigos de la revolución. Coincidentemente, en una carta de por esas fechas, subrayas tu rechazo a la violencia, a cualquier manifestación de violencia: «debemos erradicarla», dices, para que entonces «los mexicanos aprendamos a gobernarnos a nosotros mismos». Y el zapatismo, sin remedio, por causas quizás enraizadas en el inconsciente, simbolizaba para ti, como para los de tu clase social, la violencia en su manifestación más burda, execrable.

Y mientras tú andabas de gira por el sur en los museos de los horrores, Zapata llevó a cabo lo prometido y el 13 de junio empezó a licenciar a su gente en La Carolina, fábrica en las afueras de Cuernavaca. En una primera mesa entregaban las armas a funcionarios del gobierno y luego, en otra, Zapata y el jefe de su estado mayor, Abraham Martínez, los identificaban y les daban sus papeles de licencia, para que por último recogiesen su paga: 10 pesos por cada hombre de los alrededores de Cuernavaca, 15 a los que llegaban de lugares más remotos y una bonificación de cinco pesos más por la entrega de alguna pistola, además del rifle. Se pagaron 47 mil 500 pesos y se recogieron 3 mil 500 armas. Zapata cumplió su palabra.

Y porque traicionabas a Zapata, De la Barra esperaba que te matara en cualquier momento. Como cuando las tropas federales a las órdenes de Victoriano Huerta —tenía que ser Huerta— avanzaron el 23 de agosto sobre Cuautla mientras tú «negociabas» con los rebeldes. El crimen perfecto que maquinaba tu presidente interino —elegido por Limantour, tu padre y tu hermano— y que lo dejaría solo en el poder. ¿No se decía de él que «su espíritu venenoso y seductor lo hacía parecer una víbora enroscada en un ramillete de flores»? Cuando le pedías «permiso» para salir de viaje a Morelos, cuando le reclamabas que minara lo que conseguías «arriesgando mi propia vida» y le recordabas que él estaba ahí, en ese puesto, porque «la revolución así lo decidió»; cuando le mandabas una carta como la del 25 de agosto —dos días después de que «casi» te manda matar Zapata— en la que empezabas, muy amable: «Me dijo usted ayer que quería que le dejaran con más libertad, dándome a entender que no me mezclase para nada en los asuntos de gobierno. Como no me guía ninguna ambición personal, ni soy impaciente, ni timorato, estoy dispuesto a obsequiar sus deseos, y le aseguro a usted que no volveré a importunarlo con mis visitas», y sólo después le hacías los reclamos, aunque casi con la misma delicadeza: «Desde luego, me permito suplicarle que se lleve a efecto lo que usted me ofreció y que me dijo había acordado en Consejo de Ministros, y es no licenciar más tropas insurgentes»; cuando, en fin, también le suplicabas que «no se apartara más de la ley», ¿tenías entonces presente que el día de tu llegada a la capital el pueblo te instaló en Palacio Nacional como al jefe máximo de una revolución triunfante? ¿Fuiste consciente de que ningún presidente, caudillo, virrey o emperador ha tenido, ni tendrá, en nuestra historia, la popularidad que en cierto momento —muy breve, sin remedio— tuviste? *El Mañana* reseñó tu entrada triunfal a la Ciudad de México diciendo que «la delirante, insensata y enorme popularidad de Madero, sólo la hemos visto disfrutar al torero Rodolfo Gaona». Pero es mejor el parangón que hizo Bulnes con la Virgen de Guadalupe: como a ella, tu pueblo te miraba con ojos piadosos y suplicantes, pidiendo lo imposible: que tu corazón generoso alcanzara para aliviar las miserias del país entero, como antes alivió las de tus pobres y las de tus

trabajadores en San Pedro de las Colonias. ¿Pero cómo ibas a conseguirlo con un presidente interino como De la Barra, licenciando a las fuerzas que te dieron el triunfo y «atendiendo más a los enemigos de la revolución» que a los amigos, como pudo haberlo sido Zapata, que sólo pedía lo que habías prometido: un gobernador y un jefe de armas revolucionarios, y que el pueblo poseyera la tierra de labor que requería para su subsistencia? ¿Te aturdió la gritería que había a tu alrededor? Por ejemplo, los gritos de Tomás Ruiz Velasco —quien te acompañó en tu primer viaje a Morelos—, durante una asamblea de hacendados:

—Lo relativo a la súplica para que se acabe con Zapata, ha terminado. Si todos eluden responsabilidades, no nos queda más que apelar a los procedimientos armados. Nosotros, los viejos, cargaremos los fusiles para que los disparen los jóvenes —y su índice flamígero parecía apuntar ya a los culpables invisibles. ¿Recuerdas que fue él quien te mostró las haciendas y los edificios gubernamentales saqueados supuestamente por los zapatistas, y que te sugirió a Ambrosio Figueroa para gobernador porque era el único que podía poner orden en la región? También a él lo escuchaste más que a los otros, que a los amigos, y advierte cómo terminó su perorata ante sus colegas hacendados en una asamblea celebrada el 18 de julio de ese 1911 en el Club Republicano:

—El único consejo que doy es que nos fajemos ya los pantalones. Puesto que el señor Madero no logra nada; puesto que no se nos oye, el camino que debemos seguir es el del reto.

¿Contribuyeron también los gritos de Francisco Olaguíbel, miembro del famoso cuadrilátero de oradores porfiristas, en la Cámara de Diputados, para aturdirte?

—El señor De la Barra, el íntegro, el correctísimo, el inmaculado, no es culpable... Los culpables —y hay que decirlo muy alto, porque en la tribuna es preciso tener valor civil— son el señor Madero y su secretario de Guerra, el general González Salas.

Mientras tanto, Zapata y su hermano Eufemio dudaban entre matarte o no.

—Oye, hermano, yo creo que este chaparrito ya traicionó a la causa; está muy tierno para jefe de la revolución y no va a cumplir con nada. Sería bueno quebrarlo dea'tiro, ¿tú que dices?

—No, Eufemio, sería una gran responsabilidad y no tenemos para qué cargar con ella. Yo también creo que no cumplirá con nada porque todos juegan con él; pero es el jefe de la revolución y la mayor parte del pueblo todavía le tiene fe. Que se vaya, que suba al poder si lo dejan. Y si estando ahí

no cumple con los compromisos que tiene contraídos con el pueblo, ya verás que no faltará un palo en qué colgarlo.

Esto de ahorcarte, parece, se le volvió a Zapata obsesión, porque cuando el rompimiento definitivo, ya siendo tú presidente de la república, recibiste de él un mensaje en el mismo sentido: «...dentro de un mes estaré en México con 20 mil hombres, y he de tener el gusto de llegar hasta Chapultepec, y sacarlo de ahí para colgarlo de uno de los sabinos más altos del bosque».

En Cuautla lo dejó entrever en el tono de su protesta. Estaban en tu cuarto del hotel Morelos, sentados a una pequeña mesa de ocote sin pulir, que levantaba astillas al rozarla. Te miraba con unos ojos en los que la furia iba y venía, se contenía pero volvía a regresar, como un trozo de mar ante las paredes de un puerto. Te preguntó que dónde estaba tu autoridad como jefe de la revolución ya que, por lo visto, las tropas federales no te hacían ningún caso. Te advirtió que tu debilidad sería la causa de nuevos derramamientos de sangre.

—Acuérdese, señor Madero, que al pueblo no se le engaña así como así, y si usted no cumple con sus compromisos, con las mismas armas que lo elevamos lo derrocaremos.

La pena y el desconcierto te mantenían hundido en ti mismo y, como cuando te dominaban los nervios, hacías aspavientos y abrías y cerrabas las manos, como si exprimieras limones. La voz se te adelgazaba.

—No me explico, general. Debe de haber un malentendido. El avance de Huerta sobre Cuautla está fuera de toda razón. Esto no lo puede haber aprobado De la Barra. ¿Cree usted que estaría yo aquí si fuera de otra forma?

—Eso es lo que temo: a usted lo están engañando y de nada sirve lo que acordamos. Por eso, se me hace que las únicas leyes a las que vamos a poder atenernos son estas muelles —contestó Zapata mostrando su carabina—. Claro vemos que cada día, con su inocencia, se entrega usted más en manos del enemigo.

—Mire, general —dijiste con un optimismo que te encendía la mirada—, le voy a pedir otra oportunidad. Tiene que confiar en mí porque de otra manera esto no se va a arreglar. Voy a ir a México para aclararlo y le mandaré una explicación. Y una vez más le pido que tenga paciencia: faltan unos cuantos meses para que asuma yo la presidencia de la república.

Y de nuevo —¿por qué?— lo convenciste y Zapata confió en ti.

Y es que, además de tu inocencia, la verdad es que todo se complicó para que se entendieran. ¿O será que, de alguna manera, ya se habían entendido? Se habían entendido desde la primera vez que se vieron, y por eso él confió en ti hasta el final, hasta que ya no fue posible confiar más, y por esto meditaron mutuamente en la posibilidad de que te refugiaras a su lado y puso a tu disposición mil hombres durante la Decena Trágica. Porque, sabías, a pesar de su violencia, sus amenazas y su inflexibilidad, era de los «tocados» por la providencia, como decías en una carta a tu madre refiriéndote a los héroes de la patria y que obliga a pensar en el doble sentido del término. No era la mutua locura la que los separaba, sino el resto, lo que parecía cuerdo.

Después de que Zapata cumplió su palabra y el ejército rebelde se desbandó, sin tropas federales que vigilaran la región, empezaron a multiplicarse como hongos las gavillas de bandoleros. Además, algunos campesinos que se enteraron de que hubo una revolución se negaban a devolver las tierras que habían recuperado de las haciendas, o simplemente se hacían de ellas, como en San Gabriel o en Cuauchichinola, argumentando que se las habían robado, lo que, además, tenía cierto grado de verdad. De todo acusaban a Zapata y *El Imparcial* lo calificó, a ocho columnas, como «el moderno Atila». La mera cercanía de su persona, se aseguraba, hacía huir a las señoritas decentes de las ciudades, imagen que parece contener deseos y envidias inconscientes, convirtiendo a Zapata en un mito. Así lo dijo José María Lozano en la Cámara:

—Emiliano Zapata no es un hombre, es un símbolo.

Y aunque intentó fustigarlo, parecía al borde del hechizo:

—Emiliano Zapata no es un bandido ante la gleba irredente que alza sus manos en señal de liberación. Zapata asume las proporciones de un Espartaco; es el reivindicador, el libertador del esclavo, el prometededor de riquezas para todos; ya no está aislado, tiene innumerables prosélitos.

Discurso en que comenzó, como en una sesión espiritista involuntaria, atrayendo aquello que más temía: el espíritu de Zapata.

—La Ciudad de México corre el riesgo próximo e inmediato de ser el escenario lúgubre del festín más horrendo y macabro que haya presenciado

nuestra historia. No es Catilina quien está a las puertas de Roma, es algo más sombrío y siniestro. El Emiliano Zapata, el bandolero de Villa de Ayala.

Para colmo, a principios de julio reaparecieron, como surgidos del infierno mismo, los hombres que había desmovilizado Zapata, con nuevas y aún más modernas armas. La revolución se había convertido en una comedia de equívocos en la que los papeles se confundían y se intercambiaban: las flamantes armas fueron proporcionadas a los rebeldes por Emilio Vázquez Gómez, secretario de Gobernación, coludido con su hermano Francisco —tu representante en los tratados de Ciudad Juárez— para desprestigiar a De la Barra, pero, sobre todo, para desprestigiarte a ti. Francisco Vázquez Gómez primero temió ver afectado su prestigio (era médico de don Porfirio) si entraba contigo a la revolución, y te mandó una carta en que subrayaba: «Espero que por ningún motivo figuraré en el proyecto de usted, porque eso bastaría para perjudicarme», y luego, al igual que su hermano, se volvió radical y criticó duramente tu vocación conciliatoria. Emilio Vázquez Gómez —enloquecido, como todos— terminó por rebelarse también y al nombrarse presidente provisional de la república tuvo el poco tino de incluir en su supuesto gabinete como secretario de Guerra a Pascual Orozco, quien también quería la presidencia o nada, y que contestó con una amenaza perentoria de expulsarlo del país por su osadía. Emilio cruzó despavorido la frontera para representar su monólogo en otra parte. Su hermano Francisco también terminaría por exiliarse. El tigre que tanto temió don Porfirio que despertara, tiraba zarpazos no sólo en los campos de batalla, sino dentro de las cabezas mismas de los revolucionarios.

Como parte de la comedia, propusiste a Alberto García Granados para sustituir a Vázquez Gómez en Gobernación —«persona apreciableísima, a quien me permito recomendar a usted en todos los sentidos», le escribiste a De la Barra. García Granados era un viejo estratega, que atacó al general Díaz más por afán exhibicionista que por convicción ideológica, y contra ti aplicó la misma fórmula. Despreciaba a los «pelados», y contribuyó de manera determinante a obstaculizar tus intentos de pacificar a los rebeldes de Morelos, a quienes consideraba una influencia «escandalosa y perniciosa» para la economía del estado. Su lema era: «No hay que tratar con bandidos», mientras tú andabas arriesgando la vida en la cueva misma de los bandidos y les hacías promesa tras promesa de que todo terminaría por arreglarse, se respetarían sus derechos y no habría más abusos, había que deponer las armas, el tiempo de la violencia terminó. Pero, además, García Granados pasará a la historia por una frase lapidaria que resumía la postura y el sentir de

aquellos a quienes «prestabas más atención»: «La bala que mate a Madero — dijo García Granados— salvará a México».

Mira, a García Granados, por haber pronunciado esa frase, lo mandará fusilar Carranza, quien también pudo haberla pronunciado y seguramente la pensaba. El día del juicio, al escuchar la sentencia, García Granados se desmayará a causa de la impresión. Y lo mismo le sucederá al ser fusilado: difícilmente lograrán mantenerlo de pie en el paredón y habrá que iniciar una y otra vez la ceremonia macabra de preparar las armas y apuntar.

La luz incierta de la tarde entraba con timidez por los balcones entreabiertos y aislaba los perfiles iridiscentes de los candiles, de los cortinajes de terciopelo, de los lomos dorados de los libros, de los pesados sillones de cuero, y se refugiaba, como un solo manchón, en las pinturas de las paredes, con marcos de barniz descascarado. De la Barra estaba sentado al vasto escritorio de cubierta volada y pensaste que su figura pulcra y almidonada hacía juego con el mobiliario. En aspecto por lo menos, De la Barra parecía más apropiado que tú para un puesto que en buena medida, sin remedio, tenía que ser eso: apariencia. ¿Cuál era tu apariencia, hermano? ¿Conocías lo que le escribió Bernardo Reyes al general Díaz sobre ti en agosto de 1905? «Tiene una circunstancia particular este joven Madero, y es que entre todos los de su familia resulta el único a quien la naturaleza no protegió con sus dones, pues es raquíptico y notablemente feo. Además, es muy impresionable, por temperamento». Y mira lo que comunicará a su gobierno el embajador británico después de que tomes posesión como presidente de la república: «Es un hombre con una figura insignificante y detestable, de apariencia oscura, cabeza grande y frente abultada; sus vulgares facciones ocupan solamente el cuadrante inferior de la cara. Es espiritista, abstemio, vegetariano, homeópata y, a juzgar por la breve conversación que con él sostuve, también un charlatán. Resulta notable el hecho de que las circunstancias hayan elevado a este hombre, tal como es, a las alturas que ahora ocupa y encuentro muy difícil pronosticar que sea capaz de conservar esa posición». Y Henry Lane Wilson, por esas mismas fechas, dirá: «Su apariencia es insignificante, sus modales inseguros, sus palabras vacilantes y se muestra sumamente nervioso e incierto respecto a muchas cuestiones públicas».

¿Intuías algo de eso cuando viste a De la Barra ponerse de pie, atirantado y sonriente, e ir a sentarse a tu lado, en uno de los sillones de cuero?

—Estoy sinceramente agradecido —empezó— y lo felicito por su efectiva y espontánea intervención en este asunto tan espinoso de Morelos.

Fíjate, esto te dijo para abrir boca con una sonrisa enmarcada por sus altos bigotes blancos y tú, que llegaste con la intención de reclamarle acremente, te sentiste desarmado, como siempre te sucedía ante las formas amables. ¿Te

hubiera ayudado enterarte que la mañana de aquel mismo día de fines de agosto, De la Barra le confió al encargado de negocios norteamericano que «la intervención de Madero es muy embarazosa»?

—Me permití llamarlo apenas me enteré de que había regresado usted a la capital —continuó sin dejar de sonreír, mientras dejaba sobre la mesita de centro unos papeles—. Me preocupó sobremanera la última carta que me envió. Aquí la tengo. Me dice usted que no volverá a importunarme con sus visitas. En los tiempos que vivimos, señor Madero, sus visitas no podrían en absoluto ser inoportunas, y en cambio, me parece, resultan necesarias para el futuro del país y de la revolución.

Te leyó las cartas que le mandó Huerta explicando su actitud después de que él —también te mostró copia del comunicado— le ordenó suspender «toda operación que pudiera ser considerada ofensiva». Los movimientos de las tropas federales sobre Yautepec tuvieron el carácter de una maniobra, no de una operación militar.

—Me parece un simple juego de palabras que no aclara nada —interrumpiste.

De la Barra acentuó su sonrisa y continuó la lectura de una de las cartas. Obligarían a Zapata, decía Huerta, «a que ceda incondicionalmente a las justas peticiones del gobierno». Sus tropas mismas eran «la más elocuente razón para que Zapata se someta». Y «sin manifestación incontestable del gobierno, las gestiones de paz no darían ningún resultado. Por esto he movilizado mis tropas, señor presidente. Si el señor Madero tiene éxito en sus negociaciones, en buena hora, seré el primero en felicitarlo y regresaré con mis tropas a la capital. En caso de no ser así, aún, podríamos imponerle a Zapata la suprema razón del gobierno».

—¿Cómo puede un soldado como Huerta, en ese tono de insolencia, argumentar que sin una manifestación de poder y de fuerza militar, mis gestiones de paz no darían resultado? —volviste a interrumpir.

De la Barra te miró por encima de sus finos lentes de aro de metal y bajó la hoja que leía.

—Mi respuesta al general Huerta —aquí la tengo, puede verla— fue que por ningún motivo hiciera uso de la fuerza.

—No era necesario hacer uso de la fuerza. Con la amenaza era más que suficiente. Además, Huerta detuvo su avance, pero envió tropas a quemar ranchos e hizo que los zapadores preparasen el camino de Cuautla para los arzones de la artillería. La indignación de Zapata me parece de lo más justificada.

—¿Usted cree que es posible confiar en un hombre como Zapata, señor Madero?

—Totalmente. El problema es que ahora, parece, son ellos quienes no pueden confiar en mí, y con razón. ¿Cuál era el caso de ir a negociar en nombre del gobierno si las tropas federales atacan Yautepec, avanzan sobre Cuautla y el ministro de Gobernación declara a la prensa que no está dispuesto a tratar con bandidos? Sobre todo si para entonces, personalmente Zapata y yo habíamos logrado convencer a 22 de los principales jefes rebeldes para que depusieran las armas. Familias enteras, que huyeron a otros estados, empezaban a regresar —suspiraste—. Si se hubieran atendido las indicaciones que hice desde Cuautla, quizá para estos momentos la región estaría en paz, con una comisión agraria estatal y con un jefe de policía confiable como sería mi hermano Raúl, quien llegaría con unos 250 policías revolucionarios de Hidalgo y de Veracruz para vigilar la desmovilización y más tarde formar la guarnición.

—Le recuerdo, señor Madero, que la idea original de mandar fuerzas federales a Morelos era precisamente para eso, para vigilar la desmovilización, y usted estuvo de acuerdo.

De la Barra tenía razón, hermano. Incluso estuviste de acuerdo en nombrar a Ambrosio Figueroa gobernador del estado, y mandaste la carta aquella —quizá la más vergonzosa que escribiste— en que le pedías que aceptara y que «pusiera en su lugar a Zapata» porque ya no lo aguantaban. Sólo cuando Figueroa pidió tiempo para pensarlo (a la larga terminaría por aceptar) «negociaste» con Zapata que el gobernador fuera Miguel Salinas, entonces director estatal de Educación Pública, o Eduardo Hay, revolucionario de toda tu confianza. Y si estuviste de acuerdo en que Huerta acuartelara su 32º Batallón de Infantería en Cuernavaca, ¿por qué te sorprendieron después los resultados? Empezabas a tomar decisiones de las que después te arrepentías —en realidad te sucedió desde los tratados de Ciudad Juárez—; te convertías sin darte cuenta en ese «ser veleidoso» que tan bien percibió Zapata y que no era sino resultado de tu incapacidad para actuar en el terreno político, que no era el tuyo, que no te correspondía. Qué doloroso reconocer ahora que tus intentos de conciliarlo todo y a todos tenían poca relación con «hacer el bien»: ésa sí, tu verdadera vocación.

Y fíjate, todavía Zapata confió en ti a pesar de que estuviste de acuerdo en que Huerta entrara a Morelos con más de mil soldados. Tenía la intención de retirarse a la vida privada, como lo había declarado a la prensa, y celebraba su boda el 9 de agosto cuando le dieron la noticia. Su primera reacción fue de

furia: ¿por confiar en ti? Pero se sobrepuso y te mandó un mensaje en que reafirmó su lealtad y formuló una pregunta que aún te duele —quizás ahora más que nunca: «¿Tiene usted algunas quejas contra mí?».

Por eso, lo que en realidad te decía en su tono afectado De la Barra es que no tenía remedio: por más que intentaras acercarte a Zapata, por más que su fe los identificara tanto, tus «devaneos» te colocaban del lado de él, de De la Barra, y de todo cuanto representaba. ¿De qué servía que argumentaras que sí, era verdad, estuviste de acuerdo en que entraran las tropas federales a Morelos para vigilar, pero lo que había realizado Huerta fueron auténticos actos de guerra? ¿Hasta ahora te das cuenta de que, en efecto, De la Barra y García Granados aprovecharon la supuesta tarea de vigilar la desmovilización para ocupar el estado y, de ser posible, deshacerse de Zapata y de ti: no faltaría ocasión en que los mataran... o se mataran? De la Barra debió reírse interiormente —en esos momentos apenas si insinuaba su sonrisa, blanca como todo él— de tu ingenuidad y de la de Zapata. ¿Ponerse a jugar a la política con él? Por favor. Y más debió de reír cuando le dijiste que el error fue mandar a Huerta, precisamente a Huerta, militar de una dureza implacable y con antecedentes reyistas.

—Tenemos la seguridad de que ofreció ocho mil pesos al director de *El Hijo del Ahuizote* para que se hiciera reyista —relataste.

¿Y cuánto no se aclara si recuerdas que tu principal reclamo fue el mismo que ahora, en este momento, podrías hacerte a ti mismo?

—¿Qué influencias extrañas lo obligaron a elegir al general Huerta, señor De la Barra?

¿Las mismas extrañas influencias —que más parecen venir de los infiernos que de los cielos— que te hicieron elegirlo a ti? (En la carta del día 25 del mismo mes de agosto, también le decías a De la Barra: «El nombramiento del general Huerta no fue sugerido por su actual subsecretario de Guerra, que era el indicado, sino por personas extrañas».) Y aún te quejaste:

—Usted ha visto el modo tan indigno como me trató en Cuernavaca, pues a pesar de que tenía instrucciones tuyas de obrar siempre de acuerdo conmigo, realizaba lo contrario a lo que yo le indicaba. Todos sus actos parecían tendientes a provocar hostilidades en lugar de calmarlas.

Pediste a De la Barra que hiciera una declaración pública de lo sucedido para salvar tu honor y el del gobierno, o te verías en la necesidad de hacerla tú mismo. Y De la Barra lo único que dijo días después fue que «tenía la convicción profunda de que el Ejecutivo ha procedido, en este caso como en

todos los demás, con la conciencia completa de sus deberes», lo cual equivalía, por supuesto, a no decir nada. Tú, en cambio, declaraste lisa y llanamente que el general Huerta había seguido «una conducta verdaderamente inexplicable» y por eso habías recomendado, inútilmente, que se le sustituyera por otro militar. Huerta, indignado por el ataque, hizo también declaraciones públicas en que pedía le precisaras los cargos. Argumentaba que había permanecido en Morelos «con la aprobación incondicional del señor presidente», y que finalmente llevó a cabo la misión que se le encomendó: «Batir a los rebeldes». Al poco tiempo le escribiste una carta (¿había necesidad de tantas aclaraciones con un soldado que, además, se había mostrado abiertamente hostil hacia ti? ¿O la carta era ya parte del extraño encadenamiento que después tan estrechamente los unió?) en que reiterabas: «Cuando estaba en Cuautla terminando las negociaciones con Zapata, usted continuó avanzando sobre Yautepec y aproximándose a Cuautla, sin haber recibido órdenes explícitas del presidente de la república, ni del subsecretario de Guerra... Desde el momento en que emprendí mi misión de paz, aunque de carácter extraoficial, usted sabía perfectamente la verdadera naturaleza de mi esfuerzo y, si hubiera estado imbuido del mismo fervor patriótico, hubiese trabajado conmigo y no frustrado mis planes, como lo hizo... Tome usted nota del hecho de que el subsecretario de Guerra está pidiendo su baja definitiva del ejército». Pero apenas enviada la carta modificaste la orden, con lo cual se le permitió a Huerta permanecer en el ejército, aunque casi inactivo. ¿Qué hubiera sucedido si la llevas a cabo? ¿O ya no había, desde entonces, posibilidades de elegir? Huerta aceptó la reconciliación parcial a regañadientes. No lo volviste a ver hasta el 11 de noviembre, siendo ya tú presidente, en un banquete que organizó el ejército en tu honor. Fue el último en hablar, cuando estaban a punto de levantarse de la mesa. Con una mano temblorosa, mostró en alto su copa de coñac y dijo:

—Señor presidente, permítame la oportunidad de este convivio para hacer una aclaración. Usted ha dudado de la fidelidad del ejército sin motivo. La duda, señor presidente, es el mayor insulto que usted puede lanzar a un ejército honorable y leal... Por eso yo quisiera reiterarle que el gobierno constituido puede contar incondicionalmente con el ejército.

Era claro el resentimiento de Huerta y, ya en el auto, Gustavo te comentó la desfachatez de sus palabras en un banquete de esa naturaleza, a una semana apenas de que habías sido declarado presidente de la república.

—Te dijo, con todas sus palabras, que insultaste al ejército, que le lanzaste el peor insulto que se le puede lanzar... Y, además, que lo hiciste sin motivo.

Por toda respuesta te encogiste de hombros y moviste ligeramente la cabeza a los lados, sin dejar de mirar por la ventanilla. Gustavo insistió:

—Debiste dejar que se fuera. Ya estaba en trámite su baja definitiva.

—Necesitamos el apoyo del ejército —replicaste—. Echar a Huerta, con el prestigio que tiene, podría parecer, eso sí, un insulto al ejército.

—¿Cuál prestigio tiene? De borracho y de asesino, no otro.

—Huerta fuera del ejército es mucho más peligroso que dentro de él. Aquí podemos ganárnoslo, utilizarlo, en cambio echándolo lo lanzamos a los brazos abiertos del general Reyes.

—No lo veo tan sencillo.

No te resultaba actuar políticamente. Quizá por eso dijo Roque Estrada que admiraba en ti al apóstol y al caudillo, pero no al gobernante. Porque, además, Huerta tenía razón que tu ataque público contra él era inmerecido, ya que sólo cumplió órdenes de De la Barra. ¿Lanzarte directamente contra De la Barra te hubiera implicado romper con el gobierno provisional, a unos cuantos meses de las elecciones, proyectando la imagen contra la que más luchabas: la de la ilegalidad? El precio que pagaste, como ves, fue mucho más alto: sufrir a un presidente provisional, porfirista, elegido por tu padre y Limantour, que te traicionaba abiertamente y contendió contra ti como candidato del Partido Liberal Radical que agrupaba a «todos los elementos opuestos a la revolución», dijo Luis Cabrera (finalmente, al igual que Emilio Vázquez Gómez, apenas si logró unos cuantos votos de un pueblo que se volcó apabullantemente a tu favor). ¿O tampoco supiste de la carta que a principios de agosto le mandó Huerta a De la Barra? Decía: «Los hechos aquí en Morelos me demuestran la necesidad de obrar resueltamente y sin ninguna consideración. Son éstos todos bandidos». De la Barra le cablegrafió una respuesta que no dejaba lugar a dudas: «General, puede usted actuar con toda libertad».

Mira, hay palabras que también aparecen un instante en el espejo, llameantes, envolviéndolo todo con su humo, ocultándote las escenas del fondo. Son las de otra carta de Huerta a De la Barra a fines de septiembre —que no conocías y que ahora, al leerla, te provoca un profundo estremecimiento—: «Avanzo por el estado, dotando de guarniciones a las ciudades, sembrando la confianza... predicando con los fusiles y con los cañones del gobierno de la república la armonía, la paz y la confraternidad entre todos los hijos de Morelos».

No se necesitaban dotes especiales para adivinar que quien escribió esas líneas iba a terminar por traicionarte y por matarte. Predicando con los fusiles. ¿Recuerdas cómo le llamaba la atención a Vasconcelos que Huerta hubiera dado en la manía de citar a dios sin ton ni son? «Dios los acompañe», «dios dirá», «Queden con dios», «Esto es obra de dios», «Venceremos si tenemos a dios de nuestra parte» (sobre tu muerte se justificará: «Dios así lo quiso»), lo cual representaba un sarcasmo que años más tarde hallará su contraparte y complemento en el grito de Carrillo Puerto en Yucatán: «¡Viva el diablo!». Cuando un hombre como Victoriano Huerta, dirá Vasconcelos, «se ampara en dios para matar, resulta obligada la insensata, pero compensadora, tarea de echarle vivas al diablo». Cuentan que Huerta contagió a Blanquet y entonces sus diálogos adquirieron connotaciones teológicas, condimentados con la presencia de dios, así hablaran de putas, de alcohol o de asesinatos.

Por eso durante tu visita a Puebla, en julio de ese 1911, después de una zacapela entre fuerzas revolucionarias y federales, diste un vergonzoso abrazo de reconocimiento a Blanquet, al tiempo que te decía:

—Dios ha de protegerlo muchos años para el bien de la patria.

Palabras que, de nuevo, en aquel contexto de un dios más bien siniestro, resultaban clara señal de que Huerta y él no tardarían en acabar contigo. Porque la zacapela la suscitó, precisamente, la delación por parte de las fuerzas revolucionarias (al frente de las cuales se encontraba Abraham Martínez, jefe del estado mayor de Zapata) de un complot para matarte, en el que estaban involucrados dos legisladores estatales y dos diputados federales. Abraham Martínez los mandó detener y los encerró en un cuartel instalado en

la plaza de toros. Pero apenas se enteró De la Barra, ordenó —era inevitable— que fueran liberados. La respuesta que le envió Abraham Martínez fue contundente: «Por encima de usted mismo, como presidente interino, está para nosotros la vida del jefe de la revolución». Así que Blanquet (tenía que ser Blanquet) acudió a rescatar a los prisioneros a la fuerza, dejando un saldo de 300 muertos, decenas de heridos (llevaron la peor parte los maderistas) y la detención de Abraham Martínez, acusado de violar la inmunidad parlamentaria de los diputados y de «rebelión y sedición». ¿Y no era ésa, esencialmente, la misión de Abraham Martínez? Pero para entonces ya podía más la legalidad que la revolución. Mejor dicho, tu horror a la violencia y al desorden te obligaba a refugiarte en una supuesta legalidad que sólo provocaba, sin remedio, mayor violencia. ¿Te atemorizaba lo que habías desatado y querías, absurdamente, volver a atarlo con la ley? ¿Dónde quedó la embriaguez, el valor temerario de los primeros momentos de la lucha armada? ¿Te asustaba el *otro* Madero, que habías descubierto en tu fascinación por la acción, en contraste con el de los retiros místicos, la meditación y el silencio? Lo de Puebla resulta ilustrativo: llegaste el 13 de julio por la mañana y al enterarte de los acontecimientos de la noche anterior, reprobaste la actitud de los maderistas rebeldes y elogiaste la «lealtad de los federales». Ni siquiera impediste la aprehensión de Martínez, que no había hecho sino arriesgar su vida por salvar la tuya. Zapata protestó y le contestaste que Martínez debería haber obedecido a De la Barra, fuera cual fuera la orden que se le diera. ¿De qué te protegías, hermano, con una legalidad que estaba por encima de la justicia misma?

En una carta de 1909 a Emilio Vázquez Gómez señalabas: «Los que suben al poder tienen mala memoria y con frecuencia olvidan sus promesas», palabras proféticas sobre lo que iba a sucederte con Zapata. Porque todavía dos meses antes de que subieras al poder le escribiste: «Quiero que sepa que no he dado crédito a las calumnias que han lanzado contra usted sus enemigos; que lo considero un leal servidor mío, en atención a lo cual, cuando llegue a la presidencia, recompensaré debidamente sus servicios». Y él, todavía, después de que ya contaba con pruebas más que suficientes para dudar de ti, dijo que esperaba confiado.

¿Qué sucedió? Colocado bajo el acoso de la reacción, que por una parte te acusaba de secreta complicidad con Zapata y por la otra te exigía el inmediato restablecimiento de la paz y de la garantía de sus intereses, ¿cayó tu debilidad en la trampa de responder con un primer gesto de supuesta autoridad, sacrificando —además de a la revolución misma— a quien, ahora lo sabes,

pudo haber sido uno de tus mejores amigos? ¿El mareo de las alturas —las levitas Príncipe Alberto, las reverencias, la algarabía de tu alrededor— te impedía ver con claridad a quienes tenías al lado: en la ceremonia de la toma de posesión, por ejemplo, a Ambrosio Figueroa, el mayor enemigo de Zapata, como representante del ala sureña de la revolución? Detalle que podría explicar, por sí solo, lo que sucedió una semana después, cuando Gabriel Robles Domínguez llevó «las bases para la rendición definitiva de las fuerzas del general Emiliano Zapata». Mira, se reducía a pedir lo que desde meses atrás habían acordado y que era apenas lo justo: una ley agraria que mejorara las condiciones de los trabajadores del campo, el retiro del gobierno de Ambrosio Figueroa, un gobernador del estado nombrado por ti y por los jefes revolucionarios, la evacuación gradual de las tropas federales y un indulto a los que habían participado en la lucha. A cambio de ello, «el general Zapata no volverá a intervenir en los asuntos del gobierno del estado y procurará emplear su personal influencia para hacer respetar a las autoridades constituidas».

Tu respuesta fue una carta en el papel membretado de la Correspondencia Particular del presidente de los Estados Unidos Mexicanos, fechada el 12 de noviembre de 1911 en el Castillo de Chapultepec, dirigida al propio Robles Domínguez, en la que decías: «Suplico a usted haga saber a Zapata que sólo puedo aceptar su inmediata rendición a discreción y que todos sus soldados depongan las armas. En ese caso, indultaré a sus soldados del delito de rebelión y a él se le dará pasaporte para que vaya a radicar temporalmente fuera del estado. Manifiéstele que su actitud de rebeldía está perjudicando mucho a mi gobierno... y no debe temer por su vida si depone las armas».

La respuesta de Zapata señaló, de entrada, aquello que ahora más podría lastimarte:

—Yo he sido el más fiel partidario del señor Madero. Le he dado infinitas pruebas de ello. Pero ya en este momento he dejado de serlo.

¿Ahí fue en donde ya no hubo regreso, hermano? ¿Qué perdiste al perder a Zapata? ¿Qué espíritus te dictaban tus decisiones por ese entonces?

—Madero me ha traicionado a mí, a mi pueblo y a la nación entera. Es el hombre más veleidoso que conozco.

—¿Qué le diré exactamente al señor presidente? —preguntó Robles Domínguez.

—Dígale que se vaya a La Habana, porque de lo contrario ya puede ir contando los días que corren, pues dentro de un mes estaré en México con 20

mil hombres, y he de tener el gusto de llegar hasta Chapultepec y sacarlo de ahí para colgarlo de uno de los sabinos más altos del bosque.

No fue, finalmente, necesario que lo hiciera. Con la amenaza le resultó más que suficiente para que ahora les endilgues tu propio rostro a la hilera de colgados que dejó como consecuencia aquella carta inexplicable. Porque el 15 de diciembre el *Diario del Hogar* publicó el Plan de Ayala, se suspendieron las garantías en Morelos y tú enviaste —en un nuevo acto «enérgico»— dos mil soldados al mando del coronel Juvencio Robles a «poner orden en la región». ¿Cuál era la diferencia, *en el fondo*, entre Juvencio Robles y Victoriano Huerta? Sus rostros se confunden al acercarse a ti, mira. Zalameramente te ofrecen sus servicios y su fidelidad incondicional. Hacen una reverencia y en sus labios se dibuja una sonrisa burlona: «Está usted en manos de Juvencio Robles, señor Madero». Se alejan caminando hacia atrás, sin dejar de inclinarse ante ti: «Dios lo guarde muchos años, señor Madero». Juvencio Robles era partidario del sistema de «recolonización» empleado por los españoles en la guerra de independencia de Cuba: destruir y quemar todo sitio en donde los rebeldes pudieran encontrar refugio y armas.

—Los zapatistas hacían trinchera de cualquier casa —dirá Robles a *El País*— para abastecerse de medios de subsistencia y desde ahí batir a los federales. Nada más racional y lógico, entonces, que destruir esos reductos y evitar que se diera armas o alimento a los bandidos.

El País también narró la actuación de los federales en un pueblito llamado Nexpa: «En medio del espanto, los gritos y la consternación, las llamas hacían su tarea y una columna densa de humo, arrastrándose trabajosamente por los flancos de la sierra, anunciaba a los zapatistas allí ocultos que ya no tenían hogar». Y otro tanto sucedió en Ticuman, Ocotepec, Los Hornos, Villa de Ayala, San Rafael... Acércate un poco más al espejo, hermano. Mira, ese sembradío — en el que costó tanto trabajo trazar y cavar canales, roturar y abonar la tierra para que se aclimatara el maíz— por el que huye la gente ante la inminencia de unas bayonetas que destellan al sol, pisando su propio esfuerzo de años al pisar la tierra, dejándolo atrás como a sus casas envueltas en humo, en lengüetas de fuego. Y, mira, hay algunos que resisten con palos, picas, azadas, machetes, cuchillos, atrincherados detrás de barriles, de camastros, de cajas de madera o de sacos de tierra. Venden caras sus vidas y con ellos se ensañan más los federales, era inevitable. Después de matarlos decapitan los cadáveres con sus machetes como se decapita a las gallinas y ensartan las cabezas en las bayonetas para ir mostrándolas por ahí, aleccionadoramente, «predicando con las armas del gobierno la armonía, la

paz y la confraternidad entre todos los hijos de Morelos». A otros los queman vivos y mientras los cuerpos se retuercen, chisporrotean, hay los soldados que ríen, mira, óyelos. O los ahorcan, así, como dijo Zapata que quería hacer contigo. Porque, para tu consuelo, lo mismo hacen los rebeldes con los federales. Y mientras más saña muestran unos, peor es la venganza de los otros. Finalmente nadie se salva, hermano, en la tierra abrasada de ese estado. En la tierra abrasada de todo tu país.

El «mundo ideal», en el que te aconsejaban vivir los espíritus desde 1908, se transformó de pronto en una pesadilla. ¿Dónde quedó aquel «cielo» que visitabas a diario con tus exámenes de conciencia, tus oraciones y tus comunicados espíritas? ¿Y tus retiros místicos en un tapanco de tu hacienda en San Pedro de las Colonias durante los cuales, decías, podías pasar días completos en silencio, meditando, plenamente como «en otro lugar»? ¿Qué fue de ese «otro lugar», hermano? ¿Al perderlo, te perdiste a ti mismo? ¿Y puede haber mayor dolor, mayor angustia, que la pérdida de la verdadera identidad? ¿No habrás hecho una mala interpretación de aquel pasaje del *Bhagavad Gita* en que se dice: «Es difícilísimo, oh, Arjuna, renunciar a la acción sin antes haber servido por medio de la acción... escucha mis palabras, ¡oh, príncipe!: en verdad te digo que quien ejecuta la acción como un deber, sin apetencia por el fruto de la acción, renuncia a la acción al tiempo que la realiza»? En tus *Comentarios al Bhagavad Gita* dices: «Es, por consiguiente posible llegar al grado máximo de virtud y evolución que puede alcanzar el ser humano, dedicándose a la vez a una vida ordinaria, a los negocios, a la política y a todas las ocupaciones que exige la moderna civilización». ¿De veras lo creías, hermano? Porque el bien, la acción que realizabas en tu pequeña comunidad era congruente con tu forma de pensar, de ser: resultaba consustancial con la meditación y las oraciones. ¿Pero qué relación guarda esa acción —humilde y desinteresada— con la otra, con la que debías desplegar en los altos juegos del poder y de la intriga? ¿Es posible, como un ser anfibio, vivir en el mundo donde se produce la ponzoña y en el otro, aquel en donde se prepara el antídoto? Porque, por momentos, ahí, en la vida ordinaria, en los negocios o en la política (sobre todo en la política) continuabas como en «otro lugar», ibas de un mundo al otro y al final, parece, no estabas en realidad en ninguno de los dos. En 1911, en pleno interinato, publicaste el *Manual espírita* y aún el 12 de diciembre de 1912, cuando ya todo se derrumbaba a tu alrededor, le escribiste a tu hermano Evaristo una carta en que le hablabas largamente de metempsicosis, le sugerías qué libros debía leer sobre espiritismo para formarse una «verdadera filosofía» y le narrabas cómo te había atrapado la lectura de *El ser subconsciente*, del que

habías mandado hacer la traducción —«yo mismo logré que se consiguiera el permiso»— para publicarlo a la brevedad.

Perdías los dos mundos y te perdías a ti mismo. Además, tus amigos —a los que no escuchabas por «atender» a los otros, «a los enemigos de la revolución»— terminaron por adquirir una actitud de reserva, desconcertados ante tus devaneos, o de plano por apartarse, como Roque Estrada. ¿Qué sucedió con Roque Estrada, hermano? ¿Recuerdas? Escribió de ti: «Lo inmenso de aquella arenga apostólica era una tremenda sinceridad iluminada y una fe profundamente sentida por la causa». Y tú decías de él que «su fidelidad sólo era comparable a su enorme talento». Qué distintos tiempos aquellos en que la lucha podía dirigirse como un dardo a un único objetivo, sin necesidad de avenencias, conciliaciones, cruces de caminos.

¿Quieres mirar un momento hacia allá? La intensidad con que viviste esos días te ayudará a continuar.

En 1909 México bullía de actividad política. La creciente chochez de don Porfirio permitía a la pandilla de los científicos controlar los destinos del país; sin embargo, no se requerían ojos de lince para percibir que el escenario se derrumbaba. Un como rumoreo subterráneo anunciaba que el país se sacudía el letargo que durante 30 años lo invadió, esa paz de unos cuantos, bochornosa, vergonzante, a costa de la injusticia y la miseria de la mayoría. La influencia de los científicos en el gobierno estaba representada por tres ministros, ocho subsecretarios, 12 gobernadores, 25 senadores y 118 de los 230 diputados que resultaban instrumentos ideales para mantener la política de Díaz: estimular la inversión del capital extranjero en detrimento de los intereses nacionales, sofocar brutal y sistemáticamente los brotes de rebeldía que pudieran alterar la paz y que se traducían en la represión de obreros en Cananea y Río Blanco, o en la esclavitud del pueblo yaqui. Además, una de tus críticas más acerbadas al grupo de los científicos era su tendencia filosófica: materialista, racionalista, formada en el positivismo de Augusto Comte. «El materialismo atenta contra la libertad», escribiste. Por eso el país sólo ocuparía la elevada posición que le correspondía en lo social, en lo moral y en lo espiritual, por medio de la democracia.

Los científicos instrumentaron la defensa del régimen con la formación del Partido Reeleccionista que tuvo su convención inaugural el 25 de marzo y una semana más tarde, con una concurrencia de más de 700 delegados, proclamó las candidaturas del general Díaz para la presidencia y de Ramón Corral (gobernador de Sonora y antiguo traficante de esclavos yaquis), para la vicepresidencia. En el manifiesto que anunciaba a los candidatos, los

reeleccionistas se jactaban: «El triunfo está asegurado de antemano porque nuestros hombres (Díaz y Corral) dominan las voluntades y tranquilizan las conciencias». El Partido Democrático, por su parte, que a partir de mayo era declaradamente reyista, empezó a demandarle a don Bernardo definiciones y compromisos. ¿Qué hubiera sucedido si se postula el altivo militar, gobernador de Nuevo León? (En un discurso en Monterrey, el 11 de julio, dijiste: «La nación debería entender que el general Reyes resultaría más despótico de lo que ha sido Díaz», sólo para que al triunfo de la revolución le ofrecieras el ministerio de Guerra y Marina, que rechazó para contender — contra ti sí— como candidato a la presidencia.) Pero Reyes vaciló peligrosamente ante el abismo y, como sucede por lo general con el vértigo, prefirió echar marcha atrás: a fines de julio anunció que, como sostenedor de Díaz, transfería su candidatura a Corral, y urgía a sus amigos a hacer lo mismo. Poco después, declaró en Nueva York: «Sé que el pueblo mexicano está ansioso de que el general Díaz sirva otra vez como presidente y será electo sin disputa». En tales circunstancias, si bien diversos grupos menores de oposición funcionaban en todo el país, Díaz y sus allegados no veían en el camino ninguna sombra de importancia que pudiera preocuparles. A los antirreeleccionistas, los contemplaban con tolerancia y hasta con humor; su propaganda, aunque ruidosa a irritante, resultaba inofensiva. Incluso parangonaban al loco de Madero con el loco de Nicolás Zúñiga y Miranda, el eterno y grotesco opositor de Díaz, que hacía manifestaciones en la Alameda con carteles en contra de la reelección, vestido ostentosamente con levita cruzada, chistera, condecoraciones de latón y un ancho listón tricolor sobre el pecho. Los transeúntes le regalaban simuladas caravanas entre carcajadas y vítores. Resultaba difícil que reconocieran que no sólo tú, sino todos ellos, todos los que gesticulaban y se debatían por el poder, eran Zúñiga y Mirandas en potencia; mejor dicho, nuestra imagen en el espejo (convexo), la de todos nosotros, hacía los mismos guiños e iba vestida como Zúñiga y Miranda.

En mayo de 1909 se fundó el Centro Antirreeleccionista de México: Emilio Vázquez Gómez, presidente, y Toribio Esquivel Obregón y tú vicepresidentes. Los secretarios eran: Filomeno Mata, José Vasconcelos, Félix Palavicini y Paulino Martínez. Los firmantes se declaraban reunidos para luchar por los principios democráticos del sufragio efectivo y la no reelección, para lograr una “gradual realización” de esos principios y para emprender una campaña de propaganda que ilustrara al pueblo sobre sus derechos políticos. El *Diario del Hogar*, dirigido por Filomeno Mata, y *La Voz de Juárez*, de Paulino Martínez, los apoyaban, pero su carácter comercial resultaba, de alguna manera, limitante. En consecuencia, a comienzos de junio empezó a publicarse el semanario *El Antirreeleccionista*, dirigido por Vasconcelos. El entusiasmo (que significa tener a los dioses dentro) te arrastraba más allá de ti mismo, de «nuestros intereses mezquinos», de la verdadera muerte: la «criminal indiferencia». Vendiste buena parte de tus bienes «sin una gota de dolor o preocupación» para financiar la campaña y el periódico, al que considerabas «un formidable ariete demoledor contra nuestros enemigos. Si ganamos, seguirá siendo como una voz de advertencia para recordarnos nuestros deberes como pueblo».

—Usted debería saber —le dijiste a tu padre por esos días— que entre los espíritus hay algunos que se preocupan por el progreso de la humanidad. De ahí que la libertad sea el medio más poderoso para que un pueblo pueda progresar, porque sólo la verdadera libertad nos permite entrar en contacto con ellos. México está amenazado por un peligro inmenso, pues si dejamos las cosas como van, el poder absoluto se perpetuará y moriremos espiritualmente. Yo debo representar un papel de importancia en esa lucha, pues he sido elegido por la providencia...

Esa fe transformó tu figura, nimbándola. No hubo más el frágil o el pequeño Madero. Y tu voz, a pesar de que era una voz delgada, a veces hasta tipluda, «decía tantas verdades» —según consignó Manuel Bonilla— que obligaba a quienes te escuchaban a creerte, y a seguirte por el camino que les señalaras, pues «era evidente que encarnabas al verdadero apóstol» que traía la buena nueva: la de la libertad. Sin grandes dotes oratorias, supiste, sin

embargo, encontrar las palabras, los giros y los matices expresivos que más convenían a tus propósitos, haciendo accesible tu mensaje a las grandes masas que te seguían y sin mengua de la emoción intensa que lo impulsaba. Y a pesar de la coacción del gobierno, de transportes inadecuados y de falta de medios de difusión, ese mensaje llegó más allá de lo que ningún otro en nuestra historia. Porque, además, el contacto era directo, los «tocabas» con tu palabra, y así la difundían.

Tu convicción en la democracia era tan firme y absoluta, que ahí, desde el inicio, en el Centro Antirreeleccionista, apoyaste a hombres que no eran de tu agrado o de tu confianza, pero que habían sido nombrados en una convención presumiblemente democrática. Sólo la mayor parte tenía la razón: era la ley. Suponías un extraño instinto en las mayorías para realizar la mejor elección posible. Y es que en ellas sucede el milagro: se disuelve el yo (para bien y para mal, aunque la fe en la providencia te decía que a la larga, de una u otra manera, siempre sería para bien). Como buen lector de filosofía hindú, sabías que las dos únicas prisiones posibles del ser humano son el yo y el tiempo. El problema es que la llave que las abre es la misma que las creó: la imaginación. Por eso sólo la fe nos hará libres: estamos todos, desde siempre, en donde sin saberlo deberíamos haber estado, más allá del yo, más allá del tiempo. «Enséñales de las cosas de su alma», te dictó el espíritu de Raúl. ¿Cómo entender, sin ese contexto, las palabras que pronunciaste a principios de mayo en Orizaba ante 20 mil obreros?

—Es bueno que en este momento, que en esta reunión tan numerosa y netamente democrática, demostréis al mundo entero que vosotros no queréis pan, queréis únicamente libertad, porque la libertad os servirá para conquistar el pan.

Te debatías entre dos preceptos antagónicos: promover e instituir prácticas democráticas y mantener la paz a toda costa (prevenías a todos, una y otra vez, contra la violencia que, decías, sólo traería más violencia y nos colocaría en una posición de lo más vulnerable ante los Estados Unidos). Además, dudabas de aceptar la candidatura que te ofrecía tu partido. El 21 de enero de 1910, Abraham González informó que el Club Antirreeleccionista Benito Juárez, de Chihuahua, se había manifestado abrumadoramente por ti como candidato a la presidencia; los antirreeleccionistas de Puebla dieron muestras de una actitud similar y muy pronto fueron secundados por los clubes restantes. ¿Pero quién más podía haber sido el candidato de un partido que tú mismo fundaste y que apoyabas económicamente? Nadie más había dado las pruebas de valor, de constancia y de liderazgo que tú diste para realizar una

campaña a pesar de las presiones crecientes del gobierno. En los intensos meses transcurridos desde que abandonaras la capital en tu primera gira de propaganda, habías visitado 15 estados y pronunciado cientos de discursos con una vehemencia creciente. Aun en los pueblos pequeños lograbas reunir a un grupo de personas que escuchaban asombradas tus arengas sobre la libertad, la justicia y el voto democrático. Ya no había regreso. ¿Ya no había regreso, hermano? Quizá fue ahí donde debiste detenerte. ¿Todavía era posible? No aceptar la candidatura, huir ante el resplandor del oro en la hierba, continuar con tus trabajos democráticos desde la sombra, desde esa sombra que era, por cierto, el único sitio desde donde podías comunicarte con los espíritus.

¿Por qué elegiste a Roque Estrada como compañero de aquella campaña política a lo largo del país? Llegó huyendo de Guadalajara, en donde el gobernador Miguel Ahumada lo desterró del estado por haber fundado y dirigido el periódico *Aurora Social*, de abierta crítica al gobierno; colaboró contigo en la creación del Centro Antirreeleccionista; escribió en el periódico del partido; era *casi* tan brillante como tú en las arengas de la campaña (según dijo también Manuel Bonilla); los apresaron juntos en Monterrey (él ya había logrado huir, pero se entregó por solidaridad); te ayudó a escribir el Plan de San Luis y, mira, después de tu muerte su respuesta será categórica —como siempre lo fue— y Huerta lo apresará y lo confinará en la prisión militar de Santiago Tlatelolco por haberse levantado en armas en Zacatecas. ¿Pero qué sucedió con Roque Estrada, hermano, a partir de que triunfó la causa y asumiste el poder? Sabías que contabas con él incondicionalmente —Sarita dirá años después en una entrevista periodística que fue de los pocos amigos a los que confiabas tus «mayores preocupaciones»— y sin embargo nunca le volviste a ofrecer un trabajo digno de su primera colaboración con la causa y terminó él mismo por alejarse. (¿No te quejabas tú de que te faltaban «hombres íntegros» en el gabinete; no al final ibas a cambiar a los «medias tintas», que eran la mayoría, por cierto?) De su participación en los tratados de Ciudad Juárez escribió: «Fue profunda la herida que causó en mi quizás exagerada susceptibilidad, orgullo o soberbia, la designación que se hiciera de mi persona como suplente de aquella comisión; y el hecho mismo de que se me diera algo, cualquier cosa, me hizo pensar que era resultado de las bondadosas gestiones de Sánchez Azcona». Y también: «Sánchez Azcona me hizo repetidas veces el honor de manifestarme una sincera extrañeza por la conducta que el señor Madero observara para conmigo, notada incluso por otros compañeros». ¿Por qué? ¿Por qué de veras llegaste a confiarle tus mayores preocupaciones? Durante la campaña fue tu más cercano colaborador y era tal su comunión que podían pronunciar un discurso después del otro, conservando un hilo conductor y manteniendo la expectación de los oyentes, como en junio de 1910 en Saltillo. A su llegada a la estación del ferrocarril los recibieron y los aclamaron unas seis mil personas, que terminaron por

instalarse expectantes afuera del hotel Coahuila, en donde ustedes se hospedaban. Empezaban a pronunciar los discursos desde la terraza —fue una de sus más inspiradas intervenciones— cuando llegó la policía a dispersar a la multitud a garrotazos. La mecha de la violencia había prendido, pero tus gritos lograron aplacar —como a un mar embravecido— la acción de la policía. Roque Estrada dirá que lo sucedido le demostró, por primera vez, tus «otros» poderes. «Pensé que con su mirada y sus palabras tan sugestivas el señor Madero algo manifestaba de poderes sobrenaturales». Y no sólo detuviste la acción de la policía, sino que a partir del momento en que el inspector se entregó a tus palabras —«¡A usted, le hablo a usted, hijo de la patria y responsable de su destino como todos los aquí reunidos!»—, retomaste el hilo del discurso que habías empezado y hablaste tanto que tu voz se consumió y tuviste que pedirle a Roque Estrada que continuara él. Y como también a Roque Estrada lo habías fascinado, continuó en el mismo tono y al final hubo lágrimas y aplausos ensordecedores de todos, incluidos los policías y su jefe —ya sin remedio irredentos maderistas.

En Monterrey intentaron repetir el acto, pero se encontraron con policías menos susceptibles al encantamiento. Sabías que iban a impedirles hablar desde la terraza del hotel o desde alguno de los balcones de la casa de tu padre —ya con un cerco policiaco— y, al descubrir la multitud que había ido a recibirlos, lo hiciste desde la plataforma misma del *pullman*: ¿Iban a conformarse con la vida miserable que llevaban, trabajando de sol a sol para ganar pobres 37 centavos diarios que no les alcanzaban para darles de comer a sus hijos, mucho menos para vestirlos y educarlos, mientras sus patrones acumulaban crecientes riquezas y los funcionarios públicos, que algo podrían hacer para impedirlo, permanecían siempre los mismos, corruptibles, elegidos arbitrariamente desde la cúpula, más por intereses personales o económicos que sociales...? Y en sus manos está, sí, en las de todos ustedes, poner alto a una situación denigrante, inhumana, ejerciendo sus derechos ciudadanos en las próximas elecciones, cuidando todos y cada uno que se respetara su voto, el arma más poderosa con que podían luchar en aquellos momentos... —los aplausos y el ondear de sombreros de palma en lo alto te interrumpían a cada momento—. Al triunfo de nuestra causa, óiganlo bien, no habrá ningún peón que gane menos de un peso diario —promesa que exaltó particularmente a los obreros de la fundidora, que habían empezado a manifestar abiertamente su descontento a patrones inmutables, endurecidos hasta la sordera y el desprecio.

El sitio era incómodo para escucharte por lo estrecho y por la multitud ahí reunida, pero aunque no lo escucharan con claridad, se pasaban el mensaje unos a otros, y los que habían trepado a las bancas o las barandillas del andén lo difundían a gritos.

—¿Qué dice? ¿Qué dice?

—Que al triunfo de la causa no habrá peón que gane menos de un peso diario.

—¡Bravo! ¡Viva Madero!

Y aún acompañó más gente, en mayor grado de exaltación —algunas mujeres del pueblo hasta la mano querían besarte—, el auto que te llevó de la estación a la casa de tu padre. Intentaron romper el cerco que la policía formó frente a la casa, y fueron reprimidos con brutalidad, golpeando incluso a las mujeres y a los niños. Fuiste hasta el inspector de policía y lo recriminaste acremente, agitándole una mano frente a la cara.

—Es usted indigno del puesto que ocupa.

El tipo, alto, de bigotes arriscados, no estaba para sermones y te rechazó con un movimiento brusco.

—Usted es el único culpable de todo esto —te dijo—. Si no desaparece dentro de la casa en este mismo instante, considérese detenido.

Sabías —¿de la misma forma en que supiste después las consecuencias de cada paso que dabas?— que parte importante de la lucha sería la pérdida temporal de tu libertad, y enfrentar la posibilidad en ese instante te embriagó aún más. (El 16 de abril de ese mismo año, dos meses antes, le escribiste a Pino Suárez: «Todo indica que pronto perderé mi libertad».)

—No me va a asustar con la prisión. Aquí el único cobarde es usted, golpeando a los indefensos.

Sus labios temblaron y su mirada encendida te envolvió al tiempo que te tomaba de las solapas del saco, estrujándote y escupiendo unas palabras incoherentes.

—¿Quién se cree usted, eh? Mire, he de verlo un día de éstos en la cárcel... Entonces... Enano maldito.

Roque Estrada se interpuso y no sólo te quitó de encima al policía, sino que fuera de sí, furibundo, le lanzó un par de golpes al pecho y al rostro que lo hicieron perder el equilibrio y caer al pavimento, en donde permaneció un momento, ovillado y con sangre en los labios, mientras ustedes se alejaban y entraban en la casa.

Salieron a uno de los balcones y continuaron avivando la llama de la exaltación ciudadana con palabras que, por la gritería imperante, debían de ser

claras y certeras, y que, parecía, lograban más que la fuerza represora.

—Venceremos porque tenemos la razón, porque el pueblo ha despertado y no lograrán acallarlo más.

Viste al inspector de policía acercarse al jefe de un regimiento que se había mantenido a cierta distancia de la multitud. Algo hablaron y un instante después el regimiento cargó intempestivamente sobre la gente, golpeándola con saña innecesaria aun cuando empezó a dispersarse.

—¡Cobardes! ¡Asesinos! ¡La patria se los demandará! —gritabas inútilmente, inclinándote sobre el balcón como sobre un abismo. ¿La visión de aquella multitud dispersada brutalmente empezaba a resolver la dicotomía: instituir prácticas democráticas pero a la vez mantener la paz a toda costa? ¿Creías aún que la opinión pública le impondría al general Díaz el cumplimiento absoluto de la ley en las muy próximas elecciones presidenciales? Porque la opinión pública eran esas mismas gentes que corrían desaforadas por la calle o caían al suelo emitiendo quejidos guturales y con las manos en alto para protegerse de un garrote que continuaría y continuaría golpeando.

Pero no sólo había las represiones de fuera: ese mismo día, durante la cena, Gustavo te comentó cuánto había empeorado la salud de tu abuelo por las noticias que de ti recibía.

—El pobre no puede ni moverse, pero insistía en ir a la capital a manifestarle personalmente su solidaridad a don Porfirio, nomás imagínate. Su solidaridad a don Porfirio y, por supuesto, su repudio a tus acciones, que califica de «locuras indignas de un Madero». Papá me habló por teléfono y me lo contó: abuelo Evaristo ya se había vestido, él solo, no hubo forma de impedirlo, y pidió que le prepararan el auto. Papá dice que nunca lo había visto así: hablaba solo y las manos le temblaban. Hubo necesidad de llamar al médico y obligarlo a conformarse con mandar al tío Salvador en su representación, con una carta que debería entregarle personalmente a don Porfirio.

—¿Qué dice esa carta?

—Supongo que algo parecido a la que mandó hace unos días a *La Opinión*: «Yo y todos mis hijos, incluso el padre de mi nieto Francisco, nos hemos opuesto siempre a la gira política que él ha emprendido», etcétera —dijo Gustavo mostrándote las manos abiertas.

—¿Y cuál fue ahora el motivo para mandarle esa carta a don Porfirio? —preguntaste con un sabor amargo en la boca, a pesar del cereal dulce que tomabas.

—Imagino que nada nuevo y todo. No sé quién le cuenta las cosas, pero lo mantienen enterado hasta de las palabras que dices en la campaña. Igual que le contaron lo de la intervención del gobierno al Banco de Nuevo León, la carta de los banqueros acusándolo de financiar tu revuelta —quizá, lo que más coraje le dio— y, por supuesto, lo del guayule.

Dejaste la cuchara sobre el plato y echaste la cabeza hacia atrás, apoyándola en el alto respaldo de la silla. Otra vez estaba ahí, invisible y tangible a la vez, ¿quién?, en forma de malestar en el pecho, en el estómago, en el hígado, ¿en dónde? Pensaste que podía encerrarte en una fría prisión o golpearte o hasta mandarte al paredón y aun así el daño no podría compararse con el que provocaba el relato de Gustavo. ¿Tendría la misma procedencia —

la impugnación de tu abuelo— el mal hepático que acababa de tumbarte un mes en cama?

—Lo del guayule quedó aclarado. La corte de Parras decidió en mi favor la demanda civil —dijiste.

Qué lío había armado tu familia con lo del guayule, planta que producía una especie de caucho que le significaba a tu padre 200 mil pesos mensuales. Con el apoyo del candidato a la vicepresidencia, Ramón Corral, la hacienda colindante puso una demanda, injusta a todas luces, acusándolos de invadir parte de su terreno, en el que se encontraba, precisamente, la valiosa planta. Hubo hasta orden de aprehensión contra ti, que habías escriturado la propiedad. Tu padre habló con el gobernador, quien le confesó que Corral había ordenado llevar adelante el proceso y condicionaba su solución al «abandono total de toda actividad política del joven Francisco I. Madero». El gobierno presionaba a tu familia y tu familia te presionaba a ti. El 29 de noviembre de 1909 tu padre te escribió una lastimera carta en la que hablaba del guayule, de la enfermedad de tu madre —una peligrosa recaída— y de que sólo la intervención de Limantour —a quien tendrían que pedirle el favor, «suplicarle», ante el disgusto creciente de tu abuelo— podría salvar el negocio y evitar que te encarcelaran. Y en efecto, tu padre fue a «suplicarle» a Limantour y te libraste de la prisión, pero no lograron salvar el negocio y tu abuelo te escribió —era inevitable— acusándote de afectar los intereses económicos de los Madero, muy especialmente los de tu padre, con «tus locuras», además de contribuir a la enfermedad de tu madre por el grado de angustia en que la mantenías.

Gustavo chasqueó la lengua y continuó:

—Le contaron —¿quién le cuenta todo?— que vendí la imprenta para ayudar a tu campaña y dijo que por lo visto no sólo tú, sino todos los Madero, nos estábamos volviendo locos.

Sólo hasta abril del año siguiente, cuando el edificio de la dictadura se bambolea y el general Díaz tome medidas desesperadas —remendar su longevo gabinete—, tu abuelo reconsiderará su opinión sobre tu supuesta locura.

—¡Bravo, éste es un triunfo de mi nieto Panchito! —gritará al leer en el periódico las declaraciones emergentes del presidente Díaz el primero de abril.

Cuando te lo contaron, lloraste de la emoción —como que fue mucho más difícil y doloroso derrotar a tu abuelo que al dictador—, pero el gusto te durará apenas cinco días, porque don Evaristo morirá el 6 de ese mismo abril.

En el cristal amarillo, azogado, de una lámpara en forma de garrafón se refractaban, distorsionadas, tu figura y la de tu hermano —como si las miraras en un espejo convexo— sentados a la gran mesa de nogal y con el severo aparador atrás, empequeñecido todo en un túnel de luz. ¿Pensaste que esa imagen podía ser más verdadera, más real, que la otra, la del mundo de afuera?

A la mañana siguiente, muy temprano, llegó el inspector de policía a detener a Roque Estrada. Mientras discutía con Gustavo y le mostraba la orden de arresto, alcanzaste a avisarle a Estrada, mostrándole el camino de la azotea por el que podía escapar, saltando sobre las tapias y descolgándose al jardín.

—Tengo la orden para el cateo de la casa —informaba el inspector de policía, blandiendo en alto el papel, cuando bajaste a preguntar qué sucedía.

—Le repito que aquí no vive el señor Roque Estrada —argumentó Gustavo.

—Aquí entró ayer. La casa ha estado vigilada toda la noche y no ha salido nadie.

—Pasen ustedes —dijiste.

El policía, con el labio hinchado, te miró con un odio que te hizo estremecer. «Si pudiera, él mismo me colocaba en el paredón, daba la orden de preparar armas y apuntar y luego él mismo disparaba», pensaste. ¿O te golpearía antes como el día anterior lo golpeó a él Roque Estrada? Imagínalo. Con más saña por supuesto. Con el mismo garrote con que golpeaba a las personas reunidas frente a la casa, aun cuando empezaban a dispersarse, alcanzándolas y derribándolas, porque así es más fácil golpear: en los riñones, en el cuello, en la cabeza —lo que produce un chasquido como de vidrios rotos. ¿Ya no tenía remedio y te habías hecho a la idea de asumir la violencia, de responder a ella con más violencia, derrumbando así, de golpe, la hasta entonces sólida construcción de tus ideales pacifistas y místicos? «Hay principios que se vuelven una luz en la evolución del hombre, en su lucha contra la oscuridad, como aquel cristiano de no responder a la violencia», le escribiste a Juan Farías cinco años antes. Y todavía en 1907 el espíritu de José te aconsejaba: «Procura abstraerte completamente del mundo externo y encerrarte dentro de ti mismo en el mundo interno en donde reina perfecta calma y un silencio profundo a la vez que majestuoso». El estruendo de las armas y la algarabía de tu alrededor te sacarán, definitivamente, de ese mundo interno.

Comprobaron que Roque Estrada no se encontraba en la casa y el inspector de policía te tomó del brazo con una mano que era como una garra.

—Tengo orden de detenerlo, señor Madero, por proteger a un fugitivo —dijo, con sus ojos iluminados por un odio que se disolvía en la burla.

Cuando se cerraron las puertas de la Penitenciaría tras de ti, confesaste después, te sentiste «altamente satisfecho», pues se realizó el deseo más ardiente que te animaba: atraer sobre ti el enojo del gobierno porque, para entonces, «mi objetivo no era ya un triunfo en los comicios sino preparar intensa y apresuradamente la revolución».

Roque Estrada se entregó al día siguiente y reclamó tu libertad, ya que la orden de aprehensión había sido dirigida contra él, pero la respuesta de las autoridades fue detenerlos a los dos. A fines de junio los trasladaron a la prisión de San Luis Potosí, por haberse pronunciado en esa ciudad los discursos sediciosos de que se les acusaba. Tu esposa Sarita fue tras de ustedes, temerosa de que les aplicaran la ley fuga como acababan de hacerlo con Gabriel Leyva, líder antirreeleccionista sinaloense. El 19 de julio consiguieron la libertad condicional —de nuevo, gracias a la intervención de Limantour—, con la ciudad por prisión.

Ahí concibieron un programa que sirviera como bandera ideológica de la revolución. Establecía nulas las elecciones celebradas y no se reconocía legalidad a los funcionarios en ejercicio; el derecho de asociación de los obreros (brutalmente atropellados por Díaz en las huelgas recientes de Orizaba y de Puebla); la restitución de tierras a quienes habían sido despojados de ellas y tu asunción como presidente provisional, con la facultad de declarar la guerra al gobierno de Díaz, pero a condición de que, apenas las fuerzas revolucionarias ocuparan la capital, se convocaría a nuevas elecciones. En su último párrafo, era una promulgación de fe del *otro* Madero: «Conciudadanos, no vaciléis, pues, un momento: tomad las armas, arrojad del poder a los usurpadores, recobrad vuestros derechos de hombres libres y recordad que nuestros antepasados nos legaron una herencia de gloria». Y: «El día 20 de noviembre, desde las seis de la tarde en adelante, todos los ciudadanos tomarán las armas para arrojar del poder a las autoridades que actualmente gobiernan», lo que propició la tragedia de la familia Serdán al dar santo y seña de la conspiración, pues implicaba poner al ejército y a la policía en estado de alerta. Por eso, ¿qué dictado, qué volición soterrada te (nos) impulsó a sacrificar a un hombre como Aquiles Serdán, tan sensible al dolor, pero tan vehemente y entregado a lo mágico como tú, con quien además compartías la pasión por el espiritismo? ¿Será posible alcanzar

el centro mismo de tu sueño de aquel entonces —el del *otro* Madero, el que implicaba sin remedio desatar las amarras de la furia y de la sangre contenida —, algo tan huidizo como el centro del ópalo o de la gota de agua? Porque tu aparente «ingenuidad» política —ingenuidad fulgurante— lo intuía todo. De ahí que resulten tan reveladoras tus palabras al enterarte de la tragedia de Aquiles Serdán: «Nos enseñó cómo morir». Sabías que tu propia muerte, tan próxima, respondía, en la misma forma que la de él, al dictado de una proclama superior, también con santo y seña de los pormenores del sacrificio.

¿De quién era el verdadero plan, hermano?

Mira, frente al espejo cruzan (cruzamos) todos de nuevo, haciendo gestos y muecas que tan parecidos los (nos) vuelven a Zúñiga y Miranda. Pero concéntrate un momento en las escenas de atrás, del fondo del espejo. Si a partir de la caída de don Porfirio todos cuantos luchaban por el poder parecían haberse desquiciado, antes —mediados y fines de 1910— predominarán la torpeza y la candidez, inspiradas quizás en la chochez misma de don Porfirio. ¿No fue torpe —y cándido— tu arresto con libertad condicional en San Luis? Y aún más tu fuga: dabas paseos por las afueras de la ciudad ante los supuestos ojos que te vigilaban y a pesar de ellos te acercabas más y más a la estación del ferrocarril, hasta que de pronto no regresaste a la ciudad y reapareciste al día siguiente, como en una película cómica de la época, disfrazado de mecánico, con pañuelo rojo al cuello para medio ocultar la barba y sombrero de palma con el ala muy baja. Un empleado de la estación te escondió en un tren de carga y, ya en la frontera, el 7 de octubre cruzaste el puente internacional de Laredo.

Roque Estrada escribirá: «Nos despedimos, y en esa despedida sentí yo mismo, tan seco por naturaleza o artificio, palpitar nuestro mutuo afecto; en mí, un afecto grande y firme para el hasta entonces inmejorable amigo».

Hasta entonces. Porque después todo sería distinto. Volviste a ver a Roque Estrada en San Antonio, Texas, luego de que fracasaste en el asalto a un pueblo fronterizo llamado, simbólicamente, Porfirio Díaz. Por las noches, dices, apenas si dormías. ¿Te embriagaba el mundo de la violencia al que ibas a adentrarte, tanto como en tu juventud, en París, te embriagabas con alcohol, con la sensación de no ser tú, de ser *otro*? Esperabas encontrar en la frontera a tu tío Catarino Benavides con 400 hombres armados, pero llegó con 10: cuatro con carabinas, dos sólo con pistolas y, lo que es peor, todos sin municiones. El mundo violento y trágico que esperabas, giraba en sentido contrario y se volvía grotesco. Y grotescas eran las declaraciones que mientras tanto tu padre hacía al *San Antonio Light and Gazette*, ese mismo 20 de noviembre de 1910:

—Cuando mi hijo partió, me dijo que cambiaría al gobierno de México o moriría en el intento.

Y grotesco era que tu madre estuviera presente en la entrevista, llorando, protegiéndose los ojos con un pañuelito de encaje.

—Veintiséis senadores mexicanos, óigalo usted bien —continuó tu padre — esperan que mi hijo cruce la frontera.

—Usted, como padre del líder —preguntó el reportero—, ¿no teme que aborte la revuelta? Quiero decirle que el secretario de Relaciones Exteriores de su país, Enrique Creel, mandó una nota a los periódicos asegurando que había paz y orden en todo el país.

—¿Qué puede decir el secretario de Relaciones Exteriores, señor? Lo que yo puedo asegurarle es que a mi hijo lo apoyan las firmas y los ciudadanos más importantes y ricos de mi país. Y le aclaro que no se trata de una revuelta, sino de una verdadera revolución en la que están tomando parte activa los más altos intereses económicos nacionales.

Esa misma mañana, tú te encontrabas escondido en un rancho llamado El Indio, sin comida, sin las armas y las municiones que debieron haber llegado a Eagle Pass (y en las que gastaste buena parte de tus ahorros), con un puñado de hombres con armas descargadas, y con tu tío Catarino Benavides que te hablaba de libros espiritistas para levantarte el ánimo. Pero ya no eras sólo del «mundo ideal», pleno de paz y de resignación, que tanto te recreó el espíritu de Raúl, y te frustraba y deprimía lo sucedido; y más aún cuando regresaste a San Antonio y tus padres reafirmaron esa actitud con su angustia y te suplicaron que huyeras a Europa.

Fue entonces cuando llegó Roque Estrada y tuviste con él una plática que cambió tu ánimo.

—La revolución ha fracasado —le dijiste—. El pueblo acepta resignado y servilmente el gobierno de Díaz y no hay esperanzas de que responda a nuestro llamado.

Estrada insistió en que hablaran solos y fueron a sentarse a la mesa del comedor. En la sala permanecían, cabizbajos, tus padres, tú tío Alfonso, tu hermano Raúl (al que llamaron así en recuerdo del «otro» Raúl), tus hermanas Mercedes y Ángela, y tu esposa.

—Me siento muy mal porque, por mi culpa, hay muchos que sufren en las cárceles —continuaste—. Y la situación ya no tiene remedio. Por eso antes de exiliarme a Europa, como sugiere mi familia, lanzaré un manifiesto reconociendo el gobierno del general Díaz, ya que el pueblo mismo lo reconoce, y le suplicaré que perdone a mis partidarios. Así, usted también podrá regresar pronto a la patria.

—Por mí no se preocupe, señor Madero.

—Me preocupo por todos.

—Pues si se preocupa por todos, permítame decirle que la revolución no ha fracasado, no ha fracasado.

La mirada pertinaz de Estrada, más que sus palabras, te hizo estremecer. Tantos años de rígida disciplina —física y mental— para aprender a controlar tus nervios, y de pronto, ante un nuevo enfoque del mundo, se desataban con el detalle más nimio. Una araña de vidrio cortado iluminaba los muebles patinados, la tela cuarteada de un bodegón, el frutero vacío de cobre, como un sol, en el centro de la mesa; era, notoriamente, una casa a la que la gente llegaba de paso unos cuantos días, sin tiempo para imprimirle la huella indisoluble de su calor y de sus emociones. Roque Estrada tenía el sombrero de fieltro marrón sobre las piernas y, también nervioso, le daba vueltas acariciándole la banda de seda.

—Me encanta su optimismo, licenciado —respondiste—. Yo también me jacto de ser optimista, pero hay ocasiones en que las circunstancias nos rebasan y nos exigen humildad para reconocer un fracaso. Yo, en este momento, reconozco ese fracaso y sólo le puedo decir que estoy dispuesto a esperar una nueva señal de la providencia sobre las acciones a seguir.

—Espere cuanto tenga que esperar, pero no se marche a Europa. Permítame ahora ser yo quien le dé un consejo, a cambio de los que me ha brindado. La chispa de la revolución está prendida en Chihuahua y no tardará en incendiar a todo el país.

¿Retornaba ese vértigo fascinante, que recién descubriste, con las palabras de Estrada? Sin embargo, insistías:

—No hay remedio. Además, carezco de recursos: ya vio usted lo que he gastado en la campaña. Perdóneme.

—Señor Madero, no soy yo quien tiene que perdonarlo —dijo Estrada poniéndose de pie, haciendo rodar el sombrero al suelo—. Es el pueblo de México en último caso quien tendría que perdonarlo. Lo admiro más de lo que he admirado a nadie, pero me decepciona ese aire de escepticismo que lo invade y que, discúlpeme si me atrevo a confesarlo, le ha contagiado su familia... Las revoluciones hay que empezarlas dentro de la familia, señor Madero.

A pesar de la ambivalencia que crearon, aquellas palabras debieron también de iluminar una zona hasta entonces oscura. Nadie, nunca, te dirá otra verdad tan certera. ¿No pensaste que Roque Estrada podía ser el enviado de la providencia que esperabas? Porque lo que sí logró fue hacerte

comprender que, una vez en la caída, no había regreso posible. Sin embargo, respondiste fríamente y no, por cierto, con la verdad:

—Mi familia hará cualquier cosa por ayudarme y, en último caso, puede usted tener la seguridad de que cumpliré con mi deber aun por encima de ella, a toda costa.

¿Fue esa frase —«las revoluciones hay que empezarlas dentro de la familia, señor Madero»— la que te alejó de Roque Estrada? Porque, al fin de cuentas, ésa fue la revolución que no hiciste, la que en verdad requerían tú y tu país para liberarse; la que requerimos todos nosotros, hermano, para ascender a más altas regiones dentro de este laberinto de la muerte.

Estrada recogió el sombrero del suelo y volvió a sentarse. Debió de sentirse profundamente perturbado ante la frialdad de tu actitud. Incluso, al contarlo, explicará: «No fue la intención de mis palabras la de crear dificultades por obtener el consentimiento de la paterna autoridad, sino algo más profundo y trascendente». Y enseguida dice: «En efecto, muchas veces medité que la familia Madero, una de las más acaudaladas de la república, no podía ser revolucionaria. Las principales industrias y empresas en nuestro país se encontraban en poder del *cientificismo*, en manos de aquellos a quienes combatíamos como factores de nuestro estado económico, social y político; y en ese concurso agrícola, industrial y financiero jugaban los intereses de aquella misma acaudalada familia, regidos todos por leyes económicas y tendencias comunes».

Por lo pronto, a ti la claridad de sus palabras debió de haberte ayudado a salir del letargo, porque pocos días después dijiste: «Aquiles Serdán nos enseñó a morir» y marchaste a Nueva Orleáns a resguardarte de posibles persecuciones tanto de las autoridades mexicanas como norteamericanas y, sobre todo, por presiones de los «consejeros de la familia». Fue ahí donde, una tarde, paseando por Saint Charles Street, le revelaste a tu hermano Raúl el gabinete que conformarías apenas tomaras el poder, lo que sería muy pronto. Ya sin dudas, seguro además de que todo destino que se asume es el mejor posible, porque también esperabas «después perder la vida, no importaba cómo». Así como tampoco había dudas en la carta que le enviaste a Sarita el 2 de diciembre: «Nosotros estamos confiados en el resultado final de la lucha y sobre todo tenemos la seguridad de que los acontecimientos siguen el curso que les ha trazado la providencia». O en la que le enviaste a tu padre, por el mismo rumbo: «Esta tranquilidad me viene de la certidumbre de que los acontecimientos siguen desarrollándose según los designios de la providencia».

¿Cuánto influyó Roque Estrada en ese cambio de actitud? ¿Y por qué después dejaste de buscarlo y hasta te mostraste injusto con él?

Mira, Roque Estrada será otro de los que sientan tu ausencia como una «pérdida irreparable, dolorosísima», no sólo en lo político sino, sobre todo, en lo personal: «Su luz nos iluminó a todos el camino individual». Después de tu muerte, al igual que Ángeles o Villa, deambulará un tanto a la deriva, buscándote por extraños vericuetos como su levantamiento intempestivo en Zacatecas contra Huerta (¿intentando alcanzarte a la brevedad en la muerte, como Ángeles?) o el espiritismo, del que lo contagiaste sin remedio: «Me dijo poco de eso, pero supe que decía la verdad». Y tanto te buscará que, mira, en febrero de 1920 conseguirá volver a verte, «lo que tanto anhelaba»:

«Llegué a casa a las 11, tomé un vaso de leche algo caliente, y un pan dulce. Me acosté como 15 minutos después. Pronto me dormí. Al cabo de una hora aproximadamente desperté con un acceso de tos y una gran molestia por la difícil digestión. Como a los 30 minutos cesó la tos, pero aumentó la molestia estomacal. El sueño me abandonó por completo; sentí la fuerte irritación propia del insomnio, la desesperación de no poder descansar. Sin percibir transición alguna, de pronto noté, como por milagro, completamente tranquilo mi cuerpo. Entonces vi al señor Francisco I. Madero sentado a los pies de la cama, con *jacquet* negro, los brazos sueltos, la mirada tan baja que parecía con los ojos cerrados y completamente inmóvil. Sentí una gran fuerza de afecto, que me empujaba hacia el señor Madero como nunca la he sentido por nadie en intensidad y calidad; me postré ante él, con mi frente sobre su pecho y mis manos sobre la parte de su busto a la altura de mis carrillos. Con mi frente y mis manos percibí su contacto material, pues tuve la sensación clara del casimir de su *jacquet*, áspero y con pelo. Madero persistía en su inmovilidad. En tal actitud recorrió todo mi cuerpo un fuerte calosfrío. Recordé que un amigo teósofo me había dicho en alguna ocasión que el cuerpo *astral* se manifestaba con una impresión fría, y me dio gusto porque pensé que aquella era quizás una manifestación de ultratumba; pero inmediatamente ese gusto se trocó en miedo, y todo desapareció. Con fortísimo sobresalto tuve plena conciencia de mí mismo; pero no pude abrir los ojos ni la boca ni mover un solo músculo, no obstante mis esfuerzos desesperados. Sentí sobre todo mi cuerpo como un viento fuerte y vibrante.

Con esfuerzo más desesperado pugué por incorporarme, sin poder modificar en nada mi inmóvil situación. Por segunda vez sentí ese viento, e hice un nuevo y casi pavoroso esfuerzo por incorporarme, correspondido con una nueva muestra de impotencia. Sucedió una tercera impresión de dicho viento; hice un esfuerzo más por incorporarme, y ahora lo conseguí fácilmente. Ansioso abrí mis ojos y mi boca. Y fue curioso que lo que llegó hasta el espanto se trocó en una rara y suave sensación de gusto.»

Roque Estrada tenía razón: la chispa prendió en Chihuahua y en febrero de ese 1911 regresaste a territorio mexicano para acaudillar personalmente un ataque a Casas Grandes. Sin haber sido soldado nunca —y con un profundo rechazo a cualquier forma de violencia— emprendías una acción militar que parecía culminación, cuatro años después, de aquel dictado del espíritu de José: «Póstrate ante tu dios para que te arme caballero, para que te cubra con sus divinas emanaciones contra los dardos envenenados de tus enemigos». En la letra redonda y apretada se manifestaba no sólo el espíritu visitante sino, aún más perturbado, el *otro* Madero, que desde tu retiro ascético, desde el estrecho tapanco de la hacienda, concebía la gran acción redentora, la acción fascinante que te (nos) sacaba al mundo lanza en ristre: «Eres el último de los soldados, pero soldado de la libertad y el progreso, de los que militan bajo las gloriosas banderas de Jesús de Nazareth, de los que han derramado sobre el mundo su amor, su sangre, para apresurar el reino de dios». ¿Qué podía contra aquel llamado perentorio tus prácticas contemplativas, tu respeto «a la más insignificante manifestación de vida», tu vegetarianismo, tu proclividad a la soledad y al silencio, tus intereses económicos y personales? Por eso en la batalla de Casas Grandes, dicen, te arriesgabas más que ninguno. «Tengo la intuición de que mi vida no peligra. Pero si sucede lo contrario, iré a la tumba con la satisfacción del deber cumplido», le escribiste a Sarita.

¿Cómo vivió tu alma suave y susceptible los primeros disparos, las primeras escaramuzas entre revolucionarios y federales, los primeros heridos, los primeros muertos yacentes a tu lado en posiciones inverosímiles, grotescas, aureolados por una tierra roja, con una mueca como de estar mordiendo esa tierra y unos ojos que buscaban —y te reclamaban— alguna forma de vida en el vacío? ¿Terminaron por embriagarte hasta el mareo las nubes de polvo que levantaba la batalla, el olor a pólvora y a majada, los relinchos de los caballos heridos, los gritos y los lamentos de los hombres que te rodeaban, el ruido de los cartuchos que se incrustaban en los cañones de las carabinas, las explosiones lejanas que tus oídos recogían como un chasquido de enormes vidrios rotos? ¿O fue desde la noche anterior, con los preparativos, que empezó tu arrebató: al limpiar las armas —algunas

nuevecitas, recién compradas en Eagle Pass, otras viejas carabinas Winchester y hasta algunos rifles Mauser desechados por el ejército, con las culatas rajadas—, al contar de nuevo las cajas con las municiones, al arreglar las monturas, al enrollar las cobijas y la ropa en largos chorizos para amarrarlos atrás de la silla de montar, al tomar café junto a la fogata entre rostros como de bronce por el reflejo del fuego, al tirarte dizque a dormir un rato con el sombrero echado sobre los ojos? ¿Cuándo, en qué momento empezaste a ser ese *otro* que ahora, mira, puedes descubrir en el espejo difusamente, no de frente sino más bien como si lo (te) miraras de espaldas, como si lo miraras a través de espejos paralelos?

Pero qué ibas a dormir. Estabas tan nervioso que tu hermano Raúl contará que hasta un par de cigarros volviste a fumar. Aquella no era una noche para dormir sino para beber hasta las heces la vida nueva que fluía en ti. Y más aún al amanecer, ante la inminencia del sol y de la batalla, con el perfil velludo de las montañas saliendo de la sombra inmensa. Titiritabas de cansancio y de frío. Caminaste un rato entre las matas grises de zacatón, escarchadas, mientras las figuras aún oscuras que te acompañaban empezaban a levantarse como si resucitaran. Y la exaltación nerviosa continuó cuando avanzaron por el llano y encontraron —primera señal de vida, de la vida que había que combatir— unos postes desvencijados que sostenían cuatro hilos telegráficos. Un poco más allá, un sol indeciso azogaba las casas encaladas. Se refugiaron en un promontorio, atrás de unos matorrales amarillos, y desde ahí contemplaste la resignación de los animales, los bancos de neblina distendiéndose y confundiéndose con el humo tímido de las chimeneas, unos niños saliendo de sus casas y de sus jacales como para inaugurar el mundo, unos cuantos soldados afuera del cuartel conversando, echándose agua en la cara o fumando sentados en las banquetas. El corazón te dio un vuelco al observarlos, tan contundentemente reales e individuales cada uno de ellos a pesar de la lejanía y de los uniformes de paño azul, con franjas rojas. En una carta de hacía años le dijiste a tu hermana Mercedes que estabas aprendiendo a ver no sólo el cuerpo sino también el alma de quienes te rodeaban. ¿Lo lograste en esos momentos? Y aún después, cuando empezó la batalla y tuviste que disparar contra ellos. Tenías la sensación, dirías luego, de que te llevaban de la mano; de otra manera, ¿te hubieras metido a la aventura? La acción debía valer por sí misma, como te aconsejaba el *Bhagavad Gita*, sin calcularla demasiado, sin temor y sin inútiles lucubraciones sobre sus posibles resultados.

A los 13 o 14 años tu tío Catarino te enseñó a disparar. Cuando en el corral perforaste un pequeño cartón con todos los tiros, quiso que intentaras la prueba desde más lejos.

—No cierres los ojos, no entieses los músculos, no contraigas el brazo en el codo, la mano suelta, suelta, como si fueras a saludar.

Hasta te enseñó a sacar la pistola como en un duelo. Y te llevó de cacería y la primera vez que mataste un conejo no pudiste comer y de sólo recordar la masa sanguinolenta, aún palpitante, las patas con movimientos convulsivos y los ojitos rojos opacos, apagándose, como cubiertos de moho, sentías náuseas. Le explicaste a tu tío Catarino que, como deporte, preferías el puro tiro al blanco y él lo entendió y no volvió a invitarte.

¿Lo recordaste también durante la batalla de Casas Grandes? ¿O quizá la firmeza de la decisión — «el deber cumplido» — casi apagó tu limitante hipersensibilidad? Porque pudiste comandar las acciones y disparar contra los federales, hasta que comenzaron a dispersarse y a huir por el llano, arrojando las armas, los corrajes, las cartucheras, los quepís. Pero, hay que entenderlo, la guerra nos transforma, no importa contra quién ni cómo peleemos: revive sueños y deseos olvidados, instintos adormecidos con tanta dificultad, desencadena pasiones por la destrucción que no imaginábamos dentro de nosotros. ¿Por qué ibas a ser la excepción; tú, que con tanto ahínco te habías dedicado a reprimir cualquier manifestación vital que no correspondiera a tu ideal ascético? Vamos, hermano, confiésalo: por mucho que sintieras que te llevaban de la mano y que ejecutabas la acción como si valiera por sí misma, ¿no fue aquella batalla como una explosión de vida; mejor dicho, como un reencuentro con la vida misma? Por lo menos durante unas cuantas horas, ¿no sentiste una liberación de tanta renuncia tenaz y constante?

Cuando prácticamente habían vencido sucedió lo imprevisto: les llegaron tropas de refuerzo a los federales y entonces ustedes fueron los que tuvieron que dispersarse y huir, lo que tú no concebías y permaneciste en tu puesto a pie firme —«como si fueran gotas de agua y no balas lo que le caía encima», dirá tu hermano Raúl— hasta que recibiste una leve herida en un brazo, que no te dolió y despreciaste los días siguientes: «una tontería que hasta daba vergüenza mostrar», por lo cual escondías el brazo herido, en cabestrillo, dentro del saco.

En el campo de batalla quedaron muertos 58 revolucionarios y 40 más fueron capturados. Los federales en cambio sólo sufrieron 35 bajas. Sin embargo, no te desalentaste: «Las revoluciones no se pierden por un

encuentro adverso». Las dudas se habían esfumado y sólo volverían después de tu triunfo definitivo. La revolución había encontrado a su caudillo.

Pero mira el otro rostro del valeroso caudillo. Está en las caricaturas que empezaron a publicarte. ¿También la burla era parte del sacrificio, quizá su parte más dolorosa? Porque, de nuevo, el verdadero enemigo estaba oculto en aquello que más alentabas y protegías. Hasta de ese valor indudable que manifestaste siempre se burló la prensa a partir de tu triunfo y aún más cuando fuiste presidente, como en la farsa *Madero Chantecler*, de José Juan Tablada: «¡Qué paladín vas a ser!/ te lo digo sin inquinias/ gallo bravo quieres ser/ y te falta, Chantecler/ lo que ponen las gallinas». Y, si hacían befa de tu valor, ¿cómo no hacerlo de lo que más amabas y respetabas: tu esposa, Sara P. de Madero, a la que llamaron el «sarape de Madero»? Te acusaron —según recuento de Manuel Bonilla— de ser corto de estatura; de no tener el gesto adusto y duro el mirar; de ser joven; de emocionarte al hablar; de no ser militar; de decir discursos directos y transparentes; de ser vegetariano; de ser espiritista; de ser optimista; de haber volado en aeroplano; de gustar del baile, y de tantas otras cosas más. Y que te atacara *El Imperial*, partidario de De la Barra, se entendía; pero *El País* y *La Nación*, francamente opuestos al régimen de Díaz, ¿por qué? Y *El Demócrata Mexicano* y *El Progreso Latino*, que inicialmente fueron revolucionarios, terminaron por simpatizar con el reyismo y por atacarte, lo mismo que te atacaron *El Diario*, *El Mañana*, *La Tribuna* y *El Heraldo Mexicano*. Hasta te acusaron de «tirano que aherrojaba la libertad de palabra», a ti, que les habías dado la libertad para que cumplieran su «alta encomienda». En un editorial de *El Mañana* se adivina el doble fondo de la queja: «¿Qué nos queda del orden, de la paz, de la prosperidad interna y del crédito, del respeto y prestigio en el extranjero que México gozaba bajo el gobierno del general Díaz?». Sólo faltó agregar: de la censura, añorándola como al resto del régimen porfirista. Gustavo tenía razón cuando dijo: «Los periódicos muerden la mano que les quita el bozal». ¿Por esa prensa apostaste? ¿Y por ese pueblo, al que también querías quitarle el bozal y tantas otras amarras, y ponías tu fe en «su capacidad para gobernarse a sí mismo, con serenidad y sabiduría»? ¿Cuándo ha sabido un pueblo gobernarse a sí mismo con serenidad y sabiduría, hermano? ¿Y cuándo ha hecho buen uso de su libertad la prensa? Y sin embargo... mira más adelante

(es decir, en el mero fondo del espejo) y descubre que en eso tenías razón: otros muchos darán su vida por esa misma causa, por esa misma fe que, ahora — descúbrela, foméntala — te llena de aliento, te hace sentir que, quizá, basta y sobra para la salvación.

Búscalos, hermano, ¿hubo algún momento determinado en el que te convenciste de que sólo la revolución armada salvaría al país? Si existe, ¿fue ahí donde perdiste el rumbo? Porque durante tu campaña política habías advertido:

—No deseo ascender al poder sobre la sangre de mis hermanos, y deseo abolir el funesto precedente de que la silla presidencial ha de ser ocupada por el soldado de una contienda fratricida.

Y en La sucesión presidencial adviertes una y otra vez contra la violencia:

Con tal de que no se recurra a medios violentos, la democracia no tiene nada que temer.

Un triunfo, por importante que fuera, obtenido con las armas, no haría sino agravar nuestra situación anterior.

Con tal de que el suelo de la república no vuelva a ser manchado con sangre hermana... sin sacudidas violentas y sin luchas de resultados inciertos, pero que de todos modos dejarían odios difíciles de extinguir.

Siempre que hemos empuñado las armas para derrocar algún mal gobierno, hemos sido cruelmente decepcionados por nuestros caudillos, que nunca nos han cumplido las promesas que nos hicieron.

Cuánto profetizaron esas palabras lo que iba a sucederte: la revuelta armada que agravaba la situación anterior, los odios difíciles de extinguir, las promesas incumplidas... Todavía a fines de 1909 le dijiste a Aguirre Benavides que la democracia es incompatible con la violencia y que, en última instancia, sólo podría apoyarse en la resistencia pacífica. Y en abril de 1910, al rendir protesta como candidato a la presidencia de la república en la Convención Nacional Antirreeleccionista, reunida en el Tívoli del Eliseo de la Ciudad de México, dijiste, con una nueva luz en la mirada:

—Si el general Díaz, deseando burlar el voto popular, permite el fraude y quiere apoyarlo con la fuerza, entonces, señores, estoy convencido de que la

fuerza será repelida por la fuerza, por el pueblo absolutamente resuelto ya a hacer respetar su soberanía y ansioso de ser gobernado por la ley.

¿Por qué? Y esa contradicción sustancial, ¿cuánto influyó en el Madero que subió al poder en noviembre de 1911 —después de los seis meses de aciago interinato de De la Barra—, fracasado en sus intentos de conciliación, culpabilizado por la sangre derramada, intentando la paz a toda costa, atendiendo más a los «enemigos de la revolución» que a los amigos, befado por la prensa, con problemas de gobierno en 11 estados, dedicando buena parte de los recursos del país a combatir las rebeliones de Zapata, de Reyes, de Félix Díaz, de Pascual Orozco, que derramaban más sangre hermana y provocaban más culpa?

Pero volvamos al momento en el cual abandonas tus «principios» pacifistas, los únicos compatibles con la democracia, y te encauzas por el «tortuoso dédalo de la violencia intestina que tantos peligros acarrearía a la patria» (según escribiste también en *La sucesión presidencial*). ¿Fue un dictado de los espíritus el que provocó el cambio de actitud? ¿O quizás un odio tuyo, subterráneo, poco reconocido hasta entonces? Mira hacia atrás. Mira hacia los meses, los días anteriores a la Convención. Mira exactamente hacia el día anterior. ¿Es ahí, en la entrevista que tuviste con el general Díaz? Porque si algo caracterizó tu relación con él —en *La sucesión presidencial* es de lo más claro— fue la ambivalencia (curiosamente, al igual que con tu familia, y en especial con tu abuelo Evaristo). Creías que la cita «aclararía la atmósfera y serviría para establecer amistosas y útiles relaciones entre ambas partes», según le habías escrito a Pino Suárez, y estabas dispuesto a retirar tu candidatura a la presidencia si Díaz se comprometía a garantizar procedimientos democráticos y a restablecer el régimen constitucional. Pero se rió de tus intenciones y hasta te comparó con Zúñiga y Miranda. Tu comentario a Aguirre Benavides, pocos días después, es revelador: «Ha de estar convencido de que no logró imponérseme y de que no le tengo miedo. El general Díaz ha comprendido por fin que sí hay ciudadanos bastante viriles para ponérsele frente a frente. Porfirio no es gallo, sin embargo habrá que iniciar una revolución para derrocarlo».

El encuentro transformó al pacifista, apóstol de la democracia, en el jefe de un inminente movimiento armado.

¿O te lo dijo todo el Palacio mismo? Si de veras, como suponías, los sitios guardan no sólo el recuerdo vivo, palpitante, aunque invisible para quien no sabe verlo, de cuanto en ellos sucedió, sino hasta el recuerdo —¿o cómo llamarlo?— de cuanto en ellos sucederá, ¿te enteraste al entrar en él que tú también gobernarías desde ahí, al igual que los virreyes españoles, dos emperadores y varios presidentes republicanos? ¿No te aterrorizó escuchar el grito —aquel 6 de abril de 1910, en que ibas a entrevistarte con don Porfirio— que resumía tu tragedia y tu ambición? ¡Viva Madero! ¡Abajo la dictadura! ¡Viva el partido antirreeleccionista! Grito que se entreveraba sin remedio con los otros: ¡Viva Porfirio Díaz! ¡Viva la revolución de Tuxtepec! O aún un poco antes —apenas un parpadeo—: ¡Viva el batallón de supremos poderes! ¡Viva la república! ¡Viva Benito Juárez! O: ¡Que viva el emperador! ¡Que vivan México y Francia! O: ¡Que viva el padre de la república! ¡Que viva el general Santa Anna! O: ¡Que viva el ejército de las tres garantías! ¡Muera el congreso! ¡Viva Agustín Primero! ¿Supiste al cruzar su patio central que por ahí te llevarían para conducirte a la muerte? ¿Recordaste que ese patio, simbólicamente, a fines de 1700, lo convirtieron los comerciantes de la Plaza Mayor, en «infame burdel» y en la «madriguera de jugadores y borrachos», según noticias de la época? ¿Y te estremeciste en el momento de entrar al despacho del presidente, al adivinar que tú, como todos, pagarías el elevado precio de ejercer el poder?

El general Díaz acababa de regresar de una comida con el cuerpo diplomático y lucía un uniforme oscuro de altas charreteras y laureles bordados en oro, en el que sobresalían las condecoraciones con que lo habían distinguido reyes y presidentes de casi todo el mundo. Te extendió una mano robusta que difícilmente lograba ocultar su temblor con la firmeza de la actitud. Un chorro de luz amarilla entraba por un balcón entreabierto y caía como una materia sólida sobre la gruesa alfombra color vino. ¿Recordaste al saludarlo que uno de tus autores predilectos, Tolstoi, lo llamó «prodigio de la naturaleza»? ¿O recordaste lo que Juárez le dijo a Lerdo: «Porfirio mata llorando... Llorando, llorando es capaz de fusilarnos a usted y a mí si nos descuidamos»? ¿Intentabas descubrir el alma que escondían esa cabeza altiva,

esa frente amplia, esa nariz fuerte y ancha («cuyas aletas se dilatan a la menor emoción», dijo Creelman), esa mirada severa y en ocasiones incluso despectiva? ¿O pensabas que su relación con su hermano, el Chato Félix, simbolizaba sus relaciones con el resto de los seres humanos? Cuando eran niños tuvieron un pleito en el que Porfirio llevó la peor parte, y para vengarse esperó a la noche y cuando Félix dormía le rellenó las narices con pólvora y le prendió fuego. ¿Cómo sería la mirada de Félix al descubrir lo que acababa de sucederle y con su hermano enfrente, impertérrito? ¿Y cómo sería la mirada de Porfirio al cruzarse con la de Félix desnarigado? Porque lo cierto es que Félix nunca se repuso del incidente —el espejo se lo revivía una y otra vez — y ya adulto se volvió alcohólico y vengativo. Porfirio lo nombró gobernador de Oaxaca y como Félix guardaba en su alma un enorme rencor, lo volcó contra quienes lo rodeaban, y con el menor pretexto mandaba torturar y matar a la gente, hasta que la gente que lo rodeaba lo mandó torturar y matar a él en Juchitán. Le rebanaron las plantas de los pies y luego lo hicieron caminar sobre arena ardiente, lo castraron y finalmente lo mataron. Cuánto no habrá revivido el Chato durante los minutos interminables de aquella tortura, la otra, la que padeció de niño a manos de su hermano Porfirio, don Porfirio, el altivo general Díaz que en ese momento tenías enfrente y que despertaba en ti sentimientos tan ambivalentes de admiración y de rechazo.

«Si hiciera algo en política alguna vez, sería en contra de Díaz, que ha causado todos los males del país», le escribiste a tu hermano Evaristo en agosto de 1906.

Pero en *La sucesión presidencial* decías: «La obra del general Díaz ha consistido en borrar los odios profundos que dividían a los mexicanos y en asegurar la paz por más de 30 años que, aunque mecánica al principio, ha echado profundas raíces en el suelo nacional, al grado de que su florecimiento parece asegurado».

—Me dijo el gobernador Teodoro Dehesa que quería usted hablar conmigo — te dijo de entrada, en tono seco—. ¿En qué puedo servirle?

Te sentiste desarmado, vulnerable, y apretaste los puños, conteniendo ahí la ansiedad. Ni siquiera te había invitado a sentarte, pero cuando él se dirigió a uno de los sillones de cuero, ante una pequeña mesa de caoba con las patas en forma de garra, lo seguiste. Suponías que iba a preguntarte por tu familia, o que te haría algún comentario sobre *La sucesión presidencial*, o que empezarían por recordar la felicitación que te mandó cuando publicaste el folleto sobre el mejor aprovechamiento de las aguas del Nazas. Pero nada de eso hizo y sólo insistió:

—¿En qué puedo servirle?

Aun sentado era imponente su figura: con la barbilla alzada, impasible, las manos anudadas sobre el vientre, conteniendo el temblor la una a la otra, las cruces y las estrellas del pecho destellando como pequeños soles. Sus ojos helados lograron ponerte nervioso.

—Como usted sabrá, señor presidente, he sido postulado por mi partido como candidato a la presidencia...

Su risa —casi un mero resoplido que dilató al máximo las aletas de la nariz—, que en nada alteraba la frialdad de la expresión, te obligó a interrumpirte.

—Me da gusto, joven Madero, que el señor Zúñiga y Miranda no esté solo como opositor y que la lucha por la presidencia de la república vaya a ser ahora más enconada.

Te estremeciste. ¿Cómo podía burlarse así de ti? De ti y del pueblo que le había dado el poder de que gozaba, pensaste. Y aún continuó con una sonrisa forzada, que apenas se adivinaba bajo los profusos bigotes blancos:

—El bueno de don Nicolás Zúñiga y Miranda ha declarado que si este año no gana las elecciones retirará definitivamente su candidatura, lo que voy a lamentar profundamente, de veras.

La furia era una sustancia amarga que bajaba por el esófago y te horadaba el estómago. ¿Era éste el hombre contra el que habías dirigido *La sucesión presidencial*? «El libro será un espejo que hará temblar al general Díaz», te vaticinó el espíritu de José. Y aún más explícito fue el espíritu de Benito Juárez en un comunicado del 16 de noviembre de 1908: «El triunfo de usted va a ser brillantísimo y de consecuencias incalculables. Su libro va a hacer furor por toda la república, como una corriente eléctrica que va a impresionar fuerte y poderosamente todos los espíritus; les dará una fuerte sacudida que los sacará del letargo en que están sumidos... Ya le hemos dicho que al general Díaz le va a causar una impresión tremenda, le va a infundir verdadero pánico...»

La verdad es que cuanto vaticinaron los espíritus sucedería: el espejo que le pondrías enfrente lo haría temblar —y hasta caer—, la impresión tremenda y el pánico; pero sucedería después, al año siguiente, al desatarse una lucha armada para la que Díaz ya no estaba preparado ni física ni mentalmente. Por el contrario, aquel 6 de abril aún podía ver en ti un imitador de ese espantapájaros que se cernía, agorero, sobre el país: Zúñiga y Miranda.

Cuando le hiciste referencia a su declaración a Creelman: «Veré con agrado la formación de nuevos partidos políticos independientes», te contestó:

—Lo dije, en efecto, y con toda convicción. Pero hablaba de verdaderos partidos políticos, semejantes a los que hay en los Estados Unidos, y no como éstos... que han brotado de repente como hongos, sin principios ni ideales, producto de ambiciones personales.

Le cuestionaste la postulación de Ramón Corral a la vicepresidencia de la república: su impopularidad entre el pueblo era manifiesta y estaba dominado por algunos de los científicos más connotados: Limantour, Casasús, Pineda... Si se revocara su candidatura y se eligiera en su lugar a un representante del partido antirreeleccionista, estarías dispuesto a retirarte de la lucha por la presidencia... Las manos te sudaban y pasabas una y otra vez la lengua por los labios. La luz de un amarillo vivo —como colérica ella también— entraba rasante por el balcón entreabierto y hacía destellar las patas de los muebles.

—Es tardía su proposición, joven Madero —si por lo menos no te llamara «joven Madero»—. Las elecciones primarias van a celebrarse el próximo 26 de junio y los líderes del congreso, los gobernadores y los jefes políticos se han comprometido públicamente con la candidatura de Corral... Además, si he de serle sincero, no comparto su apreciación sobre la supuesta impopularidad de Corral. A mí me parece un hombre llano, discreto, sencillo en su conversación, nunca trata de pontificar y conoce bien a nuestro pueblo. Le recuerdo que cuando llegó a la capital a hacerse cargo del gobierno del Distrito Federal, no tenía otros amigos que los sonorenses avecindados aquí. Y vea cómo ahora todos lo respetan y admiran. Revise su carrera política: ha sido diputado local, secretario de gobierno, vicegobernador y gobernador de Sonora, gobernador del Distrito Federal y finalmente secretario de Gobernación. Tal vez no sea el candidato que más convenga al ejército, porque no lleva galones, ni al clero, porque no ostenta golilla, ni al jacobinismo, porque no pronuncia discursos incendiarios, pero estoy seguro de que es el que más conviene como vicepresidente de la república. ¿Quién podría competir con él, joven Madero?

Como lanzándote un guante. Ahora fuiste tú el que se rió, con una risa nerviosa que era más bien un cacareo y que abrió una arruguita entre las cejas de don Porfirio.

—Me provocan verdadera pena sus palabras, señor presidente —le dijiste—. Si usted se hubiera atrevido a dar el grandioso ejemplo de respetar la ley y la voluntad nacional en la próxima campaña electoral, sentaría un precedente que ninguno de sus sucesores se hubiera atrevido a quebrantar y habría coronado su obra de pacificación y progreso, magnificándola. Con la actitud

que me demuestra, por el contrario, la empalidece y se hace responsable de las consecuencias que pueda usted provocar...

Levantó una de sus manos temblorosas y no pudiste continuar. Sus facciones rigurosas, como cortadas con un hacha, se endurecieron más.

—Mire, joven Madero, conozco al dedillo el espíritu revoltoso, anárquico, de conspiración irresponsable al que usted se refiere. Lo conozco tan bien, que yo mismo lo fomenté durante la República Restaurada y después, ya siendo presidente, lo he combatido hasta creerlo extinto para siempre.

—Perdóneme, señor presidente, pero me refería al espíritu democrático, y no al espíritu revoltoso, como usted lo llama. A la libertad y a la justicia que el pueblo demanda. A la necesidad de que nos deje al mejor candidato posible: la ley.

Pero atendía poco a tus reflexiones y continuaba por su propio camino.

—Los mexicanos tenemos que permanecer unidos ante la presión norteamericana, ése es nuestro verdadero problema. Los Estados Unidos no nos perdonan las concesiones petroleras a compañías angloholandesas, la negativa a darles la concesión de los ferrocarriles del Istmo. Y mucho menos nos perdonan nuestro acercamiento a Japón. El crédito y el prestigio de México en Europa son el mejor termómetro de nuestra posible independencia económica y política, de la aprobación mundial a mi gobierno, pero acrecientan el resquemor de los norteamericanos. De ahí su reacción absurda, exagerada, porque hayamos dado asilo al presidente depuesto de Nicaragua, que ellos hicieron caer.

No había posibilidad de dialogar y anteponías tu monólogo al de él. Insististe en que la situación ante los Estados Unidos de ninguna manera justificaba la represión y la injusticia. Había un rumoreo, un agitación, una ansiedad latente que eran clara señal de que el pueblo estaba despertando, y si no encontraba expedita la vía democrática se desviaría, entonces sí, por los senderos escabrosos de la revuelta intestina —¿ahí, en ese momento, la concebiste por primera vez, la vislumbraste inevitable en tu futuro, ante el monólogo y las burlas de don Porfirio?—, revuelta intestina que acarrearía males sin cuento a la patria.

—Mientras tanto, los científicos están tan entretenidos con su enriquecimiento personal que no oyen el rayo anunciador de la tormenta —terminaste.

Y sin que viniera a colación, Díaz te habló de que, cuando se posesionó por primera vez de la presidencia, sólo existían dos pequeñas líneas de ferrocarril que comunicaban a la capital con Veracruz y con Querétaro y en la

actualidad había más de 19 mil kilómetros de vías férreas. El servicio de correos se hacía en diligencia y a menudo sucedía que era saqueada dos o tres veces, por ejemplo, entre la capital y Puebla, aconteciendo generalmente que los últimos asaltantes no encontraran ya qué robar —el general Díaz sonreía al recordarlo; ya ni siquiera te miraba: tenía los ojos en algún punto indefinido del techo como en una pantalla secreta. Hoy tenían establecido un servicio seguro, barato y rápido y había más de 2 mil 700 oficinas de correo en todo el país. El telégrafo en aquellos tiempos casi no existía: en la actualidad había una red telegráfica de más de 36 mil kilómetros.

—La paz y el progreso nos han costado mucha sangre y mucho esfuerzo, joven Madero —dijo de pronto, regresando a ti— y no podemos darnos el lujo de arriesgarlos. Le repito lo que le dije a Creelman: que para evitar el derramamiento de torrentes de sangre fue necesario derramarla un poco. Si hubo crueldad, los resultados la han justificado. Hoy la educación y la industria han terminado la tarea comenzada por el ejército.

El sudor de las manos delataba tu ansiedad. Ibas a sacar el pañuelo del bolsillo trasero del pantalón, pero el general Díaz te interrumpió, se replegó en el sillón y levantó una mano en señal de alto.

—¡Qué va usted a hacer! —gritó.

Abriste mucho los ojos y permaneciste un momento con la mano dentro del bolsillo.

—Iba a sacar mi pañuelo.

Su expresión se suavizó y retornó a su postura inicial, muy erguido.

—Está bien, sáquelo.

Enjugaste el sudor de las manos y volviste a guardar el pañuelo. Tiene mucho miedo, pensaste. Creyó que iba a sacar un arma. A partir de ese momento cambió de actitud y se mostró más accesible. Te dijo que Limantour apreciaba mucho a tu familia, que no te metieras a la política, qué necesidad tenías de ello, él estaba muy cansado pero la patria continuaba reclamando sus servicios y no eran tiempos de pensar en uno mismo; también te invitó a reflexionar sobre tus ideas radicales y hasta una palmada te dio en el hombro cuando —sin razón aparente— se puso de pie y fue al balcón. Al mirarlo ahí, recortándose su figura altiva contra la luz de la tarde, percibiste con claridad una grandeza implícita en su presencia misma (que, por lo demás, tanto te recordaba la de tu abuelo Evaristo), pero también tuviste la seguridad de que lo derrotarías, de que tu deber era derrotarlo, aunque para lograrlo tuvieras que traicionar tus deseos más profundos. Y al sentirlo y pensarlo el corazón se te aceleraba y, te parecía, la grandeza que percibías en él penetraba en ti.

Cuánto debió recordar don Porfirio la mañana del 16 de septiembre de 1910 la plática que tuvo contigo apenas cinco meses antes y en que empezó por compararte con Zúñiga y Miranda. Estaba reunido con su gabinete en el salón de acuerdos de Palacio, ultimando los detalles de los festejos culminantes del Centenario, y Federico Gamboa, subsecretario de Relaciones, contó ante los rostros asombrados:

—Anoche después de la cena me instalé en un balcón con Kart Bunz, embajador especial de Alemania, a contemplar la patriótica fiesta que el pueblo había organizado debajo de nosotros, cuando en la bocacalle de Plateros se produjo un como arremolinamiento de gente alrededor de un estandarte —la distancia nos impedía ver con claridad— que oscilaba y se erguía por sobre las cabezas, cual si unos y otros se lo disputaran a viva fuerza. De pronto, vimos dos fogonazos y escuchamos sus detonaciones inconfundibles. «¿Tiros?», me preguntó Bunz sorprendido. «Posiblemente. Cohetes o tiros disparados al aire por el júbilo que la fecha provoca», repuse. A poco, en desorden y con mayores gritos, el remolino humano se abrió paso y avanzó por el portal de Mercaderes, y pude oír con claridad los vivas a Madero y distinguir su retrato en alto, enmarcado en paños tricolores. «¿Qué gritan?», preguntó Bunz con creciente curiosidad. «Vivas a los héroes muertos y al presidente Díaz», le dije, helándome la sangre. «¿Y el retrato de quién es?», aún tornó a preguntarme. «Del general Díaz», repuse. «¡Con barbas!», insistió él. «Las gastó de joven, y el retrato es antiguo...».

Don Porfirio escuchó el relato «mudo y grave». A Gamboa lo devoraban los secretarios de estado con ojos airados y uno de ellos le tiró de los faldones de su casaca bordada para que terminara de una buena vez y se callara. «Densificóse el ambiente —anotó Gamboa en su diario—, siguió un momentáneo y embarazoso silencio que truncó uno de los ayudantes, anunciando que los carruajes, abajo, estaban prontos... El presidente, en tono seco, pronunció las palabras con que a diario nos encaminábamos al calvario de las festividades:

—¡Vamos, señores!

Afuera, los ministros quisieron reprocharme lo que llamaron *mi imprudencia*. Pero yo les repliqué: ¿cómo había de imaginar que suceso tan público y amenazador se le hubiera ocultado al principal interesado?».

Los párpados de sangre vuelven a caer una y otra vez sobre tus ojos. Ni siquiera ha dejado de manar sangre de la herida que provocó en la sien el disparo del .38 Smith & Wesson. Ahí está la luna (¿o es la luz hacia la que temes ser atraído?), apenas trepada en el cielo. Y sin embargo, tu cuerpo (el nuestro) ya no se apoya en la tierra y no tiene a su lado al mayor Cárdenas ni al sedán Protos, y parece flotar dentro de la materia opaca y nebulosa del espejo. ¿Por qué? Regresa a él, no lo pierdas, no te pierdas en este dédalo de la muerte, entre los trozos de recuerdos inconexos, las entrevisiones, las ráfagas instantáneas de dilucidación. Acuérdate: no te detengas en una sola imagen: podrías después no salir de ella. Aquí, como en un sueño, como en cualquier sueño, surgen imágenes que intentan fijarse, permanecer en ti para siempre. Aprende a dejarlas pasar, no les busques un orden del que ya carecen, un encadenamiento que fue de un tiempo que ya no es tu tiempo, que es «otro» tiempo. Simplemente asómate de nuevo al fondo del espejo y permite que las cosas sucedan por sí mismas, como sucedieron, como tenían que suceder. E intenta ir hacia atrás, hacia el inicio que, decíamos, es para ti, en estos momentos, la única forma de avanzar.

Por momentos, el fondo del espejo parece un turbulento mar. Asómate un poco más. ¿Quiénes son esos guerreros fantasmales que parecen cabalgar hacia ti bárbaramente, como trepados en la cresta de una ola oscura? Mira sus ojos encendidos, sus gestos de furia, el blandir de sus sables, escucha sus gritos destemplados:

—¡Muera Madero! ¡Muera Madero!

Te odiaron tanto como tú odiaste al general Díaz y, también como tú estuvieron dispuestos a dar su vida por corporificar ese odio y derrotarte. ¿Puedes entenderlos ahora que los ves desde aquí, con la suficiente distancia, ahora que sus acciones han quedado como plasmadas en una película inviolable? Su rebelión participaba de la misma locura que la tuya; era consecuencia inevitable de la violencia que engendra violencia y que empezaste por desatar. Mira los rostros. Concéntrate en uno de ellos. En el de Bernardo Reyes, por ejemplo: en la altivez de sus ojos garzos, en su larga piocha como de espuma, en sus cejas pobladas de hidalgo viejo. Al separarlo

del grupo, mira, se ha vuelto fantasmal, cabizbajo, y cabalga solo por entre abrojos y espinares, envuelto en un oscuro capote militar desgarrado. El 13 de diciembre de 1911 cruzó la frontera para entrar en Nuevo León, con media docena de adherentes —él esperaba que se le agregaría un contingente de por lo menos 500 hombres— y después de una escaramuza con unos guardias rurales cerca del río Conchos, el exiguo cortejo se dispersó y don Bernardo quedó solo, cabalgando a la deriva entre aquellos inhospitalarios breñales.

Pero en realidad cabalgaba a la deriva desde mucho tiempo atrás. No se enfrentó a don Porfirio cuando debía haberlo hecho, cuando todo México se lo aconsejaba, aclamándolo. Volvió al país cuando no debía hacerlo, poco después de la caída del régimen de Díaz, cuando la ola efervescente del maderismo le indicaba no volver. Dijo que regresaba para colaborar contigo «en la monumental tarea de reconstruir la nación», pero sucumbió al canto de las sirenas que entonaban sus partidarios y lanzó su candidatura a la presidencia para competir contigo. Tu comentario a De la Barra fue admirable:

—Reyes cuenta con dos caminos para oponerse a la nueva situación revolucionaria: el democrático y el del cuartelazo. Si, a pesar de todo, su candidatura prospera y logra atraer la mayoría de los votos, yo no veré ninguna amenaza en él, pues el pueblo mexicano es dueño de darse los gobernantes que guste, y yo seré el primero en respetar la voluntad de la mayoría de mis conciudadanos, aparte de que nunca he pretendido que se me dé un puesto como recompensa de mis pocos servicios. En cuanto al camino del cuartelazo, lo creo muy difícil. ¿Con qué pretexto invitaría el general Reyes a los jefes militares para que lo secundaran en un movimiento de ese género? ¿Qué podría decirles después del manifiesto que ha publicado adhiriéndose al nuevo orden de cosas? Para lanzarse a una empresa tan injustificada, y de un modo tan felón, sería preciso que él y los jefes a quienes se dirigiera estuviesen desprovistos de todo patriotismo y de toda idea de la dignidad.

Y como fracasó por el camino democrático, intentó el del cuartelazo. Se ausentó del país desde fines de septiembre del 11, y mes y medio después, desde San Antonio, Texas, lanzó proclamas sediciosas e hizo llamamientos de rebelión en tu contra —para entonces ya eras presidente de la república— y el mencionado 13 de diciembre cruzó la frontera, fecha en que ya cundía entre sus partidarios el propósito de desconocerlo, y recogió como únicos frutos de su conspiración el desencanto y el abandono más absolutos y tragicómicos. Porque tragicómica —como tantos otros sucesos de la época— fue su

rendición en el cuartel del pueblo de Linares. Había vagado durante cinco interminables días por el desierto, sin comida y pleno de fatiga, fantasmal, tal como se te aparece ahora en el espejo. Llegó la Nochebuena al cuartel y tuvo que despertar al soldado de guardia.

—Quiero hablar con su jefe —dijo, bajando del caballo y apenas con fuerza para sostenerse en pie—. Soy el general Bernardo Reyes.

El soldado desapareció aterrado dentro del cuartel y un instante después regresó con el mayor Francisco Cárdenas, el mismo que recién terminó con tu vida.

Imagínate, en el cuartel se tenían noticias del levantamiento de Reyes y esperaban el ataque de un contingente de 500 hombres, encabezados por un orgulloso general: el pecho cubierto de condecoraciones, tocado con un gorro emplumado y el largo sable en alto, centelleante. En lugar de ello se les apareció ese mismo general solitario, hambriento, embozado en un capote militar desgarrado.

—Vengo a rendirme. No he comido durante cinco días. Denme de comer y hagan luego de mí lo que quieran.

Cárdenas se hincó ante él y tomó una de sus manos entre las suyas.

—¡Huya, huya, mi general! ¿No ve que mi deber es prenderlo?

—Vaya, pero si tú trabajaste conmigo, ¿verdad? Pues no te queda más remedio que aceptarme como prisionero.

El mayor Cárdenas era un hombre sentimental: también lo demostró contigo, por la saña con que te trató. Tenía gran capacidad para amar y para odiar y, en consecuencia, para la culpa: prueba de ello fue su suicidio. Por lo pronto, ahí, a los pies del general Reyes, con lágrimas en los ojos, demostraba que podía ser el más humilde e incondicional de los servidores.

—Señor, preferiría la muerte antes que convertirme en su carcelero.

—Entonces voy a gritarlo para que todos lo oigan. ¡Escuchen, soy el general Bernardo Reyes y vengo a entregarme preso para que se me fusile ahora mismo en el cuartel!

Los soldados, atolondrados por el sueño, parpadeantes, con sarapes en los hombros, escucharon incrédulos las palabras del anciano fantasmal, como surgidas aún del duermevela.

Imagínate la escena hermano, en Nochebuena además, bajo el cielo encendido, hirviendo de estrellas, y la luna que trepaba como una llamarada redonda. El orgulloso anciano derrotado por sí mismo, contagiado de las lágrimas de su servidor, suplicándole la muerte a quien sólo quería venerarlo.

Pero no lo fusiló Cárdenas y mucho menos lo fusilaste tú, que no fusilabas a nadie, hiciera lo que hiciera. Lo mandaste a la prisión de Santiago Tlatelolco, con consideraciones especiales: lo visitaba todo el que quería a la hora que quería, lo que sólo sirvió para que de nuevo empezara a confabular contra ti, «el hombre bueno que se vio en el trance de aprisionarlo», dirá Alfonso, el hijo de don Bernardo. Y aún agregará: «¡Qué más hubiera deseado que devolverle la libertad! Dos grandes almas se enfrentaban, y acaso se atraían a través de no sé qué estelares distancias. Una toda fuego y bravura y otra toda sencillez y candor. Cada cual cumplía su triste gravitación».

Tu triste gravitación era intentar apartar por cualquier medio ese odio que te rodeaba y que sentías ya como un gran peso sobre ti, imposible de soportar más. Mejor rendírsele, ponerle el cuello, que tener presente a cada momento sus colmillos afilados. Don Bernardo, por el contrario, gravitaba plenamente sobre el negro sol del odio, del que extraía sus últimas fuerzas para, a gritos, buscarte, atraerte, clamar contra ti a través de los cuarterones de la ventana de su prisión:

—¡Nadie podrá impedir que regrese a salvar a mi patria de la traición de Madero!

Acuérdate que creía en la fuerza de las palabras tanto como tú, y una vez a su hijo Alfonso le tapó la boca con una mano brutal porque le leyó en voz alta un verso que decía: «Que a golpes de dolor te has hecho malo».

—¡Calla, blasfemo! ¡Los que no han vivido las palabras no saben lo que las palabras traen dentro!

Él, que precisamente se hizo malo a golpes de dolor y de frustración. Pero ya para entonces estaba como «encantado» y su oscuro sol le elevaba la temperatura todas las tardes, aunque se dijera que la causa aparente era cierto paludismo contraído en campaña. Hablaba solo y maldecía también a los presos que miraba desde su ventana «estirarse al sol, echar baraja, cantar». Él, que fue, como pocos, organizador de ejércitos lúcidos y dignos. En una ocasión hasta tuvo que presenciar cómo se levantaba una pequeña tienda de lona en el patio para que, tras la rigurosa paga, los presos entraran a «simular

el amor» con una mujer hastiada que los esperaba con las piernas abiertas y los ojos perdidos en lo alto.

Leía y releía el único libro que llevó a prisión, y que al salir dejó sobre la mesa de pino, a un lado del quinqué, *El diablo mundo*, de Espronceda, y que tenía subrayados estos versos:

¡Ay del que descubre por fin la mentira!

¡Ay del que la triste realidad palpó!

Él, que no se enfrentó a don Porfirio cuando debía haberlo hecho, que regresó al país cuando ya no tenía sentido, que se sublevó contra ti en el momento menos propicio, que se entregó en Linares cuando su rendición no significaba nada para nadie y que aún conspiró de nuevo y más insensatamente que antes. Cuánto tuvo que odiarte para actuar contra sí mismo en forma tan absurda. Y si algún mérito le queda, es que llevó esa actuación a sus últimas consecuencias la noche del 9 de febrero de 1913.

A fines del año anterior, poco después de la derrota de Félix Díaz en Veracruz, los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz iniciaron la confabulación del golpe militar. Para enero del 13, los conspiradores celebraban casi abiertamente conciliábulos en casa de Mondragón y de Ruiz, en el despacho de Rodolfo, hijo de don Bernardo, en casa del doctor Enrique Gómez, o en el hotel Majestic, propiedad de Cecilio Ocón. Concertaban juntas con jefes y oficiales del ejército y hacían propaganda en los cuarteles, en ocasiones en forma descarada, como durante la celebración de la Navidad del Soldado, auspiciada por tu esposa y las esposas de los ministros, en que un agente de los conspiradores vestido de civil, invitado a hablar por el coronel, denigró a tu gobierno y ensalzó a quienes lo atacaban.

Alarmados por cuanto se sabía o se esperaba, los diputados adictos al gobierno, que eran los más, fueron a advertirte del peligro a mediados de enero y te leyeron un documento en que señalaban:

—Los medios de que la contrarrevolución se ha valido y se vale son: el dinero de los especuladores del antiguo régimen, la pasiva complicidad de los dos tercios de los gobernantes de la república y la deslealtad de algunos intrigantes que fueron objeto de inmerecida confianza. Sus adalides más activos y fuertes son los periodistas de la oposición y los diputados de la llamada minoría independiente; y su colaborador más eficaz el ministerio de Justicia. Cambiad, señor presidente, ese ministerio, o imponedle una orientación política distinta, no para iniciar una era de atentatorias persecuciones a la prensa, sino para la represión enérgica y legal de las

transgresiones a la ley. Con sólo eso, el gobierno reaccionaría en la opinión y se convertiría en una entidad respetable y temida. Acabando con los conspiradores de la pluma, se acabará con los conspiradores del capital, se acabará con la inercia contemplativa de los gobiernos de los estados y se facilitará la pacificación del país, para gloria vuestra y de la revolución.

Escuchaste con atención cuanto dijeron tus amigos políticos y al final apretaste los labios y moviste ligeramente la cabeza a los lados. Tú sólo podías gobernar con y para la libertad, dijiste. Quizás en ciertos momentos pareciera hasta una forma de debilidad y acarreará graves peligros, pero a la larga sólo la libertad nos haría crecer, daría sentido a la lucha iniciada en noviembre de 1910 y justificaría la sangre derramada. Luego les hablaste de la alta misión que en este proyecto debía cumplir la prensa.

—Que cada quien saque las conclusiones que guste al leer los diarios.

—Nadie saca ninguna conclusión, señor presidente, porque esos artículos y esas caricaturas no están hechos para sacar conclusiones, sino para difamarlo a usted y a su gobierno —insistieron.

Te encogiste de hombros y mostraste las manos abiertas, diciendo más con ese gesto que parecía prepararte ya para la crucifixión, que con las palabras finales.

—No podría actuar contra lo único que creo y que me mantiene en el puesto que ahora ocupo.

¿Y por eso, porque estabas hecho a la idea de la crucifixión, no atendiste a los susurros de que el movimiento militar estallaría el primer día de febrero, o no, que el día 3, o quizás el 5, durante la ceremonia conmemorativa de la Constitución, frente al monumento a Juárez, donde por un certero golpe de mano los conjurados se apoderarían de ti y de tu gobierno? Mira, hasta el embajador norteamericano, Lane Wilson, que de todo se enteraba y en todo participaba, tenía ya listo en Acapulco el acorazado *Denver*, para la protección de los intereses norteamericanos y hacía gestiones para que su colega británico hiciera otro tanto, en el mismo Acapulco, con el cañonero *Shearwater*.

El escenario estaba listo y la madrugada del domingo 9 de febrero, Rodolfo Reyes y un grupo de conspiradores se encontraban en el solar que rodeaba los muros rojizos de la prisión de Santiago Tlatelolco, pendientes de la aparición de las tropas sublevadas, y de cualquier señal que don Bernardo lanzara con el quinqué desde la ventana de su celda, en caso de algún contratiempo. El día anterior le pidió a Rodolfo que le llevara ropa interior nueva y recién lavada.

—Si caigo en el combate, quiero que hasta en el último de los detalles comprueben que fui un caballero decente y limpio.

Con la primera claridad, como enviados por el sol de Reyes del odio y la destrucción, cruzaron la plaza neblinosa del pueblo de Tlatelolco los primeros uniformes azules, los quepís blancos, las cartucheras de charol. Los guardias de la prisión no ofrecieron resistencia y varios de ellos se unieron al movimiento rebelde. Rodolfo tenía de la brida un nervioso caballo —lucero, enjaezado con silla militar cubierta con una piel de leopardo— y el grupo de soldados y civiles permanecía expectante, hasta que apareció en la puerta principal de la prisión la figura altiva, inconfundible, de un anciano de larga barba blanca, demacrado y con los ojos enrojecidos. La emoción reprimida desde meses atrás, se desató y surgieron los vítores, los gritos liberadores, y el sonar agudo de los clarines. Don Bernardo llevaba un traje *sport* negro, botas militares, sombrero de fieltro gris y un capote de general español que le regaló Alfonso XIII. Subió enseguida al caballo que le entregó su hijo y ya ahí, inclinándose sobre la montura, recibió los abrazos de los generales Mondragón y Ruiz.

—Vamos, la patria nos llama —dijo, sin lograr evitar las lágrimas.

Empezaron a avanzar, metiéndose dentro de la capa fría del amanecer. Los caballos martilleaban el pavimento de las avenidas y levantaban llamitas de polvo. Entre los gritos había uno que aún te provoca un vuelco del corazón (¿cuándo te acostumbrarás a él?):

—¡Muera Madero!

En la columna de sublevados que marchaba hacia la Penitenciaría a liberar a Félix Díaz destacaba, a la vanguardia, el corpulento general Gregorio Ruiz con su ostentoso sombrero negro, de charro, incrustado con arabescos de plata. Iba al frente de las fuerzas del primer regimiento de caballería de Tacubaya. Lo seguían el general Reyes y su hijo Rodolfo, con una escolta compuesta en su mayoría por aspirantes de la Escuela de Tlalpan. A la retaguardia cabalgaba el general Mondragón —flaco, las mejillas consumidas, bigote de altas puntas y ojos soberbios— con artilleros del 2º y 5º regimientos de Tacubaya. Además, se agregaban numerosos simpatizantes y curiosos en automóviles y a pie. Al pasar por una iglesia, el general Ruiz se detuvo para pedirle al sacristán que hiciera sonar las campanas y aquel repique simbolizó el inicio del «movimiento de liberación».

Mondragón había separado su fuerza de ataque en dos grupos y enviado de avanzada uno de ellos a tomar Palacio, lo que se consiguió sin dificultad, penetrando incluso por la puerta de honor entre vivas a Bernardo Reyes y a Félix Díaz y gritos de júbilo, ya que los guardias eran hombres del 20º Batallón, comprometidos con el levantamiento. Pero el general Lauro Villar, comandante militar de la plaza, recibió enseguida aviso telefónico de lo sucedido y se trasladó al cuartel de San Pedro y San Pablo para organizar el rescate con 60 reclutas del 24º Batallón de Infantería. Entraron sigilosamente por el cuartel de zapadores —en el costado sur de Palacio— deslizándose con ojos de gato en la oscuridad, el hombro pegado a la pared. En un momento —y apenas una media hora después de la llamada telefónica a Villar—, sin necesidad de disparar un solo tiro, los rebeldes se rindieron ante las 60 bayonetas caladas que cayeron como deslumbrantes relámpagos a sus espaldas. Villar los mandó encerrar en las cocheras y ordenó que la tropa leal se distribuyera convenientemente, con vigilancia en los balcones y en la azotea, además de una línea de tiradores afuera de Palacio, pecho a tierra, y pequeños morteros y ametralladoras emplazadas en las puertas principales.

En total desconocimiento de lo acaecido, y ya con Félix Díaz —traje gris de lana, pañuelo rojo al cuello y una gorra negra de fieltro que tocaba su cabeza ensombrecida, clavada en el pecho, «como si fuera a un funeral más

que a la conquista del poder », decía una crónica de *La Nación*—, la otra columna rebelde se encaminó hacia el centro de la ciudad por la calle de Lecumberri. En la de Moneda el general Ruiz, siempre a la vanguardia, avanzó decidido al galope — iba tan jubiloso que lanzó su sombrero de charro al aire—, sólo para toparse con dos ametralladoras Hutchinson montadas en trípodes, como fauces ávidas junto a cada uno de los garitones. Villar mismo lo bajó del caballo y lo hizo su prisionero, con una autoridad que podía más que la amenaza de las armas.

Uno de los jinetes del primer regimiento de caballería regresó con el general Reyes y sugirió prudencia. El odio contenido relampagueó en los ojos garzos de don Bernardo.

—¡Aquí sólo los cobardes toman precauciones! Contamos con los mejores elementos, con hombres, cañones y armas de toda clase. Aparte de la tropa de caballería a la que usted pertenece, por sí sola más fuerte que las que defienden Palacio, atrás de nosotros vienen las de los generales Félix Díaz y Mondragón. ¡Así que al ataque, soldado!

—No podríamos entrar...

Pero el jinete apenas si alcanzó a replicar, porque don Bernardo se adelantó, decidido, a ponerse al frente de los dragones. Con una nueva luz en la mirada, se alzó sobre los estribos y gritó:

—¡Señores, el fuego va a comenzar! ¡Que se aparten los cobardes que no estén dispuestos a dar la vida por la patria!

Mondragón y Félix Díaz intentaron también hacerlo entrar en razón, pero don Bernardo respondía con gestos de rechazo, pasándose una y otra vez una mano por la cara, como si apartara una sombra. Picó espuelas y partió al galope, seguido por un haz de infantes y jinetes, desasosegados y sin entender del todo qué extraña fuerza los lanzaba detrás de aquel anciano vehemente.

Tras él fue su hijo Rodolfo y lo alcanzó al volver la esquina, ya frente a la puerta Mariana, obligándolo a refrenar su marcha, poniéndole una mano afectiva en la brida del caballo.

—Padre, recapacite usted. Lo que está haciendo es una tontería. Tienen ametralladoras en las puertas y en las azoteas. Va a provocar una matanza inútil.

—Inútil es continuar como hasta ahora. Preferible la muerte a la indignidad — su labio inferior se proyectaba hacia el frente, tembloroso.

Rodolfo dirá que su padre iba como «encantado», sin ser él mismo — ¿poseído?—, deslumbrado por un sol que desgarró las capas de neblina y se instaló, muy fijo, en la mañana naciente.

—Mire, padre, la columna se ha detenido.

—Que se detenga la columna: yo no. ¡Que sea lo que ha de ser, pero de una vez!

Su hijo dirá también que tenía «la fiebre de la humillación, de la desesperación y del pesar, e incesantemente esperaba que la muerte llegara a liberarlo».

Se lanzó una vez más sobre los estribos, como para tomar impulso, respiró con profundidad el aire fresco, reciente, y avanzó seguido ya sólo por unos seis aspirantes y algunos entusiastas o simples curiosos. El Zócalo tenía mayor concurrencia que de costumbre, pues además de esos curiosos y partidarios estaba la gente —hombres, mujeres, ancianos y niños— que salía de oír misa en catedral.

Villar lo esperaba al borde de la acera, en la puerta central y delante de la valla de tiradores pecho a tierra. Había también un piquete de soldados recién llegados del cuartel de Teresitas, apostados contra la pared y con una sola rodilla en tierra. Permanecían todos inmóviles, como con la respiración contenida, bajo aquel sol también fijo. Al acercarse Reyes, el aire volvió a circular y los ojos de todos se abrieron mucho.

—Ríndase, don Bernardo. No tiene usted ninguna posibilidad de trasponer esta puerta —le gritó Villar saliendo hasta la media calle, imperativo pero con cierto tono de afecto.

—Apártese de esta puerta, Lauro. Nada podrá impedir que pase yo por ella.

Y continuó su avance sonámbulo. Casi echó el caballo encima de las ametralladoras. Rodolfo, que iba detrás, le gritó:

—¡Te matan!

—¡Pero no por la espalda!

Ésa, su última frase, pareció la orden de fuego que prendió la mecha. La mañana transparente se incendió con un fuego cruzado al que se agregaba el de las fuerzas rebeldes parapetadas —entonces se descubrió que las había— en las torres de catedral.

Don Bernardo cayó primero ante la puerta —que a pesar de todas las oportunidades que tuvo en el pasado, no se había hecho para que la traspusiera en calidad de conquistador—, se prendió a las crines del caballo y luego resbaló sobre su hijo Rodolfo —que en ese momento llegaba a su lado—, rodando los dos a tierra. Y fue el cuerpo ya sin vida de su padre —cálido aún— el que salvó a Rodolfo de las siguientes descargas.

El combate duró unos 20 minutos. Rechazados los rebeldes, retrocedieron hacia las calles de Seminario, de Plateros, de 5 de Mayo. Algunos se refugiaron en los portales y otros fueron a reintegrarse a la columna de Félix Díaz y de Mondragón, detenida, indecisa, en la calle de Moneda.

De los combatientes quedaron muertos unos 200 hombres. De los otros, de los que más te duelen, de los sacrificados por el azar cruel o por su curiosidad aciaga o por sus simpatías equivocadas, de éstos, más de mil. ¿Quieres verlos? ¿Te ayuda en algo? ¿Aminora la culpa mirarlos así, de frente, los ojos fijos en un punto indefinido del cielo, los labios entreabiertos como conteniendo un último grito de reclamo? Tu secretario particular, Sánchez Azcona, contará: «El chofer dijo que era muy difícil seguir adelante por los numerosos cadáveres y heridos que yacían por doquier, y abandonamos el auto para ganar a pie la entrada a Palacio. Inolvidable marcha aquella. Teníamos literalmente que saltar sobre muertos y heridos. Yo llevaba zapatos amarillos y más tarde advertí que estaban manchados de sangre y aún tenían adheridos cabellos y trozos de masa encefálica...».

Mira, escucha las palabras que Querido Moheno le dirigirá a Rodolfo Reyes dentro de algún tiempo, unos meses apenas, la noche en que éste ocupará su curul en la Cámara de Diputados:

—He aquí, señor licenciado don Rodolfo Reyes, lo que habéis hecho de vuestro padre: un harapo sangriento sobre el cual hay un sucio revolver de moscas hambrientas y negras. He aquí, señor licenciado Reyes, el fruto rojo de vuestros rencores, de vuestras ambiciones desenfrenadas y torpes. Sois digno, más que de odio, de intensa lástima. ¡Parricida!

Y mira, lee la carta que publicó en los periódicos el general Mondragón el 26 de junio de 1913, poco antes de abandonar el país, dirigida a Félix Díaz.

«Por lo demás, no debería extrañarme la conducta inquieta del consejero que ha escogido usted: Rodolfo Reyes. Si subió al ministerio sobre el cadáver de su padre, nada tiene de particular que compre su continuación en el gabinete con mi ostracismo político.»

¿Por qué? La verdad es que Rodolfo —al lado de su padre hasta el final, con riesgo de su propia vida, instándolo a recapacitar— no trepó sobre el cadáver sino que éste, como por un milagro, lo salvó de una muerte inminente. ¿Por qué descartar que don Bernardo, en un último acto de lucidez y de amor, intencionalmente se dejó caer sobre el cuerpo de su hijo? Él, que hasta ese instante había andado como obnubilado, afiebrado por quién sabe qué sol, sin oír ni atender nada ni a nadie.

Pero tal vez lo más significativo y revelador haya sido el comentario que al día siguiente de los sucesos —lunes 10 de febrero— publicó en primera plana el periódico maderista *Nueva Era*: «Con su actuación, el general Bernardo Reyes ha demostrado una locura y una ambición sólo comparables a las de don Nicolás Zúñiga y Miranda».

De nuevo, el mejor punto de referencia para entender a todos (a todos nosotros) era el eterno y grotesco opositor a Díaz (y a todos nosotros) que continúa, continuará siempre como un espectro paseando por la Alameda con sus carteles pintarrajeados, vestido ostentosamente con levita cruzada, chistera, condecoraciones de latón y un ancho listón tricolor sobre el pecho.

Aquella mañana del 9 de febrero despertaste antes de lo acostumbrado, casi al amanecer, y estuviste en la terraza del Castillo mirando a la ciudad apacible surgir de las sombras. Una fresca neblina, como una capa de gasa, cubría el océano verde de ahuehuetes. Era esa hora en que, parece, bastaría una duda, una indecisión —¿de quién?— para que el sol no naciera. Miraste casualmente hacia el rumbo del barrio de Tlatelolco y al pensar en su iglesia, en su plaza polvorienta, en los muros rojizos de su prisión, te invadió una cierta agitación, que no hizo sino confirmarse cuando, minutos después, una llamada de Federico González Garza, gobernador del Distrito Federal, te enteró de lo que ahí sucedía.

A Sarita, que se mostró particularmente nerviosa y «temía lo peor», le dijiste, tomando una de sus manos entre las tuyas:

—No pasará nada, mujer. Verás que al mediodía ya estoy en mi despacho de Palacio.

—¿Por qué Bernardo Reyes?

—Tal vez porque es el símbolo de una enfermedad que, para terminar, necesita antes manifestarse plenamente. Te aseguro que al derrotar a Reyes, lo que restaba del antiguo régimen habrá muerto.

—¿Sabes con lo que sueño últimamente una y otra vez, Pancho? Con nuestra hacienda de Parras, pero tal como era cuando nos casamos. Estamos ahí, en la terraza, sentados en el sofá de mimbre, mirando el atardecer. ¿Te acuerdas que decías: la iniciación espiritual empieza por aprender a mirar un atardecer?

—Por desgracia, no es tiempo de mirar atardeceres.

—Cuánto hemos perdido, Pancho.

—Pero lo vamos a recuperar, mujer. Verás —dijiste, palmeando su mano con la tuya, infundiéndole lo más posible de calor y de fortaleza.

¿No se te hizo un nudo en la garganta al pronunciar esa última frase? Porque, era cierto, cuánto habías perdido, lo sabías, pero también sabías que, para entonces, era irrecuperable. Y deseaste que no fuera cierto, que tus presentimientos —producto quizá de la autosugestión, contra la que tanto te habían prevenido— no se realizaran, no necesariamente tenían que realizarse,

la pesadilla pasaría y despertarías allá, en el otro lugar, aquel del que nunca debiste haber salido, entregado plenamente a tus atardeceres al lado de tu mujer y a tantas otras cosas con las que hacías más el bien que ahora, con todo el poder de un presidente. ¿Será que el poder es, finalmente, incompatible con hacer el bien? ¿Y por eso, porque lo supiste desde siempre, no te restaba sino el sacrificio para demostrarlo, para demostrar que un presidente bueno, que no fusila, que no reprime, que cree en la libertad individual e intenta la pacificación a toda costa, es inconciliable con el poder absoluto que corrompe absolutamente? Y de ese sacrificio que presentías —pero si te lo dictaron años atrás los espíritus con toda claridad, cuál autosugestión—, era del que no había regreso, no podía haberlo.

Al enterarte de que Palacio había sido recuperado por las fuerzas leales, decidiste ir ahí, seguro de que, independientemente de cualquier peligro, era el lugar en donde te correspondía estar, tal como se lo habías dicho a Sarita. El ministro de Guerra, Ángel García Peña, que te acompañó desde las primeras horas de la mañana, fue al Colegio Militar, a espaldas del castillo, y mandó tocar reunión. Llegaste montando un caballo blanco de gran alzada y arengaste a los cadetes:

—Acaba de sofocarse una sublevación en Palacio Nacional, y en esa sublevación la Escuela de Aspirantes, arrastrada por oficiales indignos de su uniforme, echó por tierra el honor de la juventud del ejército. Este error sólo puede enmendarlo otra parte, la más importante de la juventud militar: ustedes. Por eso vengo a ponerme en manos de este gran colegio, cuyo apego a la disciplina no se ha desmentido nunca. Alumnos del Colegio Militar, los invito a que me acompañen en columna de honor hasta las puertas de nuestro Palacio Nacional...

Los cadetes presentaron armas y respondieron como con una sola voz:

—¡Viva el presidente de la república! ¡Viva Madero!

Iniciaron la marcha dentro del domingo luminoso, acompasando el ritmo de sus pasos en la tierra húmeda del bosque, orgullosos de llevarte al frente con tu sonrisa franca, plena de confianza. En el Paseo de la Reforma, empezó a unirse gente del pueblo —mendigos, boleros, barrenderos, vendedores ambulantes, periodiqueros, hombres y mujeres de edad que salían de las iglesias, jóvenes enardecidos que a gritos reclamaban armas para defenderte, fíjate, reclamaban a gritos armas para defenderte— y que también te custodiaban de algún posible ataque de otras fuerzas rebeldes, agazapadas en quién sabe qué rincones de la ciudad. Parecía que se hubiera corrido la voz: de todos los sitios surgían amigos, partidarios entusiastas, funcionarios del

gobierno. Al pasar frente al Café Colón se te unieron Manuel Bonilla, secretario de Fomento, y Ernesto Madero, secretario de Hacienda. En la Plaza de Reforma se incorporó, armado y municionado, el Cuerpo de Bomberos, y un poco más adelante la Gendarmería Montada y dos secciones del Batallón de Seguridad, así como miembros del Partido Constitucional Progresista, con una bandera desplegada, que instaban al pueblo a armarse y a defenderse, y que contagiaron a los demás para que insistieran en lo de pedir armas, armas, armas: justo lo que más temías y querías evitar.

En la Alameda era ya una gran columna, infundida de un ánimo exaltado, que provocó en ti la sensación de que el tiempo daba una maroma y te ubicaba de nuevo en el cenit de tu gloria: año y siete meses antes, el 7 de junio de 1911, en que entraste a la Ciudad de México como jefe máximo de una revolución triunfante y tu popularidad, dijeron, sólo era comparable a la de la Virgen de Guadalupe. Al pasar por los mismos sitios —¿no era aquel niño harapiento, trepado en un árbol, el mismo que te saludó entonces?— y escuchar las mismas aclamaciones de júbilo, debes de haberte preguntado si el final tendría que ser, necesariamente, tan trágico como *ellos* te lo predijeron. Porque entre los gritos triunfalistas se colaban otros, como latigazos de sombra, que te obligaban a regresar a la realidad (¿pero a *cuál* realidad?): armas, armas, armas, y de lo único de que estabas seguro era de no querer más sangre, no podías ya con la culpa que te provocaba tanta sangre derramada.

De pronto, como si corporificara tus pensamientos, del último piso del edificio de La Mutua, en la esquina de San Juan de Letrán y 5 de Mayo, surgió un disparo que derrumbó al joven clarín que cabalgaba a tu lado. Hubo que detenerse y, en lo que se atrapaba al francotirador y se echaba un vistazo a las calles por las que ibas a pasar, buscaste refugio con algunos de tus ministros en la casa ocupada por la Fotografía Daguerre, frente al Teatro Nacional. Pero era tal la exaltación de la gente que te seguía y el reclamo que de ti hacía, que tuviste necesidad de salir al balcón a saludar, y en ese momento viste surgir de entre la multitud a Victoriano Huerta con sus lentes oscuros y su holgado abrigo negro —de nuevo, como un ave agorera, como una proyección de tu propio inconsciente. ¿Le temiste más que a las propias fuerzas rebeldes que acababa de derrotar el general Villar? Entró en la casa y un instante después estaba a tu lado, muy amable, palmeándote en el hombro, poniéndose a tus órdenes, protegiéndote, saludando también a la gente, concretando lo inevitable.

¿Quién te sugirió que lo nombraras comandante militar de la plaza, en lugar del general Lauro Villar, que había sido herido en un hombro y requería de una operación quirúrgica urgente? Unos asegurarán que fueron Gustavo y tu padre. Otros que el ministro de Guerra. Alguno más que el propio Lauro Villar (quien al cederle el mando le advirtió: «¡Cuidado cómo te portas, Victoriano!»). Pero ya ni recuerdas quién te lo sugirió, ¿verdad? Porque lo importante es que la decisión última, sin remedio, la tomaste tú. Y tenías que tomarla, tenía todo que resolverse así, ¿no es cierto? A pesar de que acababas de decirle al ministro de Guerra que Huerta despertaba «toda tu desconfianza»; a pesar de sus antecedentes porfiristas y reyistas, y de la burla y el descaro con que te había tratado en el asunto de Morelos en agosto del 11, cuando negociabas con Zapata; a pesar de los rumores que corrían de su complicidad con los sublevados y de que apenas unos meses antes estuviste a punto de expulsarlo del ejército y ya no querías saber nada de él; a pesar de que podías haber elegido en su lugar al siempre fiel Felipe Ángeles. Y a pesar de que, tercamente —ahí, a su lado, mientras sonreías a quienes te aclamaban, bañado por esa luz a la vez tierna y vehemente que tanto te trascendía, y al tiempo que tremolabas una bandera que acababan de entregarte—, tercamente querías todavía hacerte a la idea de que no todo estaba perdido, no tenía por qué estarlo, por supuesto que no. ¿Y si de veras eran pura autosugestión los dictados aquellos que te hicieron? ¿Y si abjurabas de la estrella inmérta y terrífica que te tenía reservado el destino?

Doña Aurelia Ochoa viuda de Reyes fue a reclamarte el cadáver de su marido para hacerle un entierro «como se merecía», y te negaste por el alboroto que causaría en una ciudad ya de por sí conturbada. Ella replicó:

—No le tenga usted miedo a Bernardo, señor Madero... No se preocupe, los muertos no hacen nada...

¿Qué pensaste entonces? ¿Qué piensas ahora?

Pero mira, las piezas de la fatalidad empezaban a distribuirse y a colocarse en su sitio correspondiente. La columna rebelde se reintegró en la estatua de Carlos IV, en Juárez y Reforma, y a partir de ahí decidió su marcha hacia el sur, hacia la Ciudadela. Eran las 11 de la mañana de aquel esplendente domingo.

La vieja fortaleza alzaba sus gruesos muros de tezontle rojizo ante otro de los símbolos más sombríos de la dictadura: el antiguo convento de Belén de las Mochas, convertido en cárcel preventiva. También, colindaba con el edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes y con la Sexta Demarcación de Policía. En el interior de la Ciudadela se encontraban los Almacenes Generales de Artillería, la Fábrica de Armas y la Maestranza Nacional: buena parte del armamento y de la producción de armamento de que disponía el gobierno.

Mondragón y Díaz mandaron emisarios solicitando una rendición que creían fácil de obtener: la noche anterior, el jefe militar de la guarnición había ofrecido entregarla sin reparos. Sin embargo, para entonces había llegado ya el general Manuel Villarreal con unos cuantos soldados leales, enviado por Villar para reforzar la protección de la zona, y su respuesta, negativa a la rendición, fue contundente. Los rebeldes emplazaron sus cañones e hicieron avanzar las tropas.

Villarreal dispuso la defensa, pero no sabía qué parte de la oficialidad del lugar se encontraba comprometida con los sublevados, y acababa de dar la orden de fuego cuando recibió un balazo por la espalda. Todavía alcanzó a escuchar a una corneta tocar el cese al fuego y, ovillado en el suelo, levantando una mano crispada, impotente, gritó sus últimas palabras:

—¿Quién ordenó cesar el fuego? ¡Carajo, siquiera esperen a que muera para rendirse! ¡Cobardes!

Con el sol vertical del mediodía —ante el que murió Villarreal y se rindió la Ciudadela— empezó, ya del todo, la representación: sin solicitar autorización, de un modo arbitrario e inicuo, Huerta ordenó el inmediato fusilamiento del general Gregorio Ruiz a pesar de su fuero de diputado federal (era obvio que se desembarazaba de un testigo peligroso que conocía

su connivencia con Félix Díaz). Ante el hecho consumado, le pediste una explicación y te respondió con su acostumbrado desdén:

—Son cosas de militares.

Estabas ya —tú lo elegiste— «en manos de Victoriano Huerta». A regañadientes acató la orden de no fusilar al resto de los prisioneros, en su mayoría aspirantes de la Escuela de Tlalpan, que continuaban encerrados en las cocheras de Palacio, y salió —aún más sombrío, bamboleando su holgado abrigo negro y con sólo el brillo de los espejuelos en el rostro— a «organizar» el rescate de la Ciudadela.

Aparentemente la conspiración estaba liquidada: los rebeldes se encontraban encerrados en un recinto vulnerable y hasta Rodolfo Reyes dirá: «No entiendo las artes militares, pero creo que si los federales hubiesen colocado su artillería debidamente, la Ciudadela habría sido barrida por el fuego de los cañones. Entonces habrían podido capturarla por asalto».

Por supuesto. Y los federales podían también mantener un cerco estrecho, sin permitir la entrada de agua y de alimentos, y en un par de días hubieran capitulado los rebeldes. O, simplemente, tomarla a sangre y fuego como lo hizo Sóstenes Rocha en 1871, cuando la revuelta del general Negrete. Pero carecías ya de capacidad para tomar soluciones drásticas —«No quiero más víctimas, por favor», le dijiste a Sánchez Azcona, en pleno inicio del holocausto— y te dejabas conducir a la deriva, no sólo por las manos de Victoriano Huerta, sino, sobre todo, por tu aciago destino. En lo político, temías un conflicto con los Estados Unidos: ese mismo día, Lane Wilson informó al Departamento de Estado: «El Palacio Nacional es el único lugar que permanece fiel a Madero». Imagínate, cuando en realidad la Ciudadela era el único recinto que te rehusaba la fidelidad. Y aún agregó que la opinión pública se mostraba «abrumadoramente en favor de Félix Díaz». Más tarde, con el aval de «todo» el cuerpo diplomático, aunque en realidad sólo mencionó a Cologan, de España, a Von Hintze, de Alemania, y a Stronge, de Inglaterra, telefoneó a Lascuráin, ministro de Relaciones Exteriores, para saber «categóricamente» si el gobierno mexicano tenía la capacidad para ofrecer verdadera protección a los extranjeros. A pesar de que Lascuráin contestó afirmativamente, Wilson volvió a mentir y su informe al Departamento de Estado fue: «No logro obtener garantías», y ofreció un proyecto inaudito: «Estoy convencido de que el gobierno de los Estados Unidos, en interés de la humanidad y en cumplimiento de sus obligaciones políticas debería enviar instrucciones de carácter firme, drástico y quizás

amenazantes para ser transmitidas personalmente al presidente Madero». El verdadero cerco estrecho, como verás, no fue a la Ciudadela sino a ti.

Pero aún hiciste un último intento por modificar la colocación inminente de las piezas: a González Garza le pediste que enviara un representante del gobierno con Zapata, «para invitarlo a pelear contra el enemigo común», y tú fuiste a Cuernavaca por Felipe Ángeles.

—¿Va usted a poner a Huerta bajo las órdenes de Felipe Ángeles, señor?
—te preguntó González Garza.

—No lo sé —contestaste, sin levantar los ojos de un oficio que firmabas
—. Es posible.

¿Era posible?

Elegiste un auto abierto para el viaje. Cuando te preguntaron si no resultaría peligroso, chasqueaste la lengua y respondiste:

—Cómo andar con precauciones si hay tanta gente inocente a la que está sacrificando esta situación.

Empezaba —apenas empezaba— a volverse insoportable el trance. Cuánto hacías tuyo todo el pesar que te rodeaba y cómo hubieras deseado que una bala certera contra el auto abierto acelerara el final inexorable.

En una pieza del hotel Bellavista de Cuernavaca, acordaste que Ángeles movilizara mil hombres a la capital y reemplazara a Huerta como comandante militar de la Plaza. El capitán Gustavo Garmendia, que los acompañaba, preguntó por qué se le había dado ese puesto en forma tan precipitada a Huerta, y conturbado respondiste que había sido un compromiso del momento, pero que en realidad no te gustaba nada Huerta y le tenías suma desconfianza.

El aire de optimismo regresó y hasta se dio por descontado el triunfo sobre los 800 rebeldes parapetados como ratas en la Ciudadela.

—Supongo que habrá que fusilarlos a todos —dijo Garmendia, quien tenía la virtud de ir al grano.

Palmeaste un brazo de tu fiel capitán y contestaste con una sonrisa que brillaba más en los ojos:

—Una vez que hayamos vencido, le aseguro que no habrá más sangre derramada inútilmente, capitán.

—¿Le parece inútil la sangre que se derrama por acabar con los traidores, señor? —insistió.

—Toda la sangre derramada por un conflicto entre hermanos es inútil, se lo aseguro.

¿Cómo podía hablar así el jefe de una revolución triunfante, que además él mismo inició? Pero aquel había sido *otro* Madero, ¿no es verdad?, y para entonces —como ahora— sólo te provocaba culpa y no querías ya saber de él. «No más víctimas, no más víctimas, por favor», resumía tu súplica a Sánchez Azcona.

El general Ángeles, con la espalda echada sobre el respaldo de la incómoda silla de pino, terció en la conversación desde atrás de la nube de humo que levantaba su cigarrillo:

—Si usted cayera en manos de los rebeldes, señor presidente, ¿cree que le perdonarían la vida?

Tu sonrisa se acentuó; aunque mejor sería decir que al abrirse se hizo más suave.

—Estoy seguro de que no, general. Pero si ése fuera el precio por acabar con el conflicto, le juro que lo pagaría gustoso...

—Lo entiendo, señor. Sin embargo, no veo para qué estamos especulando sobre algo que no sucederá, que no puede suceder.

—No, no tiene por qué suceder, general.

Ángeles también sonrió, soltando una bocanada de humo que se distendió en lo alto.

Pero apenas regresaste a la capital aceptaste el argumento del ministro de Guerra de que Ángeles carecía de rango militar para sustituir a Huerta, y por un melindre como ése pusiste entonces en manos de Huerta a Ángeles, lo que significaba anularlo a él y a sus mil hombres. Huerta lo despreciaba, lo llamaba «napoleoncito de pacotilla», y por lo pronto lo mandó con sus cañones y sus estrategias de gran artillero a un sitio —cerca de la estación de ferrocarril— en donde no haría daño. Ángeles te mandó un oficio: decía que con los proyectiles Sharpnel que le habían dado no abriría brecha ni siquiera en los muros de las fincas circundantes a la Ciudadela. Tú, claro, le turnaste el oficio a Huerta, quien sin necesidad de entrar en detalles («eran cosas de militares»), respondió que resolvería el problema enseguida. Y le creíste, porque ya sólo a él lo escuchabas. Y por eso cuando te aseguraron que habían visto a Huerta conferenciando con Félix Díaz en la pastelería El Globo, en plena avenida San Francisco, «te rehusaste hasta la irritación» a dar crédito a tales decires, según contó Sánchez Azcona, quien te estimaba de veras. Como también te estimaba el embajador cubano Márquez Sterling, y tampoco a él lo escuchaste porque ya no escuchabas a nadie, y por eso, según dirá el propio Márquez Sterling: «La lucha tornóse una farsa empapada en sangre. El gato se puso de acuerdo con el ratón. Huerta reunió toda la baraja en su mano, y jugó, tranquila y fríamente, sobre el tapete político, un trágico solitario de naipes». Y por eso Félix Díaz y Mondragón entraban y salían de la Ciudadela cuando les venía en gana, al igual que los carros con abasto, y a veces hasta con bebidas alcohólicas, porque además, nomás imagínate, Huerta ni siquiera les cortó el teléfono, como lo probaron los cables que permanecieron intactos durante los 10 días que duró la farsa. Hasta la legación de Japón se desesperó y envió a un representante a ofrecerte algunos de los dos mil japoneses residentes en la capital —no hacían falta sino unos cuantos, dijo— para que, armados con dagas, arrastrándose en la oscuridad, con toda discreción, degollaran primero a los centinelas de la Ciudadela y luego a los cabecillas que tú indicaras, con lo cual al día siguiente, sin necesidad de disparar un solo tiro, la fortaleza estaría de nuevo en tus manos. Te indignaste.

—Los asuntos de los mexicanos los arreglamos los mexicanos —y permaneciste muy serio el resto de la reunión, de pie a un lado del escritorio, con las manos anudadas a la espalda.

Mientras tanto, Huerta acababa tranquilamente con tus soldados más fieles, como el destacamento de fuerzas rurales («mis bravos rurales», los llamabas) a los que ordenó avanzar a caballo, sin más armas que sus sables, por la calle de Balderas, sólo para que las ametralladoras de la Ciudadela despedazaran sus cerradas formaciones. Míralos, óyelos, con sus trajes charros de gamuza y sus largos sables en alto.

—Ordena mi general Huerta que usted con su regimiento dé una carga a fondo por la calle de Balderas, abatiendo los puestos rebeldes hasta la esquina de la Asociación Cristiana.

—¿Pero cómo? ¿Vamos a cargar a caballo... al descubierto? ¡No quedaremos ninguno! —contestó apretando las quijadas el comandante de los 300 valientes.

—Ésa es la orden.

Sólo lo dudó un momento, porque ante la evidencia de lo inevitable se volvió hacia sus hombres, se levantó sobre los estribos y dio la orden fatídica:

—¡Escuadrones, atención! ¡Por secciones! ¡A la derecha para marchar en columna de cuatro por frente! ¡En nombre del gobierno de la república, a la carga!

Óyelos cómo gritaban jubilosos al lanzarse al galope dentro del oscuro túnel que les prepararon las ametralladoras enemigas:

—¡Viva Madero!

Y tampoco escuchaste a Vasconcelos, otro de tus amigos, de lealtad insospechable, igualmente desesperado, a quien además tu esposa pidió el favor de que hablara contigo, te abriera los ojos, te convenciera de las artimañas de Huerta.

—Dígaselo a Pancho... Todo el mundo desconfía del general Huerta; váyase pronto a ver a Pancho. Se lo ruego...

Y primero se lo preguntó Vasconcelos a García Peña, ministro de Guerra:

—¿Por qué no asaltan la Ciudadela y acaban en dos horas con ese manojo de ratas? Es una vergüenza que un puñado de hombres tenga en jaque a toda la nación, que está en paz y apoya al gobierno.

Y García Peña le contestó:

—Eso no me compete; la responsabilidad de la situación la tiene el general Huerta.

A tu vez, ya en tu despacho de Palacio, ante el asombro de Vasconcelos, argumentaste:

—No acaba de emprenderse el asalto de la Ciudadela por temor a causar destrozos en las casas circundantes. El embajador americano amenaza con practicar un desembarco marino en Veracruz si se causa perjuicio a uno solo de los yanquis que viven en la zona amenazada... La revuelta no está ya en la Ciudadela, sino en el espíritu de míster Wilson...

Aún insistió Vasconcelos en que eso era independiente de los rumores, que en realidad ya no eran tales sino hechos comprobados, lo que todo el mundo veía.

—Se dice que Huerta le ha quitado a usted el mando...

Entonces, como si hubiera adivinado que hablaban de él, apareció el propio Huerta en el despacho, «con el andar zigzagueante de fiera cauta». Lo incluiste en la conversación y hasta le pasaste un brazo por el hombro.

—A ver: oiga usted, general, oiga lo que dice Vasconcelos —delatando, por lo demás, a tu amigo, al que ya no oías, al que ya no podías oír, porque aunque no lo dirá Vasconcelos, seguramente estabas fascinado (pero a la vez tan temeroso) de tener a tu lado a Huerta, pasándole un brazo por el hombro mientras agregabas, sonriendo:

—Ya ve usted, licenciado... Aquí está el general Huerta, todo lealtad...

Y debe de haber sido la última imagen —terrible pero reveladora— que le dejaste a Vasconcelos, quien será de los pocos que *casi* entendieron lo que te sucedió: «...el destino, al consumir fines tortuosos, ciega a los más lúcidos en el instante en que va a destruirlos. Sobreviene una especie de parálisis la víspera de las derrotas injustas, pero inevitables. La maldición que pesa sobre nuestra patria oscureció la mente del más despejado de sus hijos. Entorpeció la acción del más ágil de sus héroes. A Madero le envolvió la sombra».

Lo que no podía suponer Vasconcelos —tan escéptico, además, ante el espiritismo— es que a pesar de la ceguera y de la parálisis, tú de alguna manera sabías —y desde cuándo— lo que iba a sucederte, y en aquellos momentos sólo deseabas que sucediera de una buena vez.

Sí, mírate, mírame, míranos pasando el brazo por el hombro de Huerta, sonriéndole. Qué extraño ceremonial, ¿no te parece? Algo que te produce un horror al que sería imposible buscarle el nombre, una doble danza fascinante que encadena al victimario y a la víctima, un cumplimiento inevitable que los mueve, acompasadamente, hacia la meta común, predicha, dictada y anotada.

Mira esa batería de cuatro zancudos cañones de 75 mm emplazada en la estación de Colonia y cuyo blanco, invisible, debería ser la Ciudadela. Acércate un poco más al espejo. Sólo al volver a ver, una y otra vez, las escenas que más te culpabilizan podrás, quizá, desvanecerlas, convertirlas en humo, como a tantos otros recuerdos. Escucha.

—¡Platillo 24! ¡Arco 108! ¡Corredor 34! ¡Tiro de ráfaga! ¡Cinco cartuchos por pieza!

El general Rubio Navarrete sujetó con fuerza las riendas de su hermoso caballo pardo mientras con la otra mano blandía un sable.

—¡A discreción...! ¡Fuego!

Ahora, hermano, sigue la trayectoria de ese proyectil que como un ave se ha desprendido del bramido del cañón y desgarrar el aire de la mañana. Escucha su largo, agudo silbido, y mira el impacto que produce en una casa de la colonia Juárez, la que se estremece como un barco que acabara de encallar.

Y ese nuevo proyectil ha dado, ahora, en una casa de la colonia Roma: desmorona una de sus esquinas y obliga a sus aterrados habitantes a salir dentro de la nube de polvo, a buscar refugio, ¿en dónde? Porque, por otra parte, míralos en la Ciudadela, Mondragón y Díaz, con una actitud de lo más grave y falsa, anotan cifras y dibujan parábolas en un gran pizarrón de pared a pared, pero la verdad es que tampoco les importa demasiado dónde caigan los proyectiles y ordenan dispararlos en todas direcciones como fuegos artificiales. Hay que entenderlos: no estaban en un campo de batalla sino en el corazón de una ciudad a la que debían atemorizar hasta la desesperación para, entonces, con la ayuda del urdidor Lane Wilson, hacer caer a tu gobierno. Ésa era su estrategia. Y como la de Huerta era apoyarlos, errar los tiros que sus cañones lanzaban contra la Ciudadela, matar civiles, no vencer, entonces comprenderás que la única víctima era, sin remedio, la ciudad misma. Escaseaban los alimentos, los teléfonos habían enmudecido, no había luz eléctrica, ni tranvías, ni periódicos, ni gendarmes y sobre los cadáveres en descomposición en plena calle se cernía, mefítica, la nube de una epidemia.

Asómate a uno de los atardeceres de la ciudad, a uno de sus atardeceres fríos y tristes, mira, su cielo rojizo y humoso ya no lo cruzan palomas blancas ni llaman al rosario las campanas de los templos. Espera a que caiga la noche con su gran peso, aún más triste, iluminada sólo intermitentemente por los relámpagos azules de los cañones que dejan, como hitos del drama, lengüetas de incendios. En las calles solitarias aparecen retenes de sombras con bayonetas que atrapan finos rayos de una luna recién surgida. Una ambulancia ululante de la Cruz Roja se mete en la oscuridad, abriéndola de cuajo. Detente en una esquina, escucha el grito de un soldado:

—¡Quién vive!

Observa la figurita fantasmal correr entre una hilera de cadáveres, tropezando, volviéndose a levantar, intentando desesperadamente reintegrarse a la noche. Mira, la flama de un tercer disparo la derrumbó.

Luego, dos soldados avanzan con cautela —sus bayonetas apuntando al frente horadan la capa de frío— y se detienen ante un cadáver casi desnudo, escarchado bajo la luz de la luna, al lado del cual cayó el niño, retorciéndose como una pequeña víbora y emitiendo un apagado gemido.

—Escuincle pendejo, qué andas haciendo aquí —dice uno de los soldados.

Dentro de la mueca de dolor, el niño descubrió unos ojos suplicantes. Extendió una mano crispada que parecía buscar un asidero para elevarse. El soldado lo miró un instante, parpadeó, y volvió a disparar. El otro soldado dio un paso hacia atrás y se contagió de la mueca de dolor que acaba de ver en el rostro infantil.

—Es mejor así —dijo el soldado mientras miraba la punta del fusil, aún humeante—. Luego se siente más gacho dejarlos nomás heridos. Pa'qué.

El pequeño cuerpo sufrió un último estremecimiento y luego se aquietó, lacio, con las facciones afiladas, lívidas, y los ojos desorbitados, muy fijos en la alta luna.

—Ves, por eso hay tanto cadáver desnudo. Los muy cabrones mandan a sus escuincles a despojarlos de ropas, zapatos, dinero, relojes o cualquier porquería, y cómo jijos va uno a adivinar —para mayor demostración, con la punta del fusil removía los cadáveres, acosados por el bordoneo de las moscas.

Los soldados continuaron su caminata entre muros partidos, techos con boquetes, fachadas picoteadas por la lluvia de balines, tejas rotas. Uno de ellos no dejaba de suspirar y apoyaba apenas los pies entre los escombros, como si sus pasos pudieran lastimar a alguien. Encendió un cigarrillo —lo

fumó con avidez, sin desprenderlo de los labios— y convirtió la colilla en un cocuyo al lanzarla a la oscuridad. Entraron en una casa semiderruida y entre maderas carbonizadas y objetos pulverizados encontraron más cadáveres que arrastraron con dificultad a la calle dentro de nubes de polvo y humo que, parecía, intentaban borrarlo todo, mezclarlo todo, disolverlo todo.

—Total, de todas maneras se va a chamuscar —dijo uno de los soldados al despojar del reloj de pulsera a un brazo flácido.

Casi al amanecer, se incorporaron a una patrulla que rociaba con petróleo los cadáveres y les prendía fuego. Uno de los soldados suspiró aún más y sus ojos se abrieron mucho, como para que cupiera completo el espectáculo de ver los cuerpos que parecían resucitar, recomponer sus miembros por efecto de las primeras llamas, y que otras llamas hacían chisporrotear, chasquear, retorcerse.

—Por curiosos —dijo uno de los soldados.

—¿Qué? —preguntó el otro, con dos llamitas que se le habían metido a las pupilas.

—¿No viste en la mañana?

—Estuve acuartelado.

—Algo se había dicho de una tregua y como amaneció muy tranquila la ciudad, se confiaron. Primero nomás asomaban la nariz pero al rato ya estaban a media calle, los muy pendejos, plátique y plátique muy preocupados por la falta de comida. Sobre todo las pinches viejas empezaron a curiosear por todos lados muy asustadas y persignándose. Pinches viejas curiosas, hasta se metían en las casas y rezaban avemarías y responsos en torno a los vecinos muertos. Algunos otros andaban por las tiendas, dizque intentando abrirlas a la fuerza, ayudándose, haciéndose bolita, o iban por carretelas para cargarlas con cachivache y medio y aprovechar la tregua para irse de la ciudad. Y, de pronto, no te imaginas, justo a las dos de la tarde la tregua se fue al carajo, volvieron los bombazos y empezó el corredero. Se atropellaban, se aplastaban y pasaban encima de los niños o trataban de derribar las puertas más próximas a puñetazos. Pobres. Dicen que nomás hoy en la mañana murieron más de 300 güeyes que ni la debían ni la temían en este relajo.

El otro soldado soltó uno de sus largos suspiros, tragándose todo el aire con olor a carne chamuscada. Le resultaba más soportable que el aire fétido de antes, al que sintió aligerarse, deshacerse, alejarse empujado por el humo que desprendían las llamas.

—Ya por lo menos podemos respirar —dijo y parpadeó, encandilado por los cuerpos convertidos en hogueras tranquilizadoras.

El cerco se estrechaba y las decisiones equivocadas se sucedían: mandar como emisario de paz a la Ciudadela a De la Barra, enemigo de la revolución si los hubo, huertista de corazón como te demostró durante el interinato, en especial con su actitud ante Zapata. Por supuesto, también estaba de acuerdo con Mondragón y con Díaz y de regreso de las «negociaciones» de paz te dijo que se negaban a suspender el fuego y que exigían tu renuncia y la de Pino Suárez de inmediato. Incluso, dijo que Díaz aseguraba contar con el apoyo de los gobiernos de Puebla y de Tlaxcala y con una gran columna de tres mil hombres, al mando de un jefe de confianza, que se hallaba a las puertas de la capital. Fíjate, ¿ni siquiera esa alusión a las tropas de Blanquet, estacionadas en la Tlaxpana, percibiste? ¿Tanto te cegaba ya la ambivalencia que vivías? Porque tú, por tu parte, cifrabas en buena medida el triunfo, precisamente, en el famoso 29º Batallón de Blanquet, según les argumentaste a tus ministros, y desde el encuentro de maderistas y federales en Puebla tuviste pruebas de que el viejo Blanquet era otro enemigo de la revolución y, también, amigo incondicional de Huerta, su compañero de borracheras y burdeles. Hasta Lane Wilson lo sabía, mira, y así se lo dijo a Cologan, el embajador de España, una mañana en que su desesperación «estalló».

—Madero es un loco, un lunático que debe ser declarado sin capacidad mental para el ejercicio de su cargo.

Así, furioso, parecía más un *sheriff* del Oeste, con sus largos bigotes rubios, su corbata de moño y sus ojos azules, encendidos, que revoloteaban en las órbitas.

—Esta situación es intolerable —continuó— y yo voy a poner orden. Madero está irremisiblemente perdido. Su caída es sólo cuestión de horas, y depende tan sólo de un acuerdo que se está negociando entre Huerta y Félix Díaz. Con Huerta me entiendo por intermedio de un tal Enrique Cepeda; con Félix Díaz, por un doctor americano que lo visita en mi nombre continuamente... El general Blanquet ha llegado de Toluca al frente de dos mil soldados y en él descansa Madero, mas Blanquet sólo espera el momento del golpe. El loco apenas cuenta con la insignificante batería del general Ángeles.

«En él descansa Madero», nomás imagínate hasta dónde habías llevado la confusión, ¿o sería mejor decir hasta dónde te había llevado la confusión a ti? Porque con la búsqueda improrrogable de cómo acabar con el conflicto —¿y la búsqueda, también improrrogable, de quién debería acabar contigo?— todo se oscureció y en realidad no lograbas descansar en nadie y ya no sabías con quiénes estabas, con quiénes deberías estar.

Aún dijo Lane Wilson:

—Señor Cólogan, nuestro deber es precipitar lo inminente y evitar más derramamientos de sangre. Debemos insistir en pedirle su renuncia a Madero y usted, por los vínculos de raza que los unen, es el más indicado de los emisarios...

Su furia, embozada hasta ese momento en muecas y aspavientos, se concretó brutal en un manotazo al escritorio, que hizo saltar tazas de café y papeles. «Gesto excitado», según lo describirá Cólogan, que reflejaba su postura (y la de su país, claro) ante tu gobierno y, muy especialmente, ante ti. Cuánto temió siempre esos manotazos don Porfirio y cuántos más deberá aún sufrir nuestro país, hermano.

Tenía que ser así. Tenías que despertar toda la furia de Wilson. También él tenía que intentar destruirte. Cómo no iba a hacerlo si representabas —y hasta dónde— exactamente lo opuesto a lo que él era: cruel, venerable, rígido, alcohólico. De alguna manera, tenía razón en el informe que mandó a Washington a fines del 12: «Madero un día es conservador, reaccionario, vengador de la sociedad y tirano, y el otro, amigo de los pobres y de los desheredados, defensor de bandidos y criminales, enemigo de los monopolios, de terratenientes y de las clases privilegiadas». Por eso le simpatizaban tanto Huerta y Félix Díaz, porque eran de una pieza, concretos. Mira, basta ver cómo contrastan los puntos de vista de él y de su colega alemán Von Hintze después de una excursión que hicieron a la Ciudadela el día 11, recién iniciada la revuelta, descarándose desde entonces Wilson, anticipando el desenlace. En el informe al Departamento de Estado, dice: «Mis colegas y yo fuimos muy favorablemente impresionados por la franqueza y el humanitarismo que manifestó el general Díaz... Nos recibió con honores militares». En cambio Von Hintze dijo a su gobierno: «Había una guardia de honor en la entrada sudeste, gente en uniforme gris de campaña... una banda de tipos criminales que nos aclamó con roncós gritos de: ¡Viva Félix Díaz!... Félix Díaz no da la impresión de ser un hombre muy inteligente, y parece más impulsivo que fuerte».

¿Ves cómo todo tenía que ser así, tal como sucedió? Y tú mismo lo anunciabas cuando al pedirte la renuncia —una y otra vez, ¿cuántas veces te la pidieron por aquellos días?— respondías que sólo la muerte te privaría del alto puesto que el pueblo te otorgó en el ejercicio de su libertad (no iba a ser con una renuncia como culminaras el periplo y dejaras la anunciada estela luminosa en tu planeta). Se lo respondiste a Cologan, emisario «por vínculos de raza», a tus ministros y a los senadores que te la pidieron el 18 por la mañana, la misma mañana en que tuviste ya muy claro cuanto sucedería y aún palpitó en ti el instinto de la vida y buscaste una salida desesperada que evitara el sacrificio: apenas llegaste a Palacio le dijiste a Sánchez Azcona que harías cambios inmediatos en el gabinete para alejar a los medias tintas, a los enemigos de la revolución, a los que incomprensiblemente tanto habías escuchado hasta entonces. Qué doloroso fue aquel último rayo de luz, hermano, que te despertó ya al final, cuando no había remedio, aunque en realidad desde cuándo no había remedio. Y por eso te entusiasgaste tanto y te pusiste tan nervioso cuando recibiste al enviado de Zapata, Timoteo Andrade, que no hacía sino abrir el abanico de la claridad, mostrarte lo que pudo haber sido, el otro camino, el que no te concernía recorrer sino hasta ahora, desde aquí. Y por eso la respuesta que diste aquella mañana a los senadores que pedían tu renuncia —minutos antes de que te apresara Blanquet— fue el reconocimiento implícito de con quiénes estabas realmente, de con quiénes estarás ya siempre a pesar de todo y de lo que *allá* era inminente, de errores y cegueras, de conciliaciones imposibles y de inmolaciones preelegidas.

—Estoy aquí —les dijiste— por mandato del pueblo, y sólo muerto saldré de Palacio. Contrasta la conducta de ustedes, señores senadores, con la de Zapata, que me ofrece mil hombres en el sur.

En este instante —pero si apenas ha terminado de caer el velo de sangre sobre tus ojos— lo puedes ver en el espejo diáfano ante el que te has colocado.

Y es este entusiasmo el que te salva, el que desde siempre te salvó, el que contagiaste a Ángeles, a Villa, a Zapata, y que transmitiste como un extraño fulgor al general Navarro cuando lo llevaste a la orilla del río Bravo para evitar que lo fusilara Pascual Orozco, y por el que Roque Estrada te invocará una y otra vez en las sesiones espiritistas y por el que hasta logrará corporificarte. Decías, ¿o fui yo quien lo dijo?, que necesitábamos un punto de referencia que nos ayudara en este sinuoso ir y venir de los recuerdos y de las imágenes que refleja el espejo, y ninguno mejor que ese 18 de febrero, tu último día en el poder, el día en que con la nueva luz llegó también el desenlace inexorable. Apenas se marcharon los senadores —ni siquiera te despediste de mano de ellos y permaneciste hierático atrás del escritorio, despidiéndolos con una seca inclinación de cabeza—, tuviste una reunión en la sala de Consejo con varios secretarios de estado para estudiar los medios de proporcionar alimentos a las clases más desvalidas, en vista de que la lucha se prolongaba. Parecías de muy buen ánimo y a Bonilla le dijiste que sin la sombra de una posible intervención norteamericana —el presidente Taft te había mandado un telegrama al respecto— se podía trabajar mejor. A la una y media de la tarde, sin embargo, entraron inesperadamente el teniente coronel Jiménez Riveroll, el mayor Izquierdo, el ingeniero Enrique Cepeda y un pelotón de soldados del batallón de Blanquet. Preguntaste de qué se trataba y Riveroll, en tono perentorio, aseguró que de protegerte, para lo cual debías acompañarlo.

—Señor presidente, urge que abandone este lugar.

Trató de tomarte de un brazo con un movimiento brusco y le contestaste con una cachetada. En eso irrumpieron en el salón por una puerta trasera el capitán Montes, ayudante del servicio, y el mayor Garmendia, recién nombrado inspector general de Policía. Al ver a los soldados en la puerta principal, Montes gritó:

—¿A dónde va esa fuerza? Alto. Media vuelta.

Los soldados obedecieron mecánicamente, pero Riveroll dio una orden en sentido contrario.

—Regresen. Media vuelta.

Como figuras de papel que se movieran con un soplo, los soldados giraron.

—Apunten...

Pero Riveroll ya no alcanzó a gritar la palabra «¡fuego!», porque Garmendia sacó su pistola y le disparó un tiro en la frente, mientras exclamaba:

—¡A nuestro presidente no se le toca!

Izquierdo, que iba hacia ti pistola en mano, fue abatido por Montes. Cepeda dio a los soldados la orden de fuego y éstos, de nuevo automáticamente, empezaron a disparar. Caían muebles y los tiboires volaban hechos añicos. Tu primo Marcos Hernández saltó frente a ti para protegerte y una bala lo derrumbó a tus pies. En un como gesto patibulario, mostrándoles el pecho y con los brazos abiertos —ya desde ese momento «un Cristo», dirá González Garza— fuiste decidido hacia los soldados.

—¡Alto el fuego!

Te miraron desconcertados y bajaron las armas, más persuadidos por la actitud que por las palabras. Regresaste con tu primo Marcos, quien agonizaba. Te hincaste a su lado y tomaste una de sus manos entre las tuyas. Aún le reclamaste:

—Marcos, querido Marcos, ¿por qué te cruzaste ante esa bala que iba dirigida a mí? Me tocaba a mí y no a ti. Tú no tienes ninguna culpa en esto que sucede.

Y escuchaste en sus labios ese final crepuscular, lumínico, de la vida, ronquera espasmódica que, tú lo sabías, no es sino la puerta a este otro mundo nuestro, y que sin embargo en aquel momento te creó un profundo sentimiento de rebeldía y de inutilidad. Nada tenía sentido y en aquella muerte se resumían tantas otras muertes absurdas que tu sueño había provocado. Ni siquiera pudiste llorar —tú, que llorabas por todo— y al cerrarle los ojos pediste que también para ti el final llegara rápido, lo más rápido que fuera posible porque las fuerzas para resistir — y para entusiasmarte y para conservar la fe en *lo otro*— se te habían agotado.

Sánchez Azcona te llevó al balcón para llamar al pueblo en tu auxilio. Pero con excepción de un grupo de rurales, la calle de la Acequia estaba vacía. Huerta había tenido la precaución de aislar a su prisionero (en realidad lo fuiste desde que en la Fotografía Daguerre lo nombraste comandante de la plaza). Además, dirá Vasconcelos, el pueblo no quería moverse. «Uno de los días anteriores, habíamos recorrido en un auto del gobierno todos los barrios

humildes donde antes tuvimos fuerza y amistad: en todas partes se nos acogió con recelo».

Bajaste con tus acompañantes, por un elevador privado, al patio de honor, sólo para toparte con Blanquet y sus soldados. Blanquet, quien días antes se indignara porque lo supusiste traidor («protesto enérgicamente contra esa falsa versión y ruego a usted que mi protesta se haga pública»), con ojos que «echaban lumbre», te plantó la pistola en el pecho y te gritó en plena cara:

—¡Ríndase, señor presidente!

Más con la mirada que con las palabras, le contestaste:

—General Blanquet, es usted un traidor.

Cuando te conducían a la intendencia de Palacio, alcanzaste a oír que Blanquet gritaba:

—Soldados: ¡Viva el ejército! ¡Viva la república!

Bonilla comentará: «Sarcasmo horrible de aquel gorila enchamarrado que acababa de herir de muerte precisamente a la república».

Unas horas después, fue Huerta a visitarte a tu improvisada prisión. Llegó con su andar calmoso y la mirada oculta detrás de los espejuelos, que destellaban. Saludó de mano a Pino Suárez y a Lascuráin y luego se acercó a ti: permanecías dándole la espalda, mirando por una de las ventanas hacia el patio.

—Señor presidente —dijo, con la mano extendida.

Te volviste y al enfrentarlo, se te agolpó todo, todo lo «otro» —tal como te sucede ahora—: Puente para ir entre los vivos y los muertos sin más requisito que la fe/ Luego, espero perder la vida no importa cómo, porque una revolución para que sea fructífera debe ser bañada en sangre/ El mundo no es sino el proyecto aún difuso de otro mundo por venir/ Al final una corona de laurel o una de espinas/ No andes con contemplaciones con Huerta, haz por mandarlo lejos, está haciendo la contrarrevolución/ Llega a dolernos más el dolor ajeno que el propio/ Aprender a perdonar a nuestros enemigos, porque nuestro perdón los hará mejores a ellos y a nosotros/ ¿En qué momento te conquistó el resplandor del oro, lo tomaste, abandonaste tu pequeña aldea y bajaste con él a la ciudad?/ El problema es que Panchito es muy sugestionable/ Ánimo, amigo mío, ahora que el porvenir se dibuja con más claridad, ahora que se acercan los momentos de lucha, que las pruebas más terribles van a acosarte, estaré aún más cerca de ti, secundando todos tus pasos/ No entiendo ese miedo a lo que ustedes llaman muerte, que no es sino la vida/ Es una crueldad que porque tú andes paseándote y divirtiéndote vayan a sufrir algunos infelices todos los horrores del hambre/ Con cuánta tristeza

hemos tenido que alejarnos de ti por olvidar tu naturaleza superior/ La violencia en lo personal y en lo social no nos conducirá a ninguna parte/ Casi se me fue el día en pura meditación/ Desengáñate: este mundo es como una prisión a la que has venido a purgar tus faltas por medio del dolor y del trabajo humilde/ Hay estelas luminosas que dejan en su planeta los grandes hombres, mártires que han aprendido a ver con desdén la muerte/ Fuera de la caridad no hay salvación/ Un triunfo obtenido con las armas, por importante que fuera, no haría sino agravar nuestra situación anterior/ Ya ve usted, licenciado Vasconcelos, aquí está el general Huerta, todo lealtad. ¿Tenías plena conciencia del momento que estabas viviendo, hermano? Quizá no lo sabías del todo, no podías saberlo. ¿O sería mejor decir que lo sabías y, a la vez, no lo sabías? La fuerza oscura, tan viva pero inconsciente, que te lanzó a «estar en sus manos», ¿se abría paso hacia la luz desde ese momento —sobre todo ahí, a su lado por última vez— tal como, también, te sucede aquí, ahora, ante el espejo?

—Así que todavía soy para usted presidente... —contestaste, buscándolo detrás de los lentes, diciéndoselo todo con los ojos, dejándolo con la mano extendida.

—He dado cuenta de lo hecho al Senado y al embajador norteamericano y quiero avisarle que aprueban mi conducta. Quiero también recordarle que desde que gané la batalla de Bachimba...

—Desde entonces ya era usted un traidor.

Huerta perdió el hilo de las palabras —de por sí tan difíciles de pronunciar en esas circunstancias— y ya sólo esbozó una sonrisa. Volvió a despedirse de mano de Pino Suárez y de Lascuráin y aún insistió en hacerlo contigo, pero de nuevo lo dejaste con la mano extendida. Entonces te dijo unas palabras finales que te causaron una profunda turbación.

—Dios lo guarde, señor Madero —dijo.

Pero, claro, recuerda que Huerta para todo nombraba a dios. ¿O por qué otra razón pudo haberlo dicho?

¿Aún quieres acercarte a otra escena de la representación? ¿La última? ¿Crees que te ayude en algo? Me temo que no hará sino acrecentar la culpa. Porque el 18 mismo por la noche, apenas consumada la traición de Huerta, y unas horas antes de los asesinatos de Gustavo y de Bassó, el cuerpo diplomático se reunió en la embajada norteamericana, convocado por su decano, Lane Wilson. En un salón discutían Huerta y Félix Díaz con el embajador los términos en que quedaría pactado el reparto del poder, y en otro, contiguo, separado apenas por una gruesa cortina color vino, esperaban los otros embajadores murmurantes y tensos. Precisamente, algo como un escenario teatral dividido por la cortina característica.

Se convino —aun antes de que tú renunciaras— en formar un nuevo gobierno con Huerta como presidente provisional, a condición de que se comprometiera a organizar a la brevedad elecciones y a apoyar la candidatura de Félix Díaz para la presidencia. Además, se elaboró la lista del nuevo gabinete y Wilson, entusiasmado, descorrió la cortina —como si levantara el último telón— y después de los saludos de rigor, pidió a sus colegas, «en bien de México», la «adhesión a todos los elementos de la república». Con sus brillantes ojos azules y la sonrisa irónica que no lograba reprimir del todo, enmarcada por sus largos bigotes rubios de *sheriff*, parecía el verdadero héroe de la pieza. Continuó:

—Con la intención de actuar de acuerdo con nuestros respectivos gobiernos y asegurar así la paz de México, los nuevos gobernantes someten a su aprobación el gabinete que han designado. Si tienen una objeción, cualquier objeción, háganmela saber para, a mi vez, transmitírsela a los generales Huerta y Díaz.

Wilson empezó a leer la lista pausadamente, remarcando los nombres con su acento extranjero. Al llegar al señor Garza Aldape, que figuraba en el ministerio de Agricultura, al fondo del salón se oyó un grito estentóreo:

—¡Ese señor es un ladrón!

La acusación primero sorprendió a los presentes y luego, por el tenso silencio que lo siguió, pareció formar estalactitas de hielo alrededor. Wilson

movió la cabeza a los lados, con abierto disgusto —¿por la inclusión de Garza Aldape o por la inoportuna interrupción?— y dijo en tono seco:

—Bueno, el señor Garza Aldape no es sino un proyecto de ministro.

El embajador de Cuba aprovechó la pausa y las estalactitas para señalar que no creía de la incumbencia del cuerpo diplomático rechazar ni aprobar a los ministros del nuevo gabinete sino, simplemente, tomar nota de lo que se les comunicaba y transmitirlo a sus respectivos gobiernos. Los presentes apoyaron sus palabras y de ahí que Wilson, con el esbozo de sonrisa en los labios, regresara al otro escenario, en donde aguardaban, con una actitud más bien de estar tras bambalinas, Huerta y Díaz.

Minutos después, los diplomáticos eran invitados a trasladarse, por fin, a este último salón y dentro de un ambiente a la vez tenso y eufórico, solemne y grotesco —alguien por ahí también soltó una carcajada fuera de cacho—, el licenciado Rodolfo Reyes, con gran énfasis, en torno de una mesa redonda, de mármol, dio lectura al Pacto de la Ciudadela y que terminará por llamarse, acertadamente, Pacto de la Embajada. Un gran aplauso —de alguna manera tan desconcertante como la carcajada— culminó la lectura. El general Huerta más sombrío que de costumbre, pretextó ocupaciones urgentes y se despidió con secos simulacros de reverencias. Sólo a Félix Díaz le dio un abrazo. Pero tampoco Félix Díaz estaba en su mejor momento y, dirán, la mirada «se le caía sobre la alfombra». Así que, puedes verlo, el tal abrazo fue el de dos sombras que, sin embargo, por un instante, al acercarse sus rostros y cruzar unas miradas inextricables, parecían más bien a punto de intercambiar dentelladas. La atmósfera cargada contribuía a esa impresión. En el ambiente había demasiadas interrogantes embozadas, temores y risas latentes. A pesar de todo, el abrazo lo rubricó un nuevo aplauso. Huerta salió y unos minutos después Félix Díaz también pidió disculpas. Al despedirlo, Wilson volvió a aplaudir él solo y gritó:

—¡Goce de una larga vida el general Félix Díaz! ¡Salvador de México! ¡Ídolo de los extranjeros!

Félix Díaz lo agradeció con una reverencia y unos ojos que en vano quisieron encenderse.

Ya en el comedor, en un ambiente más relajado, mientras brindaban con champaña, un embajador preguntó qué suerte creían que correría el «pobre» de Madero. Wilson, con su esbozo permanente de sonrisa, que al responder pareció más bien un gesto de asco, dijo:

—Oh, no hay que preocuparse. Al señor Madero lo llevarán a un manicomio, que es en donde siempre debió haber estado...

Si quieres imaginar el infierno —pero recuerda que al imaginarlo lo vuelves real—, mírate internado en un manicomio bajo la terapia exhaustiva del doctor Lane Wilson, afamado psiquiatra.

Nada como una sonrisa para culminar la escena —la representación misma—, aunque quizá, para prolongarla, abrirla plenamente, quieras echar un vistazo al recorrido de Félix Díaz esa misma noche, de regreso a la Ciudadela, en un auto abierto, con su mirada adormecida —¿cómo puede haber un héroe con una mirada así?—, por la calle de Plateros, por la de San Francisco, las manos en alto, pescando al vuelo los claveles que le lanzaban desde los balcones damas emperifolladas para la ocasión, emocionadas hasta las lágrimas, al lado de aquellos atildados petimetres, lechuguinos, con facha de ser (o de querer ser) socios del Jockey Club, que veías pasar al mediodía por la calle de Moneda, y que, era inevitable, ese 18 de febrero de 1913 abrirían una botella de champaña para brindar por «el nuevo Díaz, salvador de México». Como verás, el final de tu sueño era, para ellos, salir de una pesadilla. ¿Podía haber sido de otra forma?

Mira, las escenas que desentrañas dejan de culparte y de fijarse en ti como un mal sueño. Sin embargo, no creo que debas quedarte con esa última imagen de Félix Díaz por Plateros, tan grotesca, para el largo recorrido —«el espíritu desencarnado visita altas regiones»— que aún te espera. Busca otra, quizás años más adelante. Ésa, por ejemplo, de noviembre de 1914. Villa, Ángeles y Zapata y muchísima gente más ante tu tumba, en el Panteón Francés. Escucha lo que dirá Villa:

—Me faltan palabras para declarar los sentimientos de mi corazón tocante a este héroe que a todos nos ampara con su memoria. El señor Madero fue hombre bueno, fue hombre justo que quiso en su justicia acabar para siempre con los padecimientos de los pobres. Aunque así fue, hubo unos malos hijos de México que lo traicionaron y lo asesinaron por los solos impulsos de la ambición y sin considerar siquiera la negra mancha que echarían sobre todos nosotros los mexicanos, pues consumaban con su yerro la muerte del más alto presidente nuestro. ¡Señor! ¿Podía desconocerse que don Francisco Madero había salido de su reposo en obediencia a los mandatos de su deber? ¿No se había esforzado él, ni había sufrido él, ni había corrido él el riesgo por el bien del pueblo? Y, ¿cómo si ese pueblo lo quería y lo veneraba, podía serle traidor consintiendo que lo asesinaran, o dejando sin castigo a sus asesinos? Por eso, a impulso de nuestra conciencia, tomamos las armas contra Victoriano Huerta todos los hombres honrados del norte de nuestra república, y las tomaron todos los hombres honrados del sur, y por eso salimos a la lucha dispuestos a ensangrentarnos y a morirnos si fuera necesario mientras no castigáramos a los autores de aquel gran crimen. Y es lo cierto, mis señores, que aquí estamos ya los referidos hombres del norte y del sur, y que venimos satisfechos de haber cumplido los mandatos del deber. Mas aunque así sea, también es verdad que al borde de esta tumba crece la congoja de nuestros corazones, pues no sólo murió el señor Madero por obra de sus enemigos, sino por la mala ayuda o la mucha culpa de sus amigos, que a todos nosotros nos alcanza...

Y, contará Villa: «Así les hablé yo, y me emocioné. Y como al pronunciar aquellas últimas palabras, la angustia subió hasta mi garganta, y me turbó, y

me ahogó, ya no pude seguir expresando mi razón, sino que acabé con mis sollozos lo que había empezado diciendo mi voz. Delante de lo cual, al verme llorar así, lloraron conmigo todos los hombres que me oían...».

Quédate con esa última imagen, hermano: Villa, Ángeles y Zapata llorando, los tres, ante tu tumba.

Como ves, el primer pasaje —que siempre relacionaste con el canal acerado de una aguja— te ha conducido al mismo lugar en que estabas, tendido boca arriba en un páramo ahora desolado. ¿Cuánto tiempo hará que se marchó el mayor Cárdenas, que se marcharon todos? Ahora que los párpados de sangre han terminado de caer, vuelve a abrir los ojos y, mira, la luz que te acosaba no era sino el puro casco reluciente de la noche. Mírala, adivina la estrella a la que irás. Quizás, a pesar del dolor y de la culpa, has empezado a desatarte, a salir, a elevarte sin darte cuenta. Con el rabillo del ojo puedes ver el plano ondulante de la tierra, experiencia que, por lo demás, ya conocías en el silencio del tapanco de la hacienda. ¿Por eso anhelabas tanto que llegara el desenlace, para que se cumpliera la profecía que te habían dictado y poder regresar aquí, a la estrella elegida, al único lugar en donde se conjugan la acción y la paz más plenas, lo que pudiste haber sido y lo que fuiste sin remedio, la piedra angular, explicativa, que corona el arco, el punto exacto en donde convergen hacia ti, como al centro de una rueda, todos los rayos de la luna? Aquí, ahí, allá, en donde te miras —me miras— mirándonos en un espejo cuyo fondo ha dejado de ser aquel pozo oscuro, borboteante, para transformarse en un mar de olas muy bajas. El silencio del tapanco de la hacienda en donde por fin podías, podrás, puedes volver a ser tú (y él, y todos nosotros): ése, el loco Madero, que fue un místico equivocado porque lo invadieron demasiadas voces y un político equivocado porque transpuso el umbral de la paz y de la democracia y holló con su pie un terreno que no le correspondía y aceptó y generó una violencia que temía y rechazaba, que lo desconcertó y culpó tanto que terminó por hacer exactamente lo contrario a aquello que debería haber hecho para evitarla. El loco Madero que, por otra parte, creía que «puede más un hombre de oración en un día que un hombre de poder en un año», según ilustraba uno de sus cuentos predilectos. Ese mismo loco Madero que, no obstante, lo supo todo desde el principio, desde aquí, desde el silencio, y sin embargo salió a la algarabía del mundo a plantar la semilla de un sueño que le dictaron. Por defender y realizar un sueño parecido —¿el mismo sueño?— morirán millones de hombres en los años

siguientes, y aún más y más después. Casi, la humanidad toda irá detrás de ese sueño de libertad del loco Madero.

Mira, ¿lo ves?, aquí; en este sencillito tapanco has logrado abolir la muerte y lo puedes ver: eres todos nosotros y tú mismo, y estás en donde, desde siempre, tenías que haber estado. Total, piensa que ninguna existencia terrenal es mejor que otra si la asumimos, y además padecemos un deseo infinito de encarnar una y otra vez, una y otra vez.

Nota

Aunque esta novela surgió más de lo simbólicamente verdadero que de lo históricamente exacto, según fórmula de Borges, quizá no esté por demás alguna referencia a eso que se supone exacto. Por ejemplo, la visita de Timoteo Andrade, agente de Zapata, a Palacio Nacional el 18 de febrero la tomé del libro de Manuel Bonilla, hijo, *El régimen maderista*. Pero se apoya también en la versión taquigráfica —citada por Taracena— que hizo el capitán Marciano González de la entrevista que sostuvo Madero con los senadores:

—Contrasta la conducta de ustedes, señores, con la de Zapata y Padilla que me ofrecen mil hombres en el sur —dijo textualmente Madero.

Y es también Taracena —fuente inagotable de información, al margen de su rechazo a todo lo que suene a espiritismo en Madero— quien hace la siguiente referencia al nueve de febrero de 1913:

El licenciado Federico González Garza, gobernador del Distrito, oyó hablar de un emisario enviado por el señor Madero a Emiliano Zapata para invitarlo a luchar contra el enemigo común o para que, por lo menos, permaneciera a la expectativa.

Lo que, como se verá, enlaza con la visita de Timoteo Andrade. Sin embargo, pocos autores mencionan el pasaje y Womack dice: «Aunque circularon rumores de que Zapata y De la O habían decretado un armisticio provisional para ayudar a los leales, y aunque algunos observadores creían inclusive que Zapata estaba ofreciendo protección y refugio a Madero, evidentemente no se había hecho tal trato y ni siquiera se había intentado realizarlo, pues en aquellos días de angustia los jefes no se reunieron en junta, ni tomaron decisiones». Y Womack pone una nota al pie de la página que dice: «Para esta leyenda, véase por ejemplo, Bonilla...». ¿Por qué «leyenda»? En la reunión con Timoteo Andrade estuvieron presentes Bonilla, padre, entonces ministro de Fomento, González Garza y García Peña, ministro de

Guerra. «Andrade estaba seguro de que Zapata no le tenía rencor al presidente Madero y lo ayudaría», se dice en *El régimen maderista*. ¿Es una de las afirmaciones por las que Womack *tenía* que rechazar el pasaje? ¿Y la versión taquigráfica de la reunión con los senadores? ¿Mintió Madero al decir que Zapata le ofrecía mil hombres en el sur? ¿Y el testimonio de González Garza? ¿A quién creerle y a quién no? ¿Y por qué? Quizá, la ventaja del novelista es que puede colocarse en un *intervalo*, como dice el poema metafísico indio, el *Vijñana Bhairava*: «En el momento en que se perciben dos cosas, tomando conciencia del intervalo entre ellas, hay que ahincarse en ese intervalo. Si se eliminan simultáneamente las dos cosas, entonces, en ese intervalo, resplandece la Realidad», proposición que no le hubiera disgustado al propio Madero, tan amante de lo hindú.

Porque, además, a cada paso va el lector común a toparse con ese tipo de contradicciones en los textos históricos (tan divertidas a partir del *intervalo*). Otros ejemplos. Se dice (Taracena, Sánchez Azcona, Urquiza...) que después del intento frustrado de Izquierdo y Riveroll por prender a Madero, éste salió a un balcón de Palacio a arengar a grupos de rurales reunidos en la calle de la Acequia.

—Soldados, acabo de sufrir un atentado del que venturosamente salí ileso, pero el enemigo está aquí mismo en el Palacio. El gobierno legítimo de la república está en peligro y requiere la cooperación inmediata de los soldados leales y dignos. Con la ayuda de ustedes, hemos de triunfar. ¡Viva México!

La gritería de los rurales atronaba el espacio. Requirieron sus armas y gritaban:

—¡Viva Madero! ¡Viva el supremo gobierno!

Sin embargo, véase el contraste con la versión que de tales hechos da Vasconcelos:

Apenas levantados los muertos, reunió Madero a los pocos que estaban con él y se asomó al balcón de Palacio intentando llamar al pueblo en su auxilio. Afuera, las calles totalmente desiertas demostraban el cuidado que había tenido Huerta de aislar a su prisionero.

Totalmente desiertas... ¿Qué hacer entonces? Escoger la versión que más convenga a la novela, creo, siempre desde ese *intervalo* en el que resplandecen la realidad y la imaginación. Total, lo que importa es el halo que dejan los hechos, más que los hechos mismos.

Por eso, también escogí la versión que da al asesino de Madero, el mayor Francisco Cárdenas —figura literaria si las hay— como apresador del general Reyes en Linares, en lugar de un tal subteniente Plácido Rodríguez, que a nadie dice nada.

La referencia a la reunión en Nueva York de Limantour, Gustavo y don Francisco Madero, padre, en la que eligieron a De la Barra como presidente interino —axial para entender a Madero y a la revolución misma—, tan poco citada por los historiadores, está en la biografía de don Evaristo Madero de Vasconcelos.

De la entrevista de Madero con el general Díaz se sabe muy poco, con excepción de algunos detalles —fundamentales, stendhalianos—, como el parecido humillante que le encontraron a Madero con Zúñiga y Miranda y el «movimiento instintivo de defensa cuando Madero extraía de su bolsa un pañuelo que don Porfirio temió fuese un arma», dice Taracena, y que parece una premonición del general Díaz sobre lo que le haría poco tiempo después ese personaje «insignificante», al que en esos momentos despreciaba.

Por lo demás, era inevitable, hay escenas que «inventé» a partir de la información, como la reunión de Madero con el entonces presidente interino De la Barra, y que nunca se efectuó. ¿Pero cómo privarse de imaginar a Madero ante el presidente blanco (puro, lo llamaban otros), por aquellas fechas y en pleno Palacio Nacional? «El pueblo aplaudía al victorioso líder de la revolución, mientras que otro hombre ocupaba el Palacio Nacional», escribió Stanley Ross.

La curiosa proposición de la legación japonesa de enviar a la Ciudadela a un grupo de japoneses armados con dagas para furtivamente acabar con los centinelas y luego con los «cabecillas» que se les indicara, está, también, en Taracena, aunque la respuesta de «los asuntos de los mexicanos los arreglamos los mexicanos», la dio Gustavo Madero y no Francisco. Sin embargo, de nuevo, la escena requería que fuera el propio presidente de la república quien lo respondiera, hierático. Y hasta es probable que Gustavo no hiciera sino transmitir las palabras de su hermano. Pero el problema no es cuál fue la respuesta ni quién la dio, sino lo inverosímil de la proposición japonesa. El novelista comprueba con un trabajo como éste que, en efecto, la realidad va por delante de la imaginación, que no la alcanza, que no hay manera de alcanzarla. Seguramente fue pensando en eso que Stanley Ross escribió: «El hecho de que Huerta, debido a las heridas que recibió el general Villar, hubiera de convertirse en comandante federal a cargo de la defensa del gobierno de Madero, resultaría inverosímil en una obra de ficción». Por eso,

¿cómo entender la historia sin los elementos inconscientes que contiene, que contiene todo lo humano?

El plan inicial de esta novela fue utilizar los escritos espíritas de Madero como si tratara de sueños que explicaran de alguna manera su comportamiento (algo parecido al intento de *Delírium trémens* con las visiones de los alcohólicos). No sé si lo logré, pero lo cierto es que en más de una ocasión Madero se me escapaba de las manos y reclamaba una vida propia que tampoco sé si logró vivir. Por otra parte, al que quise haber recreado más es al general Ángeles y sin embargo, al releer el libro, descubrí que fue Bernardo Reyes quien se agrandó insospechadamente al final. Pero bueno, hasta dentro de una novela enmarcada en lo histórico —en donde nada se asienta sin cuajarse y agrumarse— los personajes tienen derecho a la libertad, como bien diría y defendería Madero.

Bibliografía

Aguirre Benavides, Adrián. *Madero el inmaculado*. Editorial Diana. México, 1962.

Arellano, Josefina. *Bernardo Reyes y el movimiento reyista en México*. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México, 1982.

Ayala Anguiano, Armando. *Zapata*. Editorial Vid. México, 1985.

Azuela, Mariano. «Madero » en *Obras completas*. Fondo de Cultura Económica. México, 1960.

El Bardo Thodol. Clásicos Bergua. Madrid, 1967.

El Bhagavad Gita. Editorial Kier. Buenos Aires, 1969.

Benítez, Fernando. *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana, I: El Porfirismo*. Fondo de Cultura Económica. México, 1978.

Bonilla Jr., Manuel. *El régimen maderista*. Editorial Arana. México, 1962.

Calvert, Peter. *La Revolución Mexicana*. Ediciones El Caballito. México, 1978.

Casasola, Gustavo. *Archivo gráfico de la Revolución Mexicana*. México, 1961.

Cervantes, Federico. *Felipe Ángeles en la Revolución*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. México, 1985.

Cosío Villegas, Daniel. «Del porfiriato a la revolución» en Enrique Krauze, *Daniel Cosío Villegas el historiador liberal*. Fondo de Cultura Económica. México, 1984.

—, «El porfiriato, vida política interior» en *Historia moderna de México*. Editorial Hermes. México, 1971.

Cumberland, Charles C. *Madero y la Revolución Mexicana*. Siglo XXI Editores. México, 1981.

Díaz Soto y Gama, Antonio. *La revolución agraria en el sur y Emiliano Zapata*. Ediciones El Caballito. México, 1967.

Estrada, Roque. *La revolución y Francisco I. Madero*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. México, 1985.

—, *Psico-intimidaciones*. Editorial Internacional. Madrid, 1925.

Fuentes Mares, José. *La Revolución Mexicana*. Editorial Joaquín Mortiz. México, 1971.

Gamboa, Federico. *Diario (Selección, prólogos y notas de José Emilio Pacheco)*. Siglo XXI Editores, 1977, México.

González Garza, Federico. *La Revolución Mexicana. Mi contribución político-literaria*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. México, 1985.

Kardec, Allan. *El libro de los espíritus*. Editorial Diana. México, 1957.

—, *El libro de los mediums*. Editorial Diana. México, 1953.

Katz, Friedrich. *La guerra secreta en México*. Editorial Era. México, 1982.

Krauze, Enrique. *Francisco I. Madero*. Fondo de Cultura Económica. México, 1987.

Lara Pardo, Luis. *Madero*. Ediciones Botas. México, 1937.

—, *De Porfirio Díaz a Francisco I. Madero*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. México, 1985.

Madero, Francisco. *Epistolario*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. México, 1985.

—, *La sucesión presidencial de 1910*. Editorial Offset. México, 1985.

Magaña, Gildardo. *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. México, 1985.

Márquez Sterling, Manuel. *Los últimos días del presidente Madero*. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. México, 1985.

Meyer, Michel C. *Huerta (un retrato político)*. Editorial Domés. México, 1983.

Ortiz Hernán, Sergio. *Los ferrocarriles de México (una visión social y económica)*. Ferrocarriles Nacionales de México, 1987.

O'Shaughnessy, Edith. *Huerta y la Revolución*. Editorial Diógenes. México, 1971.

La Revolución Mexicana a través de sus documentos. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1987.

Reyes, Alfonso. *Oración del 9 de febrero*. Editorial Era. México, 1967.

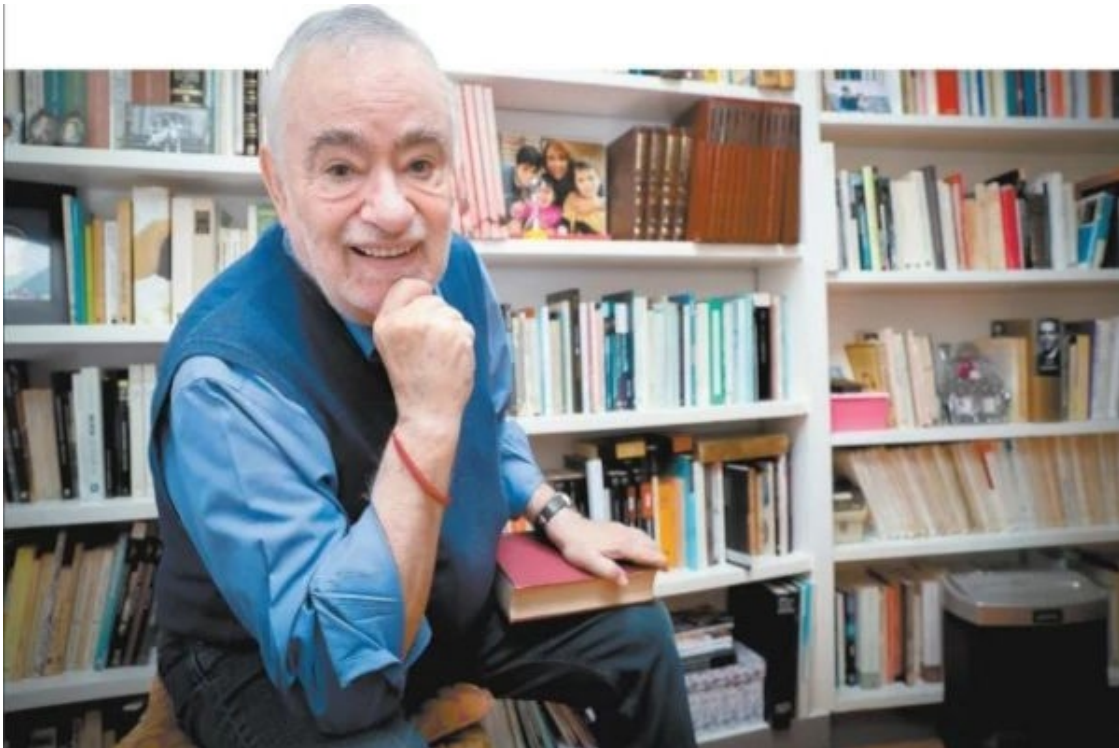
Reyes, Rodolfo. *De mi vida: memorias políticas*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1929.

Rosales, José Natividad. *Madero y el espiritismo*. Editorial Posada. México, 1973.

Ross, Stanley R. *Madero*. Grijalbo. México, 1959.

Sánchez Azcona, Juan. *Madero*. Editorial Offset. México, 1986.

Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la Revolución Mexicana*. Fondo de Cultura Económica. México, 1970.



IGNACIO SOLARES (Ciudad Juárez, Chihuahua, 1945). Narrador, ensayista, articulista, dramaturgo, editor y periodista cultural mexicano. Ha sido colaborador, jefe de redacción y director de algunos de las más importantes suplementos y revistas culturales en México de los últimos 50 años. Se le reconoce por su aportación al género fantástico y como destacado exponente de la novela histórica. Por su creación literaria ha sido acreedor a distinciones como la beca de la John S. Guggenheim Foundation, el Premio Xavier Villaurrutia, el Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares, y el Premio Nacional de Ciencias y Artes en Lingüística y Literatura. Es Doctor Honoris Causa por la Universidad Autónoma de Chihuahua y creador emérito del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Actualmente publica semanalmente la columna *Minucias* en el periódico *El Universal*.

Realizó estudios en el Instituto Regional de Chihuahua. Se trasladó a la Ciudad de México para ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Ha sido docente en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Fue colaborador de la revista *Claudia*; jefe de redacción de *Revista de Revistas*, bajo la dirección de Vicente Leñero; jefe de redacción de *Plural* bajo la dirección de Octavio Paz y director de *Diorama de la Cultura* del

diario *Excélsior* hasta la salida de Julio Scherer en 1976. Dirigió la edición mexicana de la revista literaria *Quimera*, la revista *Hoy* y *La cultura en México*, suplemento cultural de la revista *Siempre!*. En la UNAM fue director de Teatro y Danza (1994-1997), director de Literatura (1997-2000) y coordinador de Difusión Cultural de la UNAM (2000-2004). De 2004 a 2017 dirigió la *Revista de la Universidad de México*. Como articulista ha colaborado en diversas publicaciones de México y el extranjero.

Ha abordado en su obra el tema del alcoholismo. Sus escritores favoritos han sido François Mauriac, G. K. Chesterton, Graham Greene y Aldous Huxley. Ha escrito diversos géneros, entre ellos la novela histórica de ficción, la crónica periodística y el género fantástico. Su estilo en sus obras de ficción es conocido por las apariciones místicas y «dislocaciones de la realidad». Su obra *La invasión*, escrita en 2004, se convirtió en un *best seller* en México y España. Su obra *Anónimo*, escrita en 1979, ha sido comparada con *La metamorfosis* de Franz Kafka. Varias de sus obras han sido traducidas al idioma inglés, entre ellas *Yankee Invasion*, *Madero's Judgment* y *Delirium Tremens*. Ha incursionado en el Teatro con once obras, entre ellas *El problema es otro* y la sátira política *El gran elector*.